

BIBLIOTECA "RODO"

ORESTES BAROFFIO

EMOCIONES MONTEVIDEANAS

LA BOLSA DE LOS LIBROS
MONTEVIDEO

CLAUDIO GARCIA & CIA. — EDITORES
CALLE SARANDI 441
MONTEVIDEO
1942

989.513 2
B264e

BIBLIOTECA "RODÓ"

Dirigida por Ovidio Fernández Ríos

Ediciones de obras de los mejores valores de nuestras letras, sin distinción de ideas ni tendencias

Cada número $ 0.50

1 — RODO (José E.) — Ariel — Con un prólogo de Leopoldo Alas.
2 — RODRIGUEZ (Yamandú). — 1810. Poema dramático en tres actos y El Milagro, poema en un acto.
3 — REGULES (Elías) — Versos Criollos, con un prólogo del doctor J. Irureta Goyena y una semblanza por Eliseo Cantón.
4 — RODRIGUEZ (Yamandú) — Fraile Aldao, poema dramático en dos actos. — Renacentista, poema en un acto y El Demonio de los Andes, poema en un acto, con un prólogo de Ovidio Fernández Ríos.
5 — RODO (José E.) — Parábolas y otras lecturas.
6 — ACEVEDO DIAZ (Eduardo) — Crónicas, discursos y conferencias. Páginas olvidadas. Perfil de Ovidio Fernández Ríos.
7 y 8 — RODO (José E.) — Motivos de Proteo — $ 1.00; Especial $ 1.50.
9 — FRUGONI (Emilio) — Ensayos sobre marxismo.
10 — SANCHEZ (Florencio). — Teatro.
11 y 12 — ZORRILLA DE SAN MARTIN (Juan) — Tabaré. La Leyenda Patria.
13 y 14 — MORQUIO (Luis) — Clínica de niños. Apuntes de clase tomados por el Dr. Dewet Barbato.
15 — VIGIL (Constancio) — Eslabones.
16 — VIANA (Javier de) — Abrojos.
17-18-19-20 — QUIROGA (Horacio). — Cuentos.
21 - 22 — LUSSICH (Antonio D.) — Los tres gauchos orientales.
23 — QUIROGA (Horacio). — Cuentos de la Selva (para niños).
24-25-26 — PEREZ PETIT (Víctor) — Rodó. Su vida. Su obra.
27 — PINTOS (Francisco R.) — Batlle y el proceso histórico del Uruguay.
28 y 29 — LARRA (Mariano José de) — Artículos de costumbres.
30 y 31 — ACEVEDO DIAZ (Eduardo) — Grito de Gloria.
32 — FALCAO ESPALTER (Mario) — La colina de los vaticinios.
33 — LASPLACES (Alberto) — Nuevas opiniones literarias.

Propósitos

Con la inquietud de una superior manifestación de cultura, nace en Montevideo, con universal destino, la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", la que dará cabida, exclusivamente, en sus ediciones, a lo más escogido de las letras nacionales.

Abre sus rumbos hacia una finalidad de elevadas directivas, colocando por encima de toda solicitación utilitaria, un serio propósito espiritual y un noble afán de divulgación seleccionada, de los más calificados valores de la literatura uruguaya.

En todos los grandes centros intelectuales del mundo, donde el pensamiento realiza su alta función social; en todos los países, donde las letras, en sus distintas manifestaciones, fundamentan un valor civilizador y dan carácter de personalidad a la nación misma, existen organismos editoriales, — y algunos con carácter de institución pública, — dedicados exclusivamente a la difusión de libros de los escritores nativos más caracterizados y de mayor influencia en la cultura ambiente.

Y estas empresas de propagación bibliográfica, no sólo realizan una siempre beneficiosa misión educadora, quizá la más alta que comprende el concepto humano; no sólo vincula con facilidad de nexo al pueblo con sus pensadores, sabios, novelistas, dramaturgos y poetas, sino que, además, desprende fuera de fronteras, poderosas corrientes que contribuyen a dar perfil de prestigio a la fisonomía moral del país de origen.

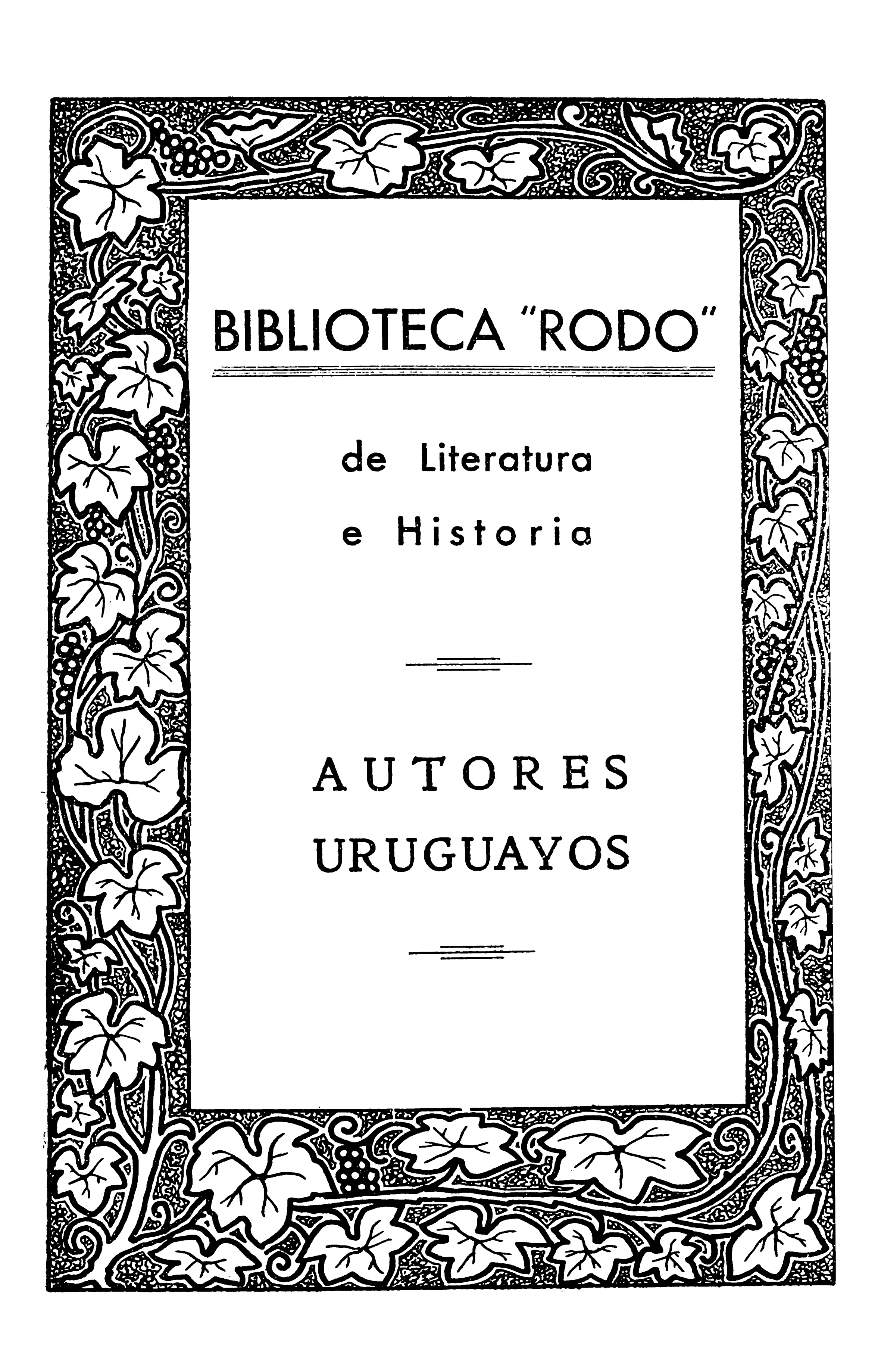
Y nuestra república, que por glorioso destino es cuna de grandes hombres de letras — tanto, que sus obras han contribuído profunda y brillantemente a dar carácter al pensamiento americano, — requiere necesariamente y en forma organizada y de efectiva permanencia, una Biblioteca de escritores nacionales, los más notables y calificados.

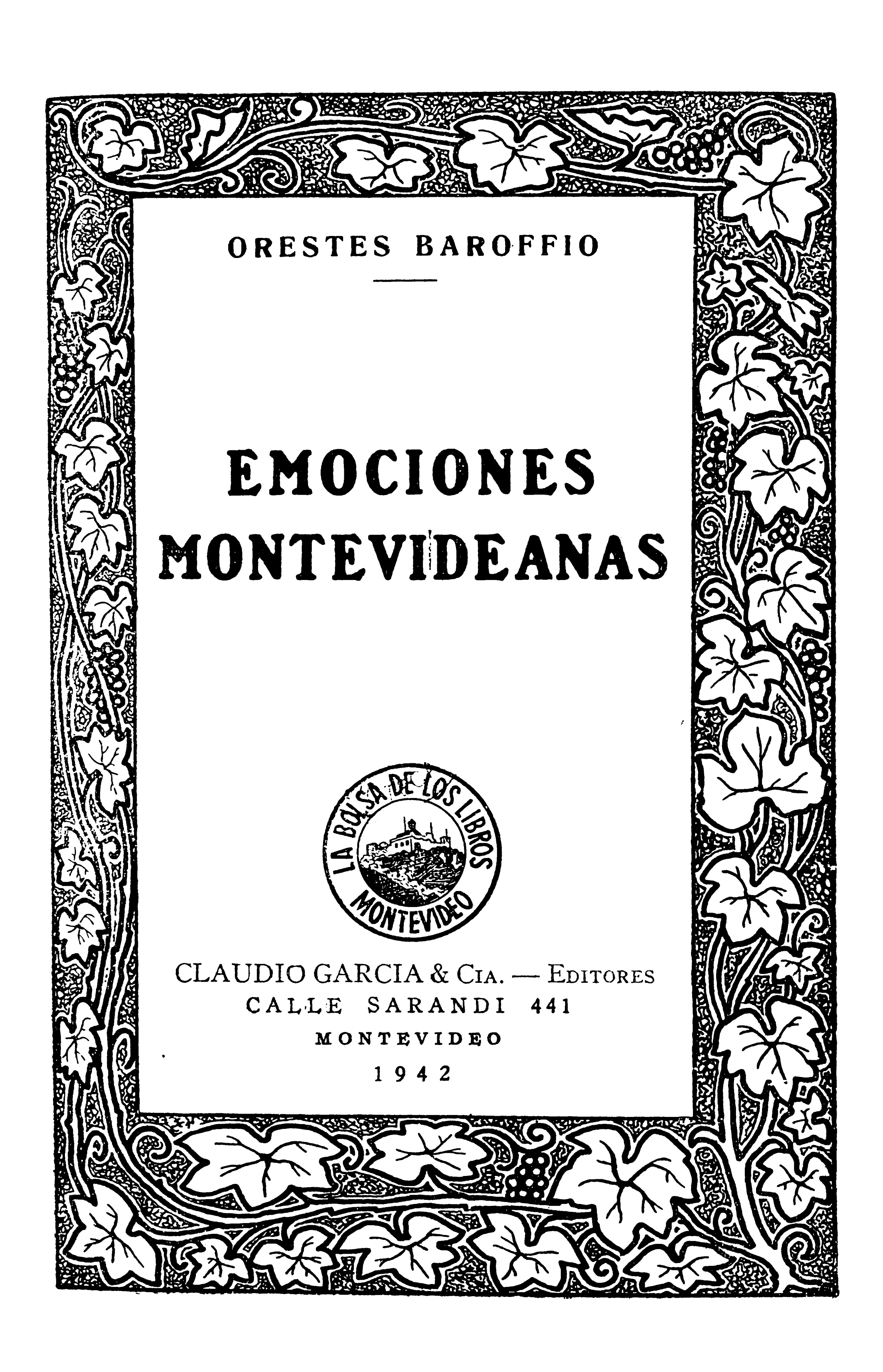
Varias han sido las iniciativas de carácter editorial que han habido en nuestro país; pero indudablemente, fuerza es destacarlo, el más extraordinario esfuerzo en tal sentido es el realizado por CLAUDIO GARCIA y Cía., La Editorial LA BOLSA DE LOS LIBROS, que lleva ya impresos más de medio millón de volúmenes, correspondientes a ediciones de centenares de libros de distinto carácter y de autores de nacionalidad varia. Y el mismo espíritu animador de toda esa cuantiosa obra editorial, es el que mueve esta patriótica iniciativa dando vida a

la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", en cuyas ediciones, que serán mensuales, cabrán todas aquellas obras, ya publicadas o inéditas, cualquiera sea su tendencia, su carácter, su orientación literaria, filosófica, histórica, política, etc., y cualquiera su época, siempre que se ajusten a una máxima condición sustancial: que sean obras de selección, gratas al espíritu y al entendimiento, altas en concepto y en belleza, y, fundamentalmente, dignas del espíritu civilizador de la República.

LA DIRECCION

EMOCIONES MONTEVIDEANAS


BIBLIOTECA "RODO"
de Literatura
e Historia
AUTORES
URUGUAYOS



ORESTES BAROFFIO

EMOCIONES MONTEVIDEANAS

LA BOLSA DE LOS LIBROS
MONTEVIDEO

CLAUDIO GARCIA & CIA. — EDITORES
CALLE SARANDI 441
MONTEVIDEO
1942

PROLOGO

Si reúno las notas que publiqué en El País, *hace algún tiempo, es en recuerdo de un amigo.*

Hace unos años, nos reuníamos todas las tardes en la Redacción de aquel diario, Orosmán Moratorio, José Alonso Trelles (El Viejo Pancho) y yo.

Tardes hermosas aquellas cuyo recuerdo me sirve todavía de estímulo. Horas enteras pasábamos conversando, unidos los tres, por un mismo idealismo, hasta que la tarea del diario nos obligaba a separarnos. Un día, después de una de esas charlas en las que yo había evocado muchos cuadros de la ciudad, Moratorio me propuso un programa de trabajo: "Esas impresiones que nos cuentas, escríbelas. Yo escribiré otras. Tú hablarás de la ciudad en su exterior. Las calles, las plazas, la animación y el bullicio, el sol, la vida, todo eso que se ve marchando por la calle. Yo haré lo otro, lo que no se ve, el hogar, la vida interna, todo lo que desde la calle no se percibe y es acaso de tanto interés como lo que tú harás. Así haremos un libro cada uno". Y en presencia del "Viejo Pancho" sellamos nuestro compromiso.

Él hizo una serie de notas, muchas de las cuales aparecieron en El País, *y otras en revistas argentinas.*

Moratorio tenía ya el título para su libro: "Emo-

ciones montevideanas'. Yo comencé a escribir mis notas que publiqué siempre en El País.

Poco tiempo después, antes de que pudiera ordenar sus escritos, Moratorio murió, dejándonos a todos consternados. Todavía por un tiempo seguí yo escribiendo, pero me faltaba el estímulo del amigo para esa empresa.

Más tarde Sebastián Morey me pidió que los reuniera para hacer con ellas un libro de lectura para los niños de las escuelas primarias.

Ahora las reúno tal como las escribí entonces, con el apremio del tiempo en la redacción, mientras el ruido de las máquinas iba impulsando las ideas y las palabras.

No es éste, un libro trascendental. Es un libro de emociones. No pretendo transformar nada. Es un libro simple que se publica por el generoso pedido de quienes creen que esto puede tener un gran interés documental.

ORESTES BAROFFIO

Hay una especie de hombres, dotados de un tal don de simpatía personal que quienquiera que les tienda la mano, comprueba que oprime en ella un corazón. Hombres hechos para la convivencia social; tan consubstanciados con ella, que morirían si se les dejara en soledad. Cuando se está al lado de ellos, parece que el mundo gira a su alrededor. Cuando se alejan, nos despiertan una remembranza saudosa. A su vera, la anécdota chispeante, la referencia perspicaz, el recuerdo oportuno, todo, tiene tal carácter y tal eficacia, que estar con ellos es vivir en un ámbito de docencia. Y no hay en ellos, en sus gestos, en sus actitudes, en sus palabras, nada de pedantería, ni una pulgarada de presuntuosidad. Todo, en estos hombres, brota con la clara fluencia y la espontánea naturalidad del agua serrana que, gota de agua en la roca ríspida de la naciente, es amplio espejo de nubes y de cielo en el remanso del valle verdegueante. Esta clase de hombres hace un bien infinito porque rige su acción la voluntad y dirige su intención la bonhomía, que es la bondad con alegría, la canción en el trabajo, la gota de oro en el bronce resonante de la campana y el buen mosto en la suntuosidad de la fiesta. Y, sin embargo, estos hombres, nacidos para la vorágine de la vida inquieta, tienen espíritu de solitarios. Son, en el fondo,

señeros: no orgullosos; pero sí, aristócratas. Con esa aristocracia que es distinción en los modales, ternura en la confidencia, gracia en la conversación, espiritualidad en la compañía.

Uno de estos hombres es Orestes Baroffio.

Conductor espiritual, siente el regocijo de estimular a los demás; de verlos pasar, mientras, ante el ímpetu de los apresurados, displicentemente, se pone a un lado del camino. Inspirador, todas las empresas de idealismo lo cuentan entre los primeros. Artista, ninguna manifestación de lo bello lo deja indiferente. Crítico, echó al olvido el decir acritudes, deja que lo malo o lo feo lo denuncien los enemigos del autor, él señala, en todo libro, la página buena que no falta en ninguno. Profesor, toma el aula como un medio para encauzar en disciplinas formativas el alma plástica de los adolescentes. Militante, no le da a su partido la pasión "que rompe la concatenación del raciocinio", según el decir de Carlos Arturo Torres; pero, no le resta, tampoco, la actitud gallarda de las decisiones serenas y reflexivas, ni la opinión definidora y consagratoria para sus luchadores. Y hombre de la ciudad —su Montevideo, que lo ha visto pasar, despreocupado o pensativo, por todos sus rincones de ensueño o de misterio—, tiene para ella la persistente pasión de un enamorado, que se concreta en ese canto lítico en prosa, que tituló "El espíritu de mi ciudad", en donde el historiador, periodista y poeta se alían en una encomiable unidad artística.

Hace más de veinte años, desde que apareció el diario "El País", tomó a su cargo la dirección de la "Página Literaria". Aquí, con una modestia y una

generosidad ejemplares, dióse a la tarea de entregar al conocimiento de todos, las más exquisitas páginas aparecidas en todos los rincones del mundo. Nada de lo artístico le quedó olvidado. Y la página literaria, labor humilde y fecunda de un persistente esfuerzo muchas veces ignorado, dió la pauta en la tolerancia, cuando a su alrededor hervían las pasiones, puesto que debe expresarse que "El País" era —y sigue siendo— un fuerte baluarte político.

Otros tantos años lleva Baroffio al frente de "Mundo Uruguayo", la única publicación semanal montevideana que pudo abrirse camino y crearse un lugar perdurable en medio del ambiente nacional. Sus páginas han sido reflejo de todas las actividades del país. Es hoy el único y más completo gráfico de la vida social y artística de la República. Allí iniciaron o continuaron su obra cuantos escriben en el Uruguay: para todos hubo siempre un lugar de preferencia. Y por esta causa, "Mundo Uruguayo" fué en los momentos de crisis espiritual, el sitio donde podían convivir los que, en el espectáculo triste de la política criolla, parecían enemigos irreconciliables.

Y como si estas dos actividades no fueran suficientes para absorber las posibilidades de acción de un hombre dinámico, Baroffio preside la Comisión Municipal de Cultura de la "muy fiel y reconquistadora" ciudad de Montevideo. Organiza exposiciones de arte, difunde la cultura por todos los barrios montevideanos, lleva el alma de la Capital hacia las ciudades del interior de la República, pronuncia discursos y conferencias, actúa como jurado en casi todos los tribuna-

les de arte, en fin, está ubicuo donde una manifestación de lo bello tiene necesidad de exteriorizarse.

"Yo soy un periodista" ha dicho, orgullosamente, para definir su diaria actividad. Pero el periodista que hay en Orestes Baroffio, es la síntesis y el pretexto para exteriorizar todos los múltiples aspectos de su proteiforme personalidad. En la actualidad pasajera, él procura descubrir la perennidad del rasgo sutil, de ese trazo casi imperceptible para los ojos vulgares, que la gente que pasa no alcanza a percibir en lo volandero de lo cuotidiano. Y lo ofrece en la clara prosa fluente de un estilo nervioso y musculoso, con emoción y con fuerza.

Mientras el periodismo es, en América, y, en plano menos dilatado, en nuestro país, un medio para alcanzar fines prominentes, duraderos y positivos, Orestes Baroffio hace del periodismo función sagrada y oficio de responsabilidad. Monje laico de este culto democrático, le entrega toda su esperanza y todos sus sueños, toda su vida y todas sus ambiciones. Convierte en fin en sí, lo que otros utilizan como medio. Así vive, periodista cien por cien, contento y ufano del lugar que se ha buscado, sin bastardas preocupaciones, en la fiesta y en el dolor de sus días.

Orestes Baroffio ama el diálogo, no para envanecerse con fruslerías insubstanciales, sino porque encuentra en él, un medio propicio para pensar en voz alta. De pronto, ante el amigo que lo interroga o que lo escucha, dispara el dardo de una reflexión intempestiva o hace rebrillar el estilete florentino de su ironía. Sonriente espera la respuesta. Agride para que cuando el

herido se defienda, su reacción cordial pueda abrirle, de par en par, las puertas de su generoso corazón.

Su popularizado seudónimo "Ariete" es una definición a medias: arma de ataque por la fuerza del empuje; también, objeto eficaz para abrir la brecha y por ella ver un retazo de nuevo horizonte o echar una ramalada de luz en medio de una sombra esquiva.

Con una orgullosa modestia y humilde valentía, Orestes Baroffio confiesa lo que otros callan. Gusta viajar por los senderos de la fantasía, cuando la fantasía toma como punto de partida y de retorno, la realidad circundante. En su casa, tibio rincón de paz presidido por el recuerdo de la compañera partida para siempre, pasea su espíritu y conversa con el alma de sus cuadros, en cada uno de los cuales se concreta un momento de la historia del arte pictórico hispanoamericano. A su alrededor, como en una teoría, se corporizan sus evocaciones y viven sus compañeros de ayer, los que triunfaron, los que se extraviaron en el camino, los que se iniciaron con fe y volvieron con desesperanza, los que se quebraron como espigas bajo el huracán de la vida. Baroffio atiende a esas voces que vienen del fondo de sus días pretéritos. La vida le canta sus epifanías. Y él sigue en su puesto, con la misma alegría de los antiguos días, adolescente su espíritu en su cuerpo enjuto.

No es ahora el mozo un si es no es insolente que recorría las calles aldeanas de la ciudad vieja, con apuesta y provocativa gallardía. Olvidó el tiempo antiguo de su afán polémico. Comprendió a tiempo, que:

> *"nuestras vidas son los ríos*
> *que van a dar a la mar*
> *que es el morir",*

y que tras la instantaneidad y perecedero de lo humano:

> *"allá van los señoríos*
> *derechos a se acabar*
> *e consumir".*

Y así llega esta su hora de cosechas opimas. Por ahí andaban las páginas dispersas, pepitas de oro arrojadas al voleo por todos los caminos y hacia los cuatro puntos cardinales. Donde tanto se publica que nada vale o poco significa, era arrogante jactancia condenar al olvido este manojo de reflexiones de crítica sentimental, de crónica retrospectiva, de afectiva remembranza, hechas en distintas épocas pero con un persistente espíritu cordialmente comprensivo. Tienen en sustancia el alma artista de Baroffio en su meritísima espontaneidad. Son, en cierto modo y a su manera, su dietario lírico. Porque, para terminar, lo que Orestes Baroffio no se perdonará jamás —él que tiene indulgente alma de canónigo para comprender— es que en un día lejano, urgido por la vida, quebró sus pinceles y rompió su lápiz de pintor para convertirse en periodista, sin dejar de ser artista. Vale decir, para hacer primores en lo vulgar y darle toques de luz a todo aquello que, como la rosa del poeta, vive más en el arte que en la vida...

José Pereira Rodríguez.

LA FIEBRE DE LO PEQUEÑO

A Orosmán Moratorio.

Montevideo se va. El típico Montevideo de casas bajas y amplias, con sus grandes patios en cuyo centro siempre había una fuente, o una planta, o un cantero con flores rodeado de azulejos, aquel Montevideo de hace cincuenta años que tanto admiraban los extranjeros, en cuyos alrededores un millar de quintas extensas y hermosas, de árboles corpulentos lo llenaban de encanto y poesía; aquel Montevideo en el que se soñaba más que en la amplitud de sus viviendas, de grandes departamentos, decorados con muebles macizos; aquella ciudad simple cuyos habitantes tenían la misma sencillez de sus casas, aquel Montevideo se va, se pierde para siempre. No para mejorarlo. Desaparece en el laberinto de pequeñas calles, de millares de minúsculas quintitas, de estrechas casas, de pequeños barrios construídos sin plan ni orientación edilicia. En sus calles van surgiendo día a día decenas de casas angostas, altas, —acaso para suplir con la altura a la belleza— llenas de colores en sus frentes, con pequeñas puertas, con pequeñas ventanas, sin patios, sin luz, sin aire. Ya no hay fuentes, ni árboles en sus patios — si alguna vez los hacen. Todo se va, se pierde, desaparece en medio de la fiebre de construir y de construir pequeño. Todo se sustituye, se modifica, no para en-

sanchar sino para empequeñecer. Las grandes quintas se dividen. En donde antes sólo había una casa, en medio de árboles y flores, ahora se hacen cuatro pequeñas, aprisionadas en esos rectángulos que el rematador ha delineado, teniendo en cuenta el mayor rendimiento.

Las grandes casas patricias, tan señoriales, han sido abandonadas por sus dueños que se sienten atraídos por lo pequeño, y sirven ahora para oficinas públicas. Y si no han alcanzado ese privilegio, se les modifica, se les achica. A todas se les condenan aberturas, para poder construir el "garage" que es la obsesión de los modernos propietarios montevideanos, que es el problema de los modernos constructores.

¡Cuántas semanas de insomnio de dueños y arquitectos para solucionar ese problema! Cuántas casas arruinadas! Cuántas casitas en las que uno no puede adivinar si son de altos o no, para poder introducir en la planta ese "garage" tan necesario, tan imprescindible en esa vida de agitación y de imitación, que día a día va complicándose. Y cuando el montevideano nuevo quiere tener un palacio, o un rascacielo, ¡qué pequeño resulta! Sus interiores complicados, como sus frentes, que están siempre llenos de ornatos, de molduras, de cartelones y guirnaldas y muchas veces completados con esos pretendidos grafitos con que se ha invadido la ciudad. Así van construyéndose una tras otra esas casas grandes de aspecto pequeño, que después se decoran con el mismo espíritu, con la misma adoración por lo pequeño.

Aquel Montevideo de hace cincuenta años, se marcha, se va, se pierde entre la fiebre de modernismo de

muchos de estos propietarios de "villas" de doscientos metros cuadrados, y el Palacio Legislativo resulta un monumento monstruo. Para ellos es una locura levantar monumento en el que se gastan millares y millares de pesos y docenas de años en construirlo. Para ellos, que construyen sus Petit Hotel en un año y sus casas en seis meses, les resulta una locura. Eso es una obra que hubieran hecho los viejos, aquellos viejos que hicieron Solís y el Asilo de Huérfanos, y la Escuela de Arte, y tantos otros edificios que para su época resultaba empresa enorme. Para los nuevos, es demasiado.

Demasiado les pareció el construir la Facultad de Medicina, — donde ahora no caben ya los alumnos. Demasiado les pareció la Facultad de Derecho. Lo grande, les trastorna. Sienten terror por los edificios grandiosos, ellos que sueñan con la casita chica de puertas chicas, con el "garage" debajo del escritorio.

Montevideo se va, se pierde entre este laberinto de pequeñas calles y casas. Pierde su carácter, no para mejorar. Pierde su carácter en medio de la desorientación edilicia, con la complicidad de los arquitectos, impulsada por la fiebre de lo pequeño de que están atacados sus hijos.

LA CIUDAD TIENE AL FIN SU POETA

A propósito de la "Epopeya de la Ciudad", de Emilio Frugoni.

La ciudad tiene al fin su poeta. Tenía ya su poeta la patria. Tenían sus poetas, las revoluciones, los caudillos. Tenían sus poetas los soldados, los gauchos, la campaña...

La ciudad no lo tenía.

La ciudad no había encontrado entre los cantores nacidos en su seno, quien se detuviera a contemplar el bullicio de sus calles, el rodar de sus vehículos, el espectáculo de sus multitudes que se agitan, en los talleres, en las fábricas, en las fiestas, con sus bellezas, sus dolores, sus alegrías.

La ciudad, esta ciudad que tuvo sus heroísmos y sus glorias, esta ciudad que fué asilo de hombres libres, que vió en sus calles el agitarse de sus hombres, en días de lucha, en que la libertad peligraba, esta ciudad no tenía su poeta. No tenía su cantor, no habían encontrado quien comprendiera la nobleza de su espíritu. ¡El noble espíritu montevideano!

Años y años, los poetas habían pasado de largo, por sus calles, sin conmoverse ante el reverberar de las pasiones, ante el trabajo de las industrias, ante sus jardines, ante sus palacios que se levantan hasta las nubes, desafiando todos los temores y todas las

tempestades, amparados en el cálculo. Años y años todos los poetas buscaban sus laureles, con los cantos a la patria, al campo, al paisano, haciendo destacar sobre la monotonía enervante del paisaje criollo, mil veces repetido, el perfil recio del gaucho, con todas sus pasiones y sus vicios. La ciudad no atraía. Era el círculo de fuego ante el cual se detenían. Era demasiado difícil la empresa. Se necesitaba para ello destrozar prejuicios y mirar hondo, y de frente, en el misterio de la red inmensa de calles, que presentaba la urbe... y desde las comodidades que la ciudad les ofrecía se entonaban los cantos con la repetición eterna de sus imágenes, envueltos en la visión vaga del cuadro campero desnaturalizado, como visto a la distancia, obstaculizado el mirar por el humo de las fábricas...

Necesitaba que llegara el poeta que sintiera el dolor de los vencidos en la vida, que comprendiera la amargura de la labor fatigante y miserable de los pobres. Necesitaba que llegara un poeta como Emilio Frugoni, que tuviera un alma capaz de sentir la grandeza del panorama y la responsabilidad de la empresa. Que sintiera la poesía de la vida urbana, tan variada, tan compleja, tan desigual y, sin embargo, armónica. Que supiera ver las inquietudes, los anhelos, las esperanzas. Que tradujera la agitación de los millares y millares de hombres que se mueven, que trabajan alzando casas, construyendo calles, elevando fábricas... Necesitaba el poeta que comprendiera como él, todo lo bueno y lo malo, lo heroico y lo justo. Que sintiera hondamente la belleza del paisaje y el perfume de las flores, la poesía de la muerte y la poe-

sía de la vida y las tristezas de los miserables arrumbados en los rincones de la ciudad, como desperdicios humanos, y contemplara la visión nocturna de sus calles y sus plazas iluminadas, y sus teatros y sus biógrafos, y se alegrara frente a sus villas, a su mar, a su cielo. Se necesitaba un poeta así como Emilio Frugoni: bueno, comprensivo, grande de corazón y de alma, que fuera además de poeta un gran artista. Un gran poeta y un gran artista, cuyo corazón se estremeciera en cada paisaje, cuyo espíritu penetrara en todas las latitudes, y se sintiera vibrar frente a todos los detalles, en todos los rincones, cerca de todos los jardines, de las casas, en las calles, en las quintas, en las playas, frente al mar, en el circo como en la cancha de football, en los conventillos como en los palacios, en las estaciones, en las escuelas..., y su lirismo tuviera notas de extraordinaria emoción y de belleza. ¡Y el poeta llegó! Nuestros poetas habían recorrido toda la campaña, se habían exaltado ante las aguafuertes de las tristes rancherías, o junto al espectáculo teatral de los fogones nocturnos, en los rodeos, en las domas, en las yerras y en las carreras, pero habían callado al llegar a la ciudad. Necesitaba ésta que llegara el poeta que sintiera, que comprendiera, que vibrara, que tuviera un corazón generoso, que saltara a cada instante. Y el poeta surgió.

La ciudad lo guardaba en la geometría de sus casas. Mientras sus hijos trabajaban con afán de progreso, se experimentaban en la gimnasia de las grandes obras, haciéndola cada día más alta y más grande, el poeta elaboraba en silencio el himno triunfal y creaba su gloria. Los habitantes que habían vibrado bajo la

palabra mágica del poeta, que se habían enorgullecido sintiendo el torrente armonioso de sus arengas parlamentarias, que le habían llevado hasta sus facultades para enseñar a la juventud la ciencia de la vida, que habían marchado en columna en las grandes gestas del trabajo para escuchar la música de sus discursos, habían escrito entre sus hijos predilectos el nombre del artífice Emilio Frugoni, pero ignoraban que era él, el que había de entonar a la ciudad su canto de glorificación.

Y un día la ciudad vió con alborozo en todas las vidrieras un libro nuevo. Un libro que ostentaba en su carátula una fuente.—El símbolo más hermoso que puede ostentar un libro.—Una fuente, que es el adorno más bello de la vida urbana. Y la ciudad echó a vuelo sus campanas, hizo agitar sus banderas, vibraron sus bocinas, porque había aparecido su epopeya. La ciudad se sintió que podía enorgullecerse porque había creado un poeta que la comprendía, y se sintió enaltecida, se sintió glorificada...

EL HOMENAJE A MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Los poetas, los artistas, los amigos de María Eugenia Vaz Ferreira, se reunirán hoy junto al monumento que la ciudad elevó a la poetisa, en el más bello, en el más grande y poético de sus paseos públicos, para recordar en este día en que se cumple el aniversario de su muerte, las bellezas del espíritu, la nobleza del corazón, la armonía de los versos de aquella mujer excepcional que un día con gran dolor de todos, vimos desaparecer para siempre.

Los poetas, los artistas, los amigos, recordarán hoy, emocionados aquella figura original que vivió dentro de su orgullo, casi incomprendida, sin sentir junto a ella el calor, ni el entusiasmo popular. De aquella mujer que no se identificó con su época, que vivió con la amargura de no sentir el eco armonioso de sus versos en el alma palpitante del pueblo que la miraba asombrado, pasar tranquila, indiferente, con su paso lento, por las calles de la ciudad. Recordarán aquella figura de mujer que ellos miraron siempre con orgullo, como a uno de los más altos, más claros y brillantes prestigios intelectuales y el eco de la armonía, la tristeza, toda la nostalgia que tienen sus cantos, pasarán como una ráfaga perfumada junto al monumento que hoy se llenará de flores, y acaso se recuerde el acento suave de aquellos versos juveniles...

Yo quisiera saber lo que pasa en tu mente
Cuando cruza el tropel de tus raros hechizos

o aquellos varoniles del poema "Triunfal", dedicados a un poeta:

Bardo gentil de rimas aurorales
De plectro de oro y de gloriosa mente.
Que al entonar tus cánticos triunfales
Tienes nimbos de luz sobre la frente.

Y la tendrán presente los que la conocieron de cerca, los que supieron de su gran talento, los que supieron de sus contrariedades y la verán más cerca suyo los que no la conocieron o los que la vieron olvidada. La imagen de la poetisa volverá hoy, a pasear por el pensamiento de todos y todos sentirán la sensación de que han de rendir un homenaje de justicia a una alta y noble figura de artista.

Al leer hoy las invitaciones para el acto recordatorio, hemos vuelto a pensar en lo que dijo José S. Antuña, poco tiempo después de la muerte de la poetisa, en una soberbia conferencia. Este homenaje, es el más justiciero de María Eugenia Vaz Ferreira, porque tanto la indiferencia de nuestro ambiente, como el orgullo natural olímpico de su temperamento, la radiante figura de la poetisa, se venía esfumando desde tiempo, en el silencio y en la sombra...

Y nos pareció que hoy, las palabras de José S. Antuña, después de varios años, podrán volverse a repetir, junto al monumento que hoy han de rodear y

llenar de flores, los artistas, los poetas, los amigos de María Eugenia Vaz Ferreira.

El acto de hoy, será también como el de aquella noche en que el talento de José S. Antuña delineó la figura soberbia de María Eugenia Vaz Ferreira, un acto de reparación, de justicia, un noble impulso más de los artistas, de los poetas, de los amigos, por la resurrección de la poetisa.

EL MONUMENTO A FLORENCIO SANCHEZ

Después de una laboriosa gestación de varios años, el monumento a Florencio Sánchez, va a ser inaugurado. Dentro de unos días se colocará la piedra fundamental. La idea de un grupo de nobles espíritus va a tener, al fin, su cristalización. Florencio Sánchez tendrá un monumento sencillo, en un parque público. En el mismo parque público donde hay ya otro monumento sencillo, que recuerda al maestro de los periodistas uruguayos, a aquel Samuel Blixen incomparable, que derrochó a diario talento y gracia en la prensa montevideana, que fué a la vez crítico, dramaturgo, profesor, funcionario y, por sobre todo, un grande y noble corazón de artista. Allí estarán ahora, el dramaturgo bohemio, el casi creador del teatro rioplatense, y el gran señor, el que supo con el brillo de su pluma y de su ingenio, formar y alentar a muchos de los que más tarde, habían de descollar en las letras uruguayas.

Admirable compañía la de estos dos hombres, tan distintos de apariencia y, sin embargo, tan iguales en el espíritu. Creadores los dos, fecundos y originales, y modestos los dos y animados los dos del profundo anhelo de elevar el teatro rioplatense.

Florencio Sánchez tendrá, al fin, su monumento. Un monumento sencillo, como fué siempre su vida.

Nosotros que fuimos amigos de ese hombre ex-

cepcional, que comprendimos su talento, que alentamos sus obras, que vibramos de emoción en los momentos de sus triunfos, que nos hermanamos con él, en las horas de lucha, de ardientes discusiones, de choques de ideas, en las horas combativas en que, por primera vez las palabras rebeldes brotaban de los labios juveniles, lejos del campo político, nosotros sentimos hoy una profunda emoción. El aspecto con que se nos presenta hoy Montevideo es para nosotros, de una gran nostalgia... Recordamos las viejas cosas de otros días, los hombres de ayer ya idos, los jóvenes de ayer ya hombres, caídos unos en la vorágine de la vida y anulados; otros, elevados por la política o por el talento, otros empujados hacia abajo por la miseria... Contemplamos el lugar de la vieja "Giralda", donde tantas veces nos relató Florencio el argumento de sus obras, y vemos levantado ese enorme presuntuoso rascacielo, y las dos esquinas que ocupó el Polo Bamba, sede habitual de Florencio, una con un caserón de rentas, y otra con un Banco...

Recordamos aquellos días, los días alegres de nuestras excursiones nocturnas a través de la ciudad, vagando en grupo de amigos, entre los cuales Florencio, nos confiaba sus proyectos, sus sueños, sus ilusiones... El aspecto con que se nos presentaba entonces Montevideo, lo recordamos ahora, con una gran nostalgia en nuestro espíritu.

EL FARO MONUMENTAL PARA PUNTA CARRETA

1928.

El Municipio de Montevideo, ha resuelto llamar a concurso para la construcción de un faro monumental en Punta Carreta, que deberá ser inaugurado el primer aniversario de nuestra independencia nacional. Es ésta, una hermosísima idea que debe ser calurosamente alentada porque aparte de lo que importa como símbolo, la construcción del faro será una obra de gran utilidad pública. Será un monumento en el cual podrá ponerse a prueba el talento de nuestros artistas, utilizando para su construcción, nuestras piedras y nuestros mármoles. Los arquitectos trazando sus líneas majestuosas, simples y elegantes, y los escultores tallando en la piedra las figuras que han de expresar el sentimiento de la ciudad, al recordar la gesta heroica de los que lucharon por la libertad y plasmaron la formación de nuestra nacionalidad.

Él vendrá también a justificar plenamente el trazado del Boulevard Artigas, hecho por nuestros abuelos, pues el eje de aquella avenida coincide justamente con el punto donde puede emplazarse. Y desde el punto alto del Boulevard que lleva el nombre del gran caudillo uruguayo, podrá admirarse el faro monumental que será uno de los elementos más bellos, más decorativos de nuestra costa.

Deberá construirse un faro que a la concepción artístico-monumental, a la manifestación de belleza, corresponda también una instalación de iluminación potente que, a muchas milas de distancia, dé al navegante el saludo de nuestra ciudad y lo oriente en su ruta. Será el primer saludo que ha de dar Montevideo a los inmigrantes que vienen desde lejos a buscar entre nosotros, trabajo para sus músculos, y el bienestar tantas veces soñado por ellos, en la vida fatigosa de su tierra poco pródiga en beneficios. Y será también el faro a construirse en aquella punta, tan célebre, —que figura en las antiquísimas cartas de los navegantes—, un monumento que ha de señalar nuestra época de progreso y nuestro concepto edilicio.

Y para que la concepción tenga todo el atractivo, toda la belleza, toda la imponente majestad que requiere un monumento de esa índole, deberá emplazársele lo más próximo posible a la costa, para que las obras de defensa, las murallas que han de defenderlo de las furiosas tempestades del mar, sirvan también de elementos decorativos.

Entre todas las iniciativas surgidas de estos últimos años, para solemnizar en forma digna el centenario de la independencia uruguaya, pocas como ésta tienen tan alto significado espiritual y pocas por lo tanto como ella, han de despertar tantas simpatías.

El viejo faro ("la farola", como le llamábamos en un tiempo), que existe ahora, tantas veces castigado y lesionado por el mar, tantas veces teatro de dolorosas escenas, tantas veces espectador mudo de tragedias desarrolladas frente a su débil iluminación, el viejo faro, de pobres instalaciones, expresión de otro tiem-

po, será pues demolido, cuando junto a él surja majestuoso el monumento que la ciudad pone allí como un exponente de su progreso, de su adelanto, de su vigorosa vitalidad. Y de aquella "farola" sólo nos quedará vagamente impresa en la memoria su silueta, de pobres líneas, envuelta en la nostalgia que sentimos al ver desaparecer algo que asombró nuestros ojos juveniles en los tiempos en que ir a Punta Carreta representaba toda una heroica empresa.

LA CIUDAD SIN RAMAS Y SIN HOJAS...

Setiembre, 9—1928.

La ciudad ha tomado en estos días un nuevo aspecto. Hay más luz, más vida. Todo parece más amplio, todo parece más grande. Los árboles han sido desvestidos, totalmente, sin piedad, por las huestes de Guillot y sus troncos desnudos se levantan ahora como una mano abierta hacia el cielo, en actitud de jugar a la "murra" — como diría nuestro camarada Ferreiro, poeta extravagante y de talento que asombró un día a Montevideo con aquel famoso libro que tituló "El hombre que se tragó el autobús".

Las huestes de Guillot han limpiado de ramas y de hojas a las calles y han dejado en descubierto las bellezas arquitectónicas que son pocas y las cosas malas de los frentes de las casas que son muchas.

No sabemos por qué se nos ocurre pensar ahora al contemplar este aspecto nuevo que tienen nuestras calles con sus árboles sin ramas y sin hojas, dejando ver los malos adornos de las fachadas, no sabemos por qué se nos ocurre pensar en las esculturas de los museos en donde sus directores colocan siempre una hoja de parra en las estatuas desnudas, para ocultar lo que según el código moral en vigencia, no deben ver los ojos del público.

Y ahora Guillot se nos aparece como un revolucionario, como uno de aquellos terribles revolucionarios artísticos que un día declararon en Europa, la guerra a las hojas de parra de los museos y proclamaron el triunfo amplio del desnudo. Pero el hacha de las huestes de Guillot, que se nos aparece como un revolucionario y que la sabemos sanamente guiada y que reconocemos necesaria en ciertas épocas del año, al ponerse en actividad, nos ha llenado de sorpresas, de desconsuelo y algunas veces también de alegría. ¡Cuántas cosas bellas podemos ver y cuántas cosas ingratas debemos contemplar ahora, en nuestras jiras por la ciudad. El sol brilla sobre todas esas deformes creaciones, sobre todas esas raquíticas, minúsculas casitas de arquitectura pos-ford con que se nos ha llenado la ciudad. El sol destaca con violencia toda su pobreza. Donde antes veíamos un árbol lleno de ramas y de hojas, ahora como por arte de encantamiento, aparece una casa de dos pisos. Dos pisos con garage y todo, que se ocultaba detrás de un plátano. Otras veces es toda una casa de departamentos, la que nos sale al paso saludándonos con su serie de ventanitas y de agujeros...

La ciudad tiene un nuevo aspecto. Hay más luz, más vida. El movimiento de los autos que corren apresurados acortando las distancias, el público que marcha en una y otra dirección, los grandes carteles anunciadores, las casas, las cosas todas, tienen ahora un brillo extraordinario de color, y en las avenidas donde las justas ordenanzas municipales han hecho crecer las casas, los grandes edificios que se elevan como una demostración evidente de progreso, por encima de los ár-

boles, pasando sobre ellos y cantando su victoria sobre las pequeñas casitas que los árboles ocultaron detrás de su follaje, las amplias casas comerciales, las casas de renta con sus hileras de ventanas, de balcones, con sus torres, dan ahora a Montevideo el aspecto de una gran ciudad americana. Una ciudad con menos monotonía, la sinfonía en verde se ha suprimido del programa urbano por un momento para dejar oír el canto de los mil colores que la ciudad tiene y que se armonizan bajo la luz del sol. El hacha de las huestes de Guillot ha cambiado la fisonomía de la ciudad. Hay más luz, más amplitud cuando se mira hacia arriba, y los árboles sin ramas y sin hojas, inmóviles como centinelas, se miran unos a otros avergonzados de verse tan desnudos ante tanta luz, levantan sus troncos hacia arriba, como incitando a las pequeñas casitas bajas que aún quedan en la ciudad, a que suban hacia el cielo para ocultarlos a ellos.

EL VII SALON DE ARQUITECTURA

Setiembre, 16 — 1928.

Se ha inaugurado con gran suceso en la "Casa del Arte" el VII Salón de Arquitectura. Es éste un acontecimiento que nos llena el espíritu de optimismo. La ciudad que por muchos años, durante las luchas en pro y contra de la creación de la Facultad de Arquitectura, permaneció indiferente, muchas veces contraria, a los deseos de los que querían hacer de la vieja Facultad de Matemáticas, dos Facultades, con distinta orientación y propósitos, regidas con autonomía, la ciudad que no tenía ni entusiasmos ni opiniones, pero que contemplaba con un poco de ironía las luchas de los arquitectos nacionales, va ahora con interés, con satisfacción y hasta con orgullo, a dar brillo al acto inaugural del Salón de Arquitectura, va a contemplar la infinita serie de trabajos, admira la pericia de los estudiantes y se siente elevada por ese bello exponente cultural, por esa demostración de fuerza y de talento, que se realiza en la "Casa del Arte" y que es el resultado obtenido, en los años de desvinculación de la Facultad al viejo organismo.

Los iniciadores de aquel movimiento, pueden ahora sentirse orgullosos de su obra. La Facultad de Arquitectura, libre de ataduras y de prejuicios, realiza obra fecunda, noble y bella. Obra que ha de tener re-

percusión en los problemas edilicios de presente y de futuro en que la ciudad reclame su elevado aporte y sus energías. El actual Salón de Arquitectura demuestra el adelanto realizado, demuestra que hay entusiasmos. Es un conjunto hermoso. Hay grandes proyectos y grandes ideas y hay una clara, evidente, comprobación de lo que se ha avanzado en el concepto artístico.

Los proyectos hermosamente dibujados, son proyectos y son cuadros. Proyectos que tienen todo lo requerido por la técnica y cuadros que tienen gran vivacidad de color. Contrastes de tonos y contrastes de luces. Y así lo que por exigencia resultaría árido, resulta atenuado por el dibujo vivo y la belleza del color.

Es un conjunto que hace pensar con alegría en el porvenir de la ciudad. Con la intervención de esos espíritus ágiles, atrevidos, que crearon tanta belleza, con la colaboración de esos jóvenes, cuya fantasía vuela tan alto, capaces de poner tanto corazón en sus obras, será fácil la transformación y el Panchotalerismo arquitectónico que todavía domina, será batido en retirada.

Hemos contemplado el Salón de Arquitectura, con alegría, porque respira juventud, se siente frescura, se admiran las impaciencias, se siente vigor de savia nueva. Mientras íbamos mirando la obra de esos jóvenes, nuestro pensamiento se metió muchas veces entre el entrevero de esas torres absurdas, de esos coronamientos más absurdos aún, cargados de millares de kilos de hormigón y de ladrillo, de canastos, de perillas, de frontones y nos daba ganas de gritar de indignación.

Cuánto bien haría en salir a la calle toda esa divina locura juvenil, y marchar gritando, aturdiendo la ciudad, con su entusiasmo, a enseñar a los hombres

que aún creen en las pasticeries de los frentistas, y en el color grisamarillo del cemento, cómo podría ennoblecerse la ciudad, llevándose en carretas toneladas de adornos de las casas y decretando el destierro de los autores de tanta infamia, reclamando a la vez la dirección de los destinos estéticos.

EL MONUMENTO QUE NOS QUEDA

A propósito de la inauguración del monumento al general Garzón.

Setiembre 3, — 1928.

Pasado el bullicio de las fiestas, con que se celebró el aniversario de la gran fecha histórica nacional, apagados ya los ecos de las marchas militares con que durante días, se llenó el ambiente de Montevideo, — mezclados con el brillo de los aparatosos uniformes militares, — nos queda en la ciudad, para unos, un poco de cansancio, para otros, un poco de nostalgia y para muchos, la alegría de poder comenzar de nuevo la labor fecunda, para moldear de veras la grandeza del país, junto a la mesa de trabajo, en el taller, o en la usina. Y nos queda para todos el recuerdo — un poco vago ya, de las cosas efímeras que pasan para perderse en el silencio, — de un montón de gente aglomerada junto a un monumento, otro montón de gente luciendo exóticos sombreros altos, un montón de palabras sonoras pronunciadas frente a la indiferencia del pueblo que no las oía, un desfile militar con algo de cine y otro poco de teatro, — que durante unas horas llamó la atención del pueblo, en aquel día luminoso de magnífico sol, y luego... un monumento.

De todo aquel bullicio, aquella música, aquel paseo de uniformes, de soldados, de banderas, poco ha quedado en el fondo del espíritu, a no ser el culto a lo exterior, a lo brillante, a lo aparatoso, que parece dominar en una parte de nuestra sociedad. Sólo nos queda ahora como recuerdo, efectivo, para la ciudad, un monumento mal emplazado, de mala concepción y de mala ejecución artística. Y frente a él, hemos pensado que poco le ha valido a aquel ilustre soldado de América el haber luchado y haber llegado a colocar bien alto su nombre en la Historia, si la posteridad le premia toda su abnegación sacrificando su memoria en esa forma irreverente.

Frente a él ha desfilado el pueblo entero, el ejército nacional y el extranjero, los embajadores, los altos funcionarios, arrojando flores, inclinando banderas, presentando armas. Frente a él, durante horas, se han aureolado con el brillo de las frases que iban a chocar contra la vulgar concepción de aquel monumento que parecía lucir con orgullo toda su fealdad y su desproporción...

Ha tenido, pues, un bautizo solemne, que no han alcanzado casi ninguna de las obras maestras del arte de todas las épocas. Y cuando los niños de hoy se hagan hombres y recuerden y piensen en la pompa, en los discursos, en las fiestas, en todo el aparato que rodeó la inauguración de este monumento, han de sufrir una gran decepción de nosotros. Así, dirán, nuestros padres en 1928, han demostrado por primera vez al pueblo esta obra que nosotros debemos ocultar como un homenaje a la belleza.

EMOCIONES DE LA RADIO

Octubre, 7 — 1928.

Cuántas veces nos hemos detenido a contemplar esos grupos de hombres de otras tierras, atentos frente a esas casas donde continuamente, una voz o una música que viene desde lejos les trae a la memoria o al corazón, quién sabe cuántos lejanos recuerdos y quién sabe cuántos afectos o dolores... De otras tierras donde quizá ellos han vivido o con la que ellos han soñado, o donde ellos nacieron y que ellos ven ahora como en un sueño, durante sus horas de nostalgia, mientras tratan de poner en sus cartas las palabras que traduzcan el vacío que sienten, palabras, que luego han de llegar hasta aquellos que desde la otra tierra, esperan con ansias sus noticias...

Il saro con te anche lontano...

Y otras veces a esos grupos de hombres del pueblo que siguen con atención las suaves, perezosas, cadencias de un tango entre cuyas notas ellos ven surgir la silueta fina y amable de la compañera de unas horas de emoción —cuyos ojos nunca olvidan— o de la que fué ingrata, o de la que trajo a su vida un rayo de sol, o la ensombreció con un engaño. Y mientras la voz ronca del cantor desconocido sale de aquella

máquina, ellos van siguiendo emocionados las palabras que le van agrandando el deseo, o la tristeza, reviven unas horas de gran felicidad, parados allí, atentos, ajenos al bullicio, alejados de la vida, de la ciudad que pasa indiferente ante ellos, que siguen con los ojos bien abiertos, los compases y las palabras del cantor desconocido que lánguidamente va entonando.

¡Y pensar que hace diez años, fué mi locura!...

Y en la tristeza de aquel grito desesperado del cantor invisible, quizá ajeno a la tragedia que va sembrando en el alma de esos hombres simples y buenos para los que la vida no tuvo sino pocas horas de felicidad, está todo el poema doloroso de esos hombres que se detienen y se agrupan al pasar frente a esas casas donde continuamente una voz que viene desde lejos, le trae a la memoria o al corazón, quién sabe cuánta amargura...

No importa si el destino cruzó de un latigazo...

....Y el canto triste, lánguido, que sale de aquella máquina, va gritando toda esa tristeza que viene del fondo de la vida miserable del pueblo que sufre...

Otras veces no es el canto lo que se oye. No es la música, es la voz de alguien que desde lejos siembra esperanzas, promete bellos horizontes, promete tranquilidad, igualdad y trabajo para todos y para todos iguales derechos. Y entonces entre los rostros ingenuos de los que forman el grupo vemos algunos que siguen con expresión irónica, las palabras que desde

lejos les deja caer un montón de promesas... Y luego nosotros vemos cómo aquellos hombres se dispersan, unos con otros murmurando palabras de protestas...

Los hombres van muchas veces con apuro por las calles, corren a sus obligaciones, o van hacia sus casas donde les espera la alegría de la familia, pero al sentir aquella voz invisible que desde todos los rincones de la ciudad parece que los llama, se detienen un rato, escuchan unas palabras o los compases de la música y luego de nuevo corren más apurados aún por la demora, a cumplir su programa de vida, reconfortados o doloridos, llevándose en los oídos las últimas palabras de aquella voz lejana, que los ha sacudido, los ha hecho vibrar o les ha dejado una sombra en el espíritu...

A vivir modestamente la suerte te condenó

Días hay en que la ciudad desde temprano grita por esas cien voces roncas algo que no son dolores, ni amores, ni tragedias. Es algo más grande para los montevideanos que los más grandes problemas de la vida. La ciudad sigue junto a esas máquinas de juego que se desarrolla en la cancha lejana, y las voces de los aparatos, les trae vivo el movimiento del partido...

Ahora la línea delantera de "Peñarol" presiona vivamente, sobre la valla enemiga

Y en los cien grupos diseminados por la ciudad estalla el entusiasmo, se animan los rostros de los hom-

bres agrupados junto a los aparatos y poco a poco se va haciendo de nuevo el silencio. Luego la voz grita marcando las palabras.

Ahora, Nacional, avanza resueltamente y lleva el globo cerca de la...

y un grito del grupo hace imposible oír más, y nosotros sólo podemos, después de un momento, oír clara la voz que grita de nuevo:

Ha terminado el primer tiempo. Peñarol 1, *Nacional* 1

Y otra vez los cien grupos victorean y los nombres de los que tuvieron en la hazaña de uno y otro bando una acción preponderante, se vivan con entusiasmo.

La vida urbana sigue agitadamente. Los hombres marchan con la esperanza a cuestas uno y otro día, los autos, los tranvías, los ómnibus, cambian a los hombres de lugar a cada hora y las carretas y carros llevan en montones el producto de la labor que constituye el progreso y mientras los hombres siguen su ruta, luchando, en cada rincón, una voz que viene desde lejos trae al bullicio diario las últimas novedades ocurridas en mil puntos de la tierra o armonizan su vida con los compases de la música, frente a esas casas donde continuamente un grupo de hombres escucha atentamente con los ojos bien abiertos y quien sabe cuántos recuerdos en el pensamiento.

EMOCIONES DEL "FOOT-BALL"

Los partidos amistosos

Octubre, 14 — 1928.

Empezamos por declarar que no tenemos una idea muy clara de lo que es un partido de football. Cada vez que pensamos en eso, vemos vagamente en nuestro pensamiento, un cuadro muy extraño, muy impreciso, casi borrado... Un montón de gentes reunidas en una cancha, llenando las gradas, la platea, los palcos, y los caminos de aquel célebre "Parque Centenario" de la Avenida 8 de Octubre, y en el centro, un grupo de jóvenes golpeando fuertemente a una gran pelota que iba de un lado a otro, corrida por aquel grupo. Muchas veces la pelota se vengaba de la paliza e iba a caer en la cara de alguno de sus perseguidores, con el consiguiente alboroto del público. Y luego, frente a una red de cuerdas, un hombre vestido como los demás jugadores, que caminaba como un centinela hacia un lado y hacia otro golpeando los pies en el suelo para sacarse el frío. Luego, mucho sol, muchos gritos, muchos vivas, muchas palabras de corte poco amable que corrían como la pelota de uno a otro bando, por las gradas, ya para animar o reprobar a los jugadores, ya riéndose de un mal paso de alguno de aquellos muchachos, valientes, que corrían afano-

sos tratando de hacer llegar la gran pelota a la valla contraria. Ese es el cuadro que tenemos grabado en la memoria. Y recordamos bien un detalle que, ese sí, se nos fijó desde entonces en nuestro pensamiento. Frente a la red de cuerdas que estaba más cercana a nosotros, un hombre (aquel hombre que lo vemos siempre cuando se nos habla de football) un hombre se aburría y se moría de frío, caminando para un lado y para otro, frente a la red de cuerdas. Ese hombre era el hoy doctor Véscovi —que entonces era estudiante de bachillerato—. Cansados de ver aquella escena del hombre aburrido y allá lejos los otros jugadores tirando la pelota para todos lados, nosotros preguntamos con toda humildad a un señor que estaba cerca. Diga, ¿qué hace ese hombre allí, paseándose como un centinela?; y nuestro vecino, nos miró primero con desprecio, después nos contestó indignado: ¿Ese hombre? ¡No vé que ese es el puesto más importante del juego?... y nos dejó plantados...

Y nosotros que nunca entendimos nada de football, salimos aquel día del "Parque Central" con una idea muy confusa de lo que es un partido de football, por lo que vemos que tanta gente se interesa y se pelea en los tranvías. Salimos con la idea de que no debía ser una cosa muy divertida ese juego, que tiene reservado su puesto más importante para un señor que se aburre y se muere de frío frente a una red de cuerdas... Y por eso no volvimos más al "Parque Central".

Pero si no teníamos una idea clara de lo que es un partido de football de esos que se juegan todos los días de fiesta y que dan motivo a ese desfile de gente

ronca que grita amontonada en los autos, menos clara la tenemos con respecto a lo que es un partido de esos que se llaman "amistosos". Un partido amistoso era para nosotros hasta hace pocos días, una cosa que se desarrollaba en medio de la más franca cordialidad, muy fino, muy brasileño por lo cumplido, muy gentil. Debía ser algo muy original y extraordinario ver a los jugadores pedir permiso para dar un puntapié a otro jugador o dejarlo tendido de un golpe en el estómago..... Haciendo estas reflexiones íbamos hace unos días, marchando por la Avenida 8 de Octubre y ya cerca del "Parque Central" nos detuvimos. Habíamos visto un grupo de gente amontonada junto a un hombre bastante maltrecho. Y más allá otro que llevaba una mano vendada. Y cuando alarmados por la escena fuimos en dirección a los portones de la cancha, el ruido de un auto de la Asistencia que se ponía en movimiento nos hizo comprender que allí había pasado algo. ¿Qué pasa?, preguntamos. ¿Qué hubo aquí, que ha venido la Asistencia? ¿Qué pasa?... Nada señor, nos contestó uno del grupo.—Es el resultado del partido amistoso de hoy, y después de mirarnos con desprecio, nos dejó plantados...

Para nosotros un partido de football de esos que se realizan todos los días de fiesta, por la copa A, B o C, era una cosa un poco aburrida, un montón de gente en la cancha, gritando, a un grupo de jóvenes que corrían como locos detrás de una pelota que a veces dejaba los ojos hinchados. Eso era todo. Y eso es todo, porque no hemos vuelto a ver más partidos. Ahora a nuestros escasos conocinimientos futbolísticos tenemos que agregar otro conocimiento y además

una definición: un partido de football "amistoso", que no se juega por ninguna copa, es un partido donde siempre resultan varios jóvenes con magullones en el cuerpo, o con un ojo cerrado por una caricia, y en el que siempre interviene la Asistencia Pública. Y ahora después de este nuevo conocimiento, confesamos que se nos hacen más oscuras las ideas.

Está visto que no entendemos nada de football...

EL TEMPLO INGLES

Octubre, 21 — 1928.

El progreso de la ciudad se lleva el viejo templo inglés. La nueva rambla, junto al mar, que avanza con majestad, por la costa sur de Montevideo, hasta terminar su peregrinaje en el puerto, destruye a su paso a ese templo que los ingleses construyeron hace más de ochenta años. Se había visto levantar durante los años terribles del sitio, como una constatación de la libertad de pensamiento y de cultos, pero los montevideanos lo veían construir con un poco de amargura; en el mismo lugar donde estaba emplazado aquel histórico fuerte de San Juan, en el Cubo del Sur, donde treinta y siete años antes de comenzarse el templo, los soldados ingleses habían abierto brecha a las murallas de Montevideo, y habían penetrado para dominarla por un momento.

Allí mismo, en ese lugar que recordaba un hecho favorable al ejército de su país, los ingleses colocaban en 1844, durante los días de lucha de la Guerra Grande, la piedra fundamental de su templo protestante. Habían tenido que vencer dificultades para llegar a realizar su empresa, pero al fin el templo comenzó a levantarse bajo la dirección del arquitecto Paullier, en el mismo punto donde en 1807 los soldados ingleses se atrincheraban, luchando con los soldados de Montevi-

deo, y tomaban luego la ciudad, dominando la plaza fuerte montevideana.

Nuevamente los ingleses, a treinta y siete años de distancia, se posesionaban de aquel "Cubo del Sur" de la capital uruguaya. Primero con sus cañones, después con la cruz. Y así durante ochenta años varias generaciones vieron con asombro aquel edificio simple, triste, con algo de fuerte y algo de templo, firme y agresivo, oponiendo su resistencia a las miradas de los que desde lo alto de la península se dirigían al mar. Así varias generaciones contemplaron aquel edificio enclavado en un barrio turbulento (donde el vicio se había refugiado como una guarida), que se levantaba como una ironía en aquel mismo punto donde los ingleses habían roto la muralla de la ciudad gloriosa.

Ahora la ciudad se renueva, la rambla que avanza rodeándola por toda su costa sur, va purificándola y ennobleciéndola, y va dando más belleza a su panorama, arroja violentamente de aquellos rincones el vicio que durante años entorpeció su desarrollo, aplana y nivela, sanea y glorifica y destruye los obstáculos que encuentra a su paso. La rambla que avanza iluminada por el sol, saneada por el viento y las olas del mar, se venga a ochenta años de distancia y arroja de allí la cruz del viejo templo inglés, para colocar un block de piedra que señale, no el culto de una religión o de una secta, sino el culto al heroísmo de los valientes montevideanos que defendieron la ciudad en días violentos en que el invasor llegaba a sus murallas.

La rambla que va rectificando la costa, que suaviza sus líneas junto al mar, rectifica también los sucesos de su historia y destruye el viejo templo que,

hace más de ochenta años, los ingleses habían construído en el mismo punto donde los soldados de su país habían abierto una brecha en las murallas de la ciudad fortificada y se habían lanzado por allí al asalto, para dominarla por un momento en la historia.

LOS NIÑOS EN LA EXPOSICION DE INDUSTRIAS NACIONALES

Octubre, 28 — 1928.

Montevideo ha visto desfilar en estos días, a miles de niños de las escuelas, por los salones de la Exposición de Industrias Nacionales. Los organizadores de esa grandiosa demostración de las fuerzas vitales de la República, han querido coronar su obra generosa y fecunda con ese paseo triunfal de los niños de las escuelas por las dependencias del enorme edificio, donde la ciudad puede contemplar en pocas horas lo que se realiza en los talleres, en las fábricas, en los laboratorios, en las Escuelas de Industria y en las oficinas de trabajo. El público pasa ante los escaparates, donde se exhiben los resultados brillantes de la industria, como ante una visión. Todos se asombran, todos tienen una exclamación y todos concluyen con una palabra de entusiasmo. Es como si por primera vez se descubriera la República. Porque es la primera vez también que se pone ante los ojos del público, el panorama real y completo de nuestro progreso. Las fábricas, los talleres, los inventos, las mil iniciativas surgidas entre la fiebre del trabajo y del estudio, las mil ideas hechas realidad, puestas allí al alcance de nuestras manos, con lujo de detalles, que nos dan al espíritu un gran optimismo y una inmensa alegría al co-

razón. Por primera vez puede contemplarse el espectáculo fortificador de ver reunidas todas las industrias del país. Por primera vez, el público, ve que tenemos adelanto, que tenemos nosotros también un montón de hombres que piensan, estudian y realizan, que nosotros también podemos aportar al progreso mundial de esta hora agitada y luminosa de la humanidad, nuestra contribución fecunda y el cerebro robusto de nuestros hombres de trabajo.

Y los millares de niños de las escuelas, que pasan estos días, junto con sus maestros, frente a todas esas demostraciones que evidencian el progreso de la industria nacional, los niños de las escuelas que tienen ahora como guía a ese hombre admirable, inquieto y generoso que se llama Eduardo Acevedo, podrán contemplar de cerca el resultado de más de una de las iniciativas a que dió origen la voluntad, el tesón y el talento de ese hombre. La Facultad de Veterinaria, la Facultad de Agronomía, Institutos, Granjas, escuelas, conferencias, luchas, entusiasmos y optimismos desparramados por los cuatro puntos cardinales del país, en momentos de indiferencia y hasta de mofa, todo eso fueron aportes decisivos en el desarrollo amplio de las industrias nacionales.

Ahora ese hombre quiere que los niños de las escuelas miren y comprendan, quieren presentarle a sus ojos y a sus espíritus una visión más risueña y más esperanzas para sus horas futuras de lucha, haciéndoles ver cómo fuera del claustro universitario y de las armas, hay grandes y nobles misiones que cumplir para engrandecer y ennoblecer la sociedad. La ciudad con-

templa con entusiasmo ese nuevo y luminoso panorama de la República, que puede ahora apreciar en conjunto. Ese panorama desconocido hasta hoy. No sabía que en el país había tantos espíritus amplios, ni que se hacían tantas cosa buenas y hermosas, tantas cosas útiles que nosotros consumimos sin apreciar las enormes dificultades de su ejecución. Sólo ahora comprendemos las luchas, los dolores, y se recuerdan junto a esos productos, los nombres de los vencidos en la jornada benemérita. Se pueden valorar los sinsabores, los desengaños, y los desastres sufridos en la ruta recorrida para llegar a estos resultados. ¡Cuántos hombres generosos y patriotas han caído vencidos en la lucha! Cuántos hombres que para vencer, han disimulado su invento, o le han puesto escudo extraño a sus ideas! Y, sin embargo, han luchado. Han luchado sin amparos, sin alientos, frente al indiferentismo de los que sólo creen que es bueno lo que se ofrece con palabras de otro idioma.

Así porfiados y tenaces con su mirada fija en un alto ideal patriótico, ellos fueron hundiendo cada vez más sus raíces en el terreno poco fértil de la industria nacional, mientras veían un porvenir de gloria y de su ojos desaparecía totalmente el cuadro gauchesco desolador, que durante años se exhibió con orgullo en el escenario de los circos. Y ahora su obra está allí expuesta y la contemplan con ojos asombrados y con una gran alegría en el corazón. Y los niños de las escuelas que son el porvenir, los niños que asisten a la contemplación del amplio panorama de nuestro país, se llevan grabados los nombres de esos crea-

dores de la nueva república, se llevan los nombres de nuestros esforzados trabajadores, que no supieron de mate, ni de guitarras, ni de ponchos, y de cantos lastimeros, pero que escribieron con su voluntad el más bello y más brillante capítulo de la historia nacional.

EL DIA DE LOS MUERTOS

Noviembre, 4 — 1928.

Una vez más ha pasado por la vida de la ciudad, el día en que se recuerda a los muertos. Una vez más nosotros hemos visto pasar por las calles esas largas filas de gente, con sus manos llenas de flores, filas de autos, de coches y de tranvías, llevando flores... La ciudad adquiere en esos días algo de la fisonomía de las grandes ferias. Puestos de flores en las calles, chicos gritando y ofreciendo sus mercancías, anuncios con cuadros de un subido color dramático, carteles, coronas, cintas con dedicatorias en grandes letras doradas. Todo llamativo. Es el mismo color, la misma animación de las ferias. Grupos de gente que se detiene en los negocios a tratar sus compras fúnebres, mientras se escuchan los compases de un tango de la vitrola cercana. Grupos de familias, buscando entre las pilas de coronas y de placas, una que exprese lo que ellos quieren y que armonice con el precio. Grupos de chicas y chicos, comentando, charlando, riendo.... Las amigas que se encuentran mientras eligen sus ramos de flores, se recuerdan la deuda de una visita, o tejen comentarios sobre la última fiesta a que asistieron. Rostros de niñas de labios muy rojos, que acompañan a sus parientes a cumplir la triste embajada, mientras esconden su alegría para ponerse a tono con

sus mayores... Rostros de gente aburrida que cumplen su misión con el mismo entusiasmo que los empleados van a las oficinas. Rostros de gente que no dicen nada, cabezas que no piensan nada... Y van también en las filas, rostros de gente buena, que llevan las huellas del sufrir, profundamente marcadas. Estos son los menos, y van como asombrados de sentir a su lado ese ruido. La mayoría marcha a cumplir una obligación del calendario, algunos hasta con un poco de fastidio. Hay para nosotros no sabemos qué de doloroso en esas filas de gentes que vemos ir y venir empujadas por la costumbre. Hay no sabemos qué de trágico en ese montón de gente, que todos los años, en el mismo día tiene que caminar por nuestras calles con sus manos llenas de flores, en dirección a los cementerios, empujados por el calendario. Y así lo vemos nosotros, entrando y saliendo de los cementerios, ajenos casi a la escena que realizan. Casi todos van allí a cumplir rápidamente su misión, lo más rápidamente posible. Los hombres consultando a cada paso sus relojes, y sus libretas, las mujeres preocupadas de sus vestidos y en la observación de los que llevan las que pasan junto a ellas, mientras desfilan entre las tumbas, acompañadas del bullicio mundano que lo domina todo, leyendo a veces rápidamente un epitafio que les hace sonreír... La larga fila cumple así la orden del calendario, que todos los años, en el mismo día, los empuja al recinto de los muertos. La mayor parte de las tumbas que permanecen abandonadas durante todo el año, en esos días, se limpian, se adornan y se ponen sobre ellas unas leyendas bien grandes en letras doradas, se visten así de fiesta para recibir

a las visitas... Y mientras la gente lleva a los cementerios el ruido de la calle, la vida del mundo, el perfume de las flores, la inquietud, la fiebre, el movimiento de la ciudad, los pájaros del cementerio, siguen entonando sus cantos de todos los días, junto a las tumbas, acaso porque ellos saben que nunca como en ese día están más solos los muertos.

LOS EXÁMENES DE LAS ESCUELAS

A Blas S. Genovese.

Noviembre, 18 — 1928.

La ciudad está de fiesta. Por todas partes el canto y la gritería de los niños alegra sus calles. En todas partes grupos de chicos saltarines y graciosos, corren apresuradamente a sus escuelas, llevando en los ojos una gran curiosidad y una gran ilusión en sus espíritus. Niños y niñas y con ellos muchas veces vemos marchar a los padres, orgullosos de mostrar a esos chicos inquietos, vivos, lindos y preguntones, que marchan muy ufanos dentro de sus delantales blancos, con sus corbatas sueltas, que se agitan en su cuello como una bandera.

La ciudad está de fiesta. En todos los barrios, aún en los más lejanos, una misma preocupación domina en todos los padres: poder ver a sus hijos en la escuela en estos días. Días de alegría, de satisfacciones, de ansiedades. Los exámenes, llevan a la escuela a la madre, a los hermanos, a los amigos que siguen con interés, con amor y con admiración, a los chicos que van respondiendo sin violencia, casi jugando, enredando a los examinadores, riéndose a veces a carcajadas, de las incidencias surgidas, durante las pruebas.

La ciudad está de fiesta. Ni aún las más grandes

y exigentes preocupaciones del vivir diario, han podido hacer olvidar al pueblo que llena las escuelas, que en esos días sus hijos, comienzan a dibujar su vida. Son los primeros rasgos, los primeros pasos, las primeras ilusiones. La escuela es en estos días, el punto donde llegan todos, de todas partes, con todas las ideas... La escuela es, en estos días, una reunión de espíritus que vibran, que sienten y que esperan. Y allí, los maestros, los padres, los que examinan, los que sólo van a contemplar el cuadro admirable, siguen con interés hasta los menores movimientos de aquellos chicos inquietos y preguntones, que corren por los patios, y están orgullosos de ser ellos los personajes importantes de la fiesta de la ciudad. Y se pasean mirando con picardía a todos lados, buscando los defectos, comentando sus impresiones en alta voz. Ellos se sienten invadidos por una gran felicidad. Van como si hubieran crecido. Y la ciudad toda, siente el contagio de esa alegría de los niños. La ciudad mientras el ritmo del martillo que cae en el yunque, el ruido de las máquinas, el hervor de las pasiones, la lucha de los hombres, embarulla el ambiente, escucha como de muy lejos la armonía de los cantos de la escuela y siente la frescura de las voces de cristal. La ciudad siente la alegría, se contagia con la alegría de los niños que juegan en la escuela y que mientras llena de ternura el corazón de las madres y de los maestros, van formando la gran legión del porvenir que ha de entonar después el más grande y más bello de sus himnos glorificadores.

LA CIUDAD TIENE EN ESTOS DIAS EL CALOR DE UNA GRAN HOGUERA...

Diciembre, 2 — 1928.

La ciudad tiene en estos días el calor de una gran hoguera. Un calor intenso que oprime todas las energías. Los hombres marchan por las cales agobiados por la atmósfera que parece de fuego. Van con la cabeza descubierta, casi sin ideas, con los brazos caídos, las piernas flojas, luchando para caminar, para poner en movimiento sus pies que se resisten a la voluntad.

Y los hombres caminan por las calles con el sombrero en la mano, buscando una raya de sombra junto a las casas para colocar siquiera la mitad de su cuerpo y evitar que el sol les queme las pocas ideas que a veces pasan por sus cabezas. Y los árboles se ríen de los que pasan junto a sus troncos buscando un poco de sombra.

La ciudad tiene en estos días el calor de una gran hoguera. Todo arde. Los hombres sienten aniquilar su cuerpo y su espíritu, sueñan con la playa y con el agua y hasta claman por un poco de aquel frío intenso de las duras noches invernales en que los dientes chocan y tienen un repiqueteo de telégrafo... Los autos pasan volando por las calles, llevándose dentro a la gente vencida, que busca un poco de aire en la rápida carrera.

La ciudad no tiene en estos días más que un calor de hoguera, dentro de la cual una multitud de hombres sudorosos se reúnen en cada rincón, contemplan unos carteles y unos retratos pegados a los muros de las casas, o leen en voz alta los diarios y luego discuten y sudan y se secan continuamente la cabeza y el cuello para proseguir después de nuevo la interminable discusión. Luego la marcha bajo el calor, oprimidos por la atmósfera asfixiante que lo domina todo. Y frente a las redacciones de los diarios, leen atentamente las últimas incidencias de la pasada lucha democrática, abriendo bien los ojos, trabando conversación con los que se agrupan a leer en la misma fuente de emociones. Brazos que se alzan pesadamente, trazando círculos en el aire, puños que se cierran en tono afirmativo, manos que se abren como armazones de abanicos, y luego la interminable discusión bajo la atmósfera asfixiante, con su acompañamiento de pañuelos que secan el sudor que va saliendo como el agua de una fuente. Más tarde un gesto, un movimiento de hombros y la palabra recia, final de todas las discusiones, que se pronuncia mientras uno se va, dejando un puesto a otro que llega, frente a la pizarra en la que uno lee triunfo donde el otro ve derrota.

La ciudad tiene en estos días el calor de una gran hoguera, y los hombres que durante meses han esperado impacientes el triunfo de sus ideas o de sus partidos, arden de inquietud dentro de ella, mientras la atmósfera agobiante pone en cada espíritu un poco de fastidio y de cada cerebro se va una idea.

EL PASEO POR LA RAMBLA DE POCITOS

Diciembre, 9 — 1928.

Ha llegado, con el calor, la época en que una buena parte de los habitantes de la ciudad va todas las tardes y todas las noches a pasear por la Rambla de Pocitos. Una multitud variada, llena todos los días las amplias aceras y pasea incesantemente para un lado y para otro, poniendo una nota extraordinaria de color en el hermoso paraje mientras va comentando las cosas pequeñas que embrollan la actividad siempre creciente de la urbe. Una multitud variada y pintoresca, en la que las mujeres son las más, llena totalmente aquella rambla. Aquel cuadro con aquel mar azul inmenso, con aquel cielo que da imponencia al gran panorama, aquella fiebre de caminar, aquella inquietud, todo eso que aparece en la Rambla, lo dominan las mujeres. Ellas son allí soberanas. Ellas son allí las que disfrutan del privilegio de hablar alto, dė comentar alto, sentadas o caminando, en grupos por edades, jóvenes y viejas, mientras la columna compacta va pasando, buscando con los ojos a otros ojos, de cuyo choque salta un saludo, a veces alegre, a veces ceremonioso, otras veces solemne como un funeral...

Los tranvías y los autos van dejando a cada rato un montón más que va a engrosar la compacta columna de gente que ha encontrado el medio de ahu-

ventar el calor caminando de un lado para otro, o sentándose muy estirados y muy compuestos, en largas filas de sillas a uno y otro lado de la gran acera de la Rambla de Pocitos.

El cuadro es de una gran solemnidad...

Pasan familias enteras, los padres detrás, vigilantes, con mirada adusta, casi corriendo para alcanzar a las hijas que van delante, respondiendo con saludos a los saludos y con risas contenidas a la frase amable dicha en voz baja, casi junto al oído.

Pasan los grupos de jovenzuelos, de esos que en su afán de parecer mejores, imitan en su indumentaria y en sus modos, a esos americanos que nosotros vemos desembarcar de los buques de carga. Sombrero en mano, acampanado el pantalón, luciendo un peinado muy liso y muy lustrado y completando la imitación con la pequeña pipa recta en la boca de la cual sale siempre una columna de humo que se cuela en los ojos de las niñas.

La aglomeración crece, las charlas se mezclan, se chocan, se confunden y las mujeres siguen comentando con agudeza, sobre los tipos que desfilan y que para buscar un poco de fresco deben pasar inevitablemente entre las dos filas de ojos que se clavan como puñales en los vestidos, en los sombreros, en los gestos, en la forma de caminar de los que pasan.

La columna pasa lentamente, siguiendo el mismo itinerario, igual siempre, todos los días, y todos los días los mismos saludos escalonados a lo largo de la gran acera, responden a los saludos de los que pasan. Y los que no caminan, los que van a quedarse dentro de los autos, muy cerca de la acera, esos ven pasar

la gente, y ven pasar las horas con un gran aburrimiento en el espíritu, bostezando, mientras desfila la larga caravana, pero cumpliendo estoicamente con la imposición de la costumbre. Una, dos, o más horas, siempre viendo marchar la columna que va de un lado a otro y que tiene la misma monotonía de las ondas de un mar manso... Las únicas que están ajenas a esa fiesta del aburrimiento programado, que se cumple sin alternativa durante los tres meses de la temporada, las únicas que no sufren, son las parejas de enamorados que están como escondidas en la columna, o en las filas de sillas. Para éstos (los enamorados) todo lo que ven a su alrededor es una decoración que les sirve de marco y los destaca.

Para ellos todo aquello ha sido inventado por la ciudad para que puedan verse y repetirse mil veces la frase siempre igual, que ellos sienten siempre nueva, siempre bella y armoniosa.

Y la columna pasa incesantemente, durante unas horas y poco a poco el amplio escenario va quedándose desierto. Los autos emprenden la retirada lentamente y de nuevo los tranvías se llevan aquel aburrimiento programado hacia la ciudad. De nuevo se llevan a toda aquella gente que cumple sin alternativas su programa todos los días, durante varios meses, hasta que el frío los obliga a abandonar aquellos paseos, para continuar la vida de la ciudad, que los guardará un año, hasta que el calendario les dé aviso, de que es necesario volver a caminar para un lado y para otro en las amplias aceras de la Rambla de Pocitos.

EN LA CIUDAD HAY AHORA UNA GRAN CALMA

Diciembre, 1928.

En la ciudad hay ahora una gran calma... A las agitaciones políticas ha sucedido la tranquilidad. Es el cansancio de la lucha. Montevideo ha olvidado ya las arengas, los discursos, las asambleas, y de los muros de sus casas, van cayendo en pedazos las proclamas, los retratos, las listas electorales, que durante meses animaron con su nota pintoresca de color y con sus leyendas a la vida de la ciudad. Hay más tranquilidad en los espíritus y los hombres vuelven a orientar su labor con más fe, en todas las actividades. Vuelven a pensar en el ritmo de la vida, en el ritmo invariable del tiempo que va pasando por el mundo, dejando en todas las épocas, en un lado alegrías e ilusiones, en otro llenando de dolor y de amargura. Siempre igual, repetidamente... Y los que soñaron hace poco en el triunfo, en ser príncipes azules, los que soñaron alcanzar quién sabe qué posiciones, que habrían de surgir del secreto de aquellas pequeñas cajas de madera distribuídas por la ciudad a donde el pueblo fué un día a colocar una lista de nombres, aquéllos miran ahora con profunda tristeza a los pedazos de proclamas, de retratos y de discursos que caen ahora desmenuzados de los muros y se los lleva el viento... Y

los que triunfaron van con la cabeza todavía llena de ilusiones, pero pensando también en que en día no lejano su nombre no estará en aquellas listas que los hombres de mañana han de colocar con gran secreto en las pequeñas cajas de madera diseminadas por la ciudad...

Y nosotros vemos pasar a nuestro lado toda esa fisonomía nueva de la ciudad que salió del secreto de las mil cajas de madera. La vemos pasar con sus nuevos triunfadores y sus recelos. A los unos les sale por los ojos la alegría, a los otros, en cambio, se les sale por los ojos la tristeza.

De aquella hora de prueba, de aquellos meses o años de lucha, de arengas, de asambleas en que muchos soñaban ser grandes, populares, señores de la opinión, sólo queda ahora eso, que el viento se lleva: trozos de papel, restos de retratos, de proclamas, de discursos... Y a veces la ironía quiere que veamos entreverados, empujados por el viento, los opuestos partidos, de las más opuestas ideas, a veces de los que más fuertemente se combatieron. Y el viento los hermana, los estrecha, los lleva de un lado a otro como paseándolos para que el público los contemple así unidos y acaso sea un presagio.

En la ciudad hay ahora una gran calma... El calor trae un poco más de enervamiento al ambiente un poco abatido de la ciudad que agotó sus energías, excitó sus nervios, vivió horas de inquietud en la última lucha democráeica. Sus habitantes sólo tienen ahora en el corazón una esperanza. Sus habitantes sueñan con ver en las pizarras de las agencias el número que ellos han elegido, que han ido a buscar fatigosa-

mente durante días en uno y otro lado de la ciudad, consultando sus cábalas, haciendo mil combinaciones de números con los que entran los años de los hijos, el número del auto, los números de las casas.

Allí está ahora fija la atención de la ciudad. Y mientras esperan, sueñan. Sueñan en el repentino enriquecimiento, en los viajes, en el chalet que han de levantar necesariamente en la mejor playa. Y los autos, muy nuevos y muy veloces, recorren a toda prisa la fantasía que llena la cabeza de los hombres, de las mujeres y hasta de los niños... Mientras la ciudad tiene una gran calma, sus hijos que han pasado días de agitación empiezan de nuevo a soñar, a crear nuevas ilusiones, y vuelven a pensar en el ritmo del tiempo que pasa por el mundo y esperan que la bocina les anuncie o el triunfo o la derrota de sus nuevas esperanzas e ilusiones.

LA CIUDAD SE PREPARA A FESTEJAR EL DIA DE LA FAMILIA

Diciembre, 23 — 1928.

Estamos a pocas horas del día de las familias. Antes le llamábamos de Navidad. Pero aquellos eran otros tiempos. Eran los tiempos en que nosotros rodeábamos en ese día, la gran mesa de nuestro abuelo y comíamos y reíamos. Tiempos que recordamos a través de un montón de ideas confusas, de panoramas muy complicados. Una gran casa con jardín, una gran mesa, gallinas, turrones, pan dulce... Ahora eso se llama "el día de la familia". Es otra cosa. La ciudad tiene otro aspecto en ese día, otro color, otra música. Lo único que se mantiene igual a los días aquellos que se llamaban de Navidad, es ese afán de comer, de comer mucho y de tomar también mucho. No sabemos si nuestro amigo el doctor Justo González con su comisión de alimentación correcta, logrará cambiar ese marcado matiz de la fisonomía ciudadana en los días de la familia. Ahora vemos como en aquellos días, a la gente que camina de prisa, cargada de paquetes, deseando llegar a sus casas para engullirse aquel enorme almacén que se llevan a cuestas. Vemos en los negocios aquellos mismos lechones, decorados con perejil, o con lechugas, o con flores, muy estirados, muy duros, con sus ojos fijos en la procesión de

gente que pasa frente a ellos con un gran apetito. Todo igual. Los mismos pavos rellenos, las mismas gallinas colgadas, los mismos pan dulces, enormes como cúpulas... Eso no ha cambiado. Parecería que el día de la familia que antes llamábamos de Navidad, lo hubiera sustituído la historia, para eso, para engullir, para hacer mover las mandíbulas de los hombres durante las veinticuatro horas. Y tal vez sea un castigo de algún dios mitológico. Lo que ha sufrido alguna modificación, es la forma de exponer, en las vidrieras, todo eso que la ciudad tiene necesáriamente que comer por un mandato de la costumbre. Ahora se exhiben mejor: con cintas, con flecos, y junto a todo eso hay siempre un ventilador que da vueltas incesantemente, ahuyentando a las moscas que en aquellos tiempos de la iluminación a gas, vivían más felices y podían probar los manjares antes que los compradores.

Antes veíamos a los señores o señoras con un chico detrás que llevaba un enorme canasto donde se iban amontonando decenas de juguetes. Ahora eso se hace en los autos. Este también es un detalle cambiado en la fisonomía de la ciudad. Pero el apetito ese, es cada día mayor. Parecería que durante un mes, la gente estuviera conteniendo el apetito para dejarlo accionar libremente cuando llegó el día de la familia. Ese día en que alrededor de una mesa se juntan los abuelos, los nietos, los primos, los yernos, los cuñados, que durante un año ni se ven, ni se sienten, ni se miran y que no piensan en nada igual, a los cuales separan ideas, religión, fines, modos y aspiraciones; ese día en que se reúnen con el solo propósito de devorar todo lo que se pone sobre la mesa. Y cuando a

alguien a quien el vino ha llenado de melancolía, se le asoma a la cabeza el cuadro del poema cristiano, tan bello y luminoso, —el niño Jesús en el pesebre, la virgen, San José, los animales que miran con asombro el milagro de aquella cabeza que esparce luz,— cuando se les aparece ese cuadro, entonces apuran el lechón o el vino y el cuadro desaparece... Es Navidad, hay que comer, que tomar...

Estamos a pocas horas del día de la familia, y la ciudad va elaborando en las confiterías, en los mercados, en los frigoríficos, los elementos para que sus habitantes puedan rendir culto a esa fecha que el calendario debería marcar con una gran batería de cocina.

LA CIUDAD ESPERA EL NUEVO AÑO

Diciembre, 30 — 1928.

Mañana concluye este año mil novecientos veintiocho, tan fecundo en novedades, para nosotros. Ha sido un año lleno de incidencias. Un año salpicado de sorpresas. Pasado mañana la ciudad toda se echará a la calle en busca de impresiones. Va a buscar impresiones para que le sirvan de augurios en el año que ha de empezar. Es acaso la forma más barata de procurarse una esperanza en el año que llega, lozano, con buen tiempo, con hermoso sol, con una temperatura elevada que invita a la mente a crear castillos entre las nubes. Pasado mañana las campanas de las iglesias anunciarán con estrépito que ha llegado el nuevo año, los silbatos de las fábricas, la alegría de la gente, la risa de los niños, la mirada tierna, y las palabras de los enmorados, tendrán un augurio de felicidad. Todo será movimiento y barullo y saludos. Todo será un estrépito con el que la ciudad piensa ahuyentar lo malo, lo incómodo, lo triste. Y con pequeñas variantes los mismos saludos, los mismos ramos de flores cruzarán las calles llevados en brazos por los mensajeros, los mismos bombones irán de una casa a otra en paseo triunfal, llevando junto a ellos las palabras expresivas, frases sintéticas que encierran un mundo.

Así como antes, como después... En el tiempo, los hechos se repiten incesantemente.

La ciudad ya tiene hoy un movimiento, un estremecimiento distinto. Toda la ciudad está de fiesta. Toda la ciudad espera. Espera mayor alegría, mayor trabajo, mayor bienestar. El grupo de sus hombres pasa y repasa por las calles, en continuo movimiento. No sabe lo que quiere, no sabe por qué tiene en el alma, muy adentro, una gran alegría. No sabe por qué tiene ligeras las piernas, ágiles las manos, fresco el espíritu. Y camina y contempla las mil escenas de la ciudad que tiene un movimiento, un color, un perfume, una música distinta.

El año mil novecientos veintiocho terminó. Este año de sorpresas para nosotros, se marcha dejando sus huellas de progreso, marcadas hondamente en todos los rincones de la ciudad. Calles nuevas, casas nuevas, barrios enteros que surgieron por todas partes. Junto al mar, en el centro, junto a las quintas. Todo ha cambiado de color, de vida y de ritmo. El auto acortó distancias, alejó las casas obreras, escalonó en los blancos caminos de hormigón las casitas alegres donde el aire y el sol va tostando a los niños. Los caminos se abren, se tuercen, se juntan, rodean los campos, y por ellos la procesión de pequeños vehículos van llevando alegremente el progreso.

El año mil novecientos veintiocho, que fué año de sorpresa, que fué de resultados efectivos de progreso, que vió glorificar las industrias, en la casa más alta de nuestra ciudad, que presenció en ella la lucha cívica más tranquila y más honrosa, que oyó el canto de sus poetas, que contempló la obra de sus artistas, que

vió alegrar la vida con la belleza de sus casas nuevas, el año mil novecientos veintiocho, trae ahora a cuestas al nuevo año, que viene fortalecido por su sangre vigorosa. La ciudad espera con la esperanza en su corazón, la llegada de ese nuevo año que ha de traer para ella más belleza y más luz, más progreso, más esperanzas y más vida...

EL DIA DE LOS NIÑOS

Enero, 6 — 1929.

Hoy es el día de los niños. Es el día de la alegría. La ciudad tiene un aspecto nuevo, más alegre, más hermoso y más feliz. Los niños nos han sitiado la ciudad con sus juguetes. Las ideas más graves, las noticias más alarmantes, mueren cerca de la contracción de un payaso, o la cara de un pinocho. Los muñecos panzudos, los caballos engalanados, los uniformes, las ovejitas, los cascabeles, los ferrocarriles, todas las mil chucherías que le entran a uno por los ojos, todo eso ha invadido los negocios, las aceras, las calles, las plazas, iluminándolas con el brillo de sus colores. Hoy es el día feliz de los niños. Hoy es ese día que los niños han esperado durante meses, ese día que los hombres han colocado casi en una punta del calendario. Hoy es el día que tantas veces vieron los niños aparecer en sus sueños. Los tres reyes montados en tres camellos. Los tres muy graves, muy preocupados, muy altos, muy llenos de adornos y de mantos. Uno de los tres era negro, el más lujoso de todos. Los tres iban caminando lentamente guiados por una estrella. Entre los valles, entre las montañas, siguiendo siempre su camino para llevar su ofrenda al niño del pesebre que traía para el mundo una nueva fe. Los tres eran buenos y los tres traían en sus enormes camellos, mon-

tones de juguetes... Luego el despertar que les dejaba en su corazoncito un montón de esperanzas. ¡Cuántas noches de meditación antes de resolverse a pedir el juguete que habían de traerle hoy! Y la carta a los reyes y las consultas a sus amiguitos, y el consejo del hermano, y más tarde aún el de la madre que ponía en la esplendidez del pedido, un poco más de humildad, las más de las veces para que el sueño de su hijo fuera realizable.

Hoy es el día feliz de los niños. La ciudad se entrega totalmente a sus caprichos. Anoche era la larga procesión de padres lo que vimos caminando afanosos buscando juguetes, ajustando el pedido hecho por los hijos a sus alcances. Cuadras y cuadras sin sentir han hecho en larga caravana por todas partes de la ciudad. Cuadras y cuadras, deteniéndose frente a los escaparates, comentando las novedades, consultándose las madres y los padres, discutiendo con gravedad sobre el juguete que habría de sorprender y haría saltar de risa al hijo. Al hijo que ha esperado tanto la llegada de los Reyes. Ayer eran los padres los que no dormían. Hoy son los niños los que no duermen.

El color de la ciudad es distinto, la alegría es otra. Es alegría de chicos. Es alegría sana, risas estrepitosas de sorpresa, de corazones que estallan. Es alegría que se contagia y que al llegar a los grandes se transforma en lágrimas. Desde temprano la ciudad tiene un rumor distinto. Rumor de vida nueva, rumor de agua de fuente. Durante el año, los chicos duermen hasta tarde. Hoy todos se han levantado con el sol. Todos han salido de sus camitas restregándose los ojos y han corrido hasta las puertas, hasta las ventanas, hasta

donde colocaron anoche sus zapatitos para buscar ansiosos el regalo de aquellos tres reyes muy viejos, muy altos, muy llenos de adornos, montados en enormes camellos que ellos vieron, en sus sueños, caminar lentamente por valles y montañas guiados por una estrella, que iban a llevar su ofrenda al niño del pesebre, que traía al mundo una nueva fe. Aquellos tres reyes que anoche llegaron a la ciudad montados en sus camellos, por encima de las casas y dejaron un regalo en cada puerta y un año menos de ilusiones en cada corazón de niño. Hoy es el día de los Reyes Magos.

EL "CUERPO DE BOMBEROS"

Enero, 13 — 1929.

El último terrible incendio que conmovió a la ciudad nos hizo admirar de nuevo el valor de los bomberos.

"El Cuerpo de Bomberos", que tiene ya una tradición de heroísmo, volvió de nuevo a llenarnos de asombro y de emoción. Nosotros contemplamos aquellos hombres que se movían de un lado a otro, luchando con los obstáculos, indiferentes ante el peligro, indiferentes ante la muerte, dominados por el afán noble de evitar la catástrofe. Y mientras los contemplábamos, y los veíamos aparecer y desaparecer entre las enormes nubes de humo denso que lo envolvía todo, pensamos en los días ya pasados, cuando un puñado de aquellos hombres guiados por el valor del comandante Bañales, sin los elementos más imprescindibles, daban periódicamente a la ciudad una lección de coraje y de heroísmo. Ahora son más. Ahora tienen más máquinas; más bombas para la lucha, pero el coraje es el mismo, el desinterés es el mismo. Las mismas escenas de desprecio a la vida. El mismo arrojo. Los hombres de antes, los de Bañales y los hombres de hoy, los del Coronel Munar, rivalizan en el coraje, en la serenidad, en la conciencia, en la temeridad de su arrojo. Las siluetas de esos hombres que lo dan todo,

en el cumplimiento de su deber, de esos hombres que no llevan más que la idea firme de terminar el drama terrible, las vimos ayer como antes, destacarse en los puntos de mayor peligro, entre las llamas, moverse o quedarse firmes cumpliendo una orden, o caer entre los escombros, o sepultarse muchas veces bajo un techo que caía estrepitosamente. Es el mismo heroísmo repetido mil veces en los accidentes de la vida de la ciudad. Y la ciudad ha contemplado una vez más aquellos hombres que cumplen una de las más nobles misiones de la vida.

Los ha contemplado con emoción, admirada de su coraje, de su desinterés, de su desprecio a la vida. Y en cada corazón de sus hijos había un anhelo, en cada espíritu germinaba un pensamiento de orgullo, en cada alma había un estremecimiento que iba hacia aquellos hombres admirables que dan día a día un noble espectáculo de desinterés y de amor.

Las columnas inmensas de humo negro y denso que se levantaban casi junto al mar, y el fuego que iba devorándolo todo, servían de fondo al cuadro magnífico, en el que aquellos hombres heroicos iban poco a poco dominando la tragedia. En la majestad del cuadro imponente, aquellos hombres se destacaban iluminados por el fuego. Sus siluetas ágiles e inquietas se agrandaban ante nuestros ojos, mientras ellos daban a la ciudad un nuevo ejemplo de coraje y escribían una página más de gloria para el "Cuerpo de Bomberos".

EL PALACIO MUNICIPAL

La ciudad tendrá dentro de pocos años su palacio. El gobierno departamental así lo ha resuelto en una de sus últimas sesiones. En las dos manzanas donde nosotros hemos visto durante veinte años unos enormes cimientos de piedra que debieron sostener a la casa del Gobierno Nacional, ahora veremos surgir majestuosamente el palacio del Municipio. Hace cuarenta años allí en esas dos manzanas se rendía culto a la muerte. La colonia inglesa tenía instalado su cementerio. Ahora, dentro de poco, se levantará allí la casa que regulará la vida cada vez más complicada de la urbe. Desde allí, todas las actividades de la ciudad, todas las actividades del departamento, tendrán su contralor y su guía.

Idea largamente acariciada por todos ha sido la que ha resuelto realizar el gobierno comunal. Montevideo necesita ese palacio. Necesita un edificio decoroso, en donde puedan reunirse todas las oficinas de la intrincada red administrativa. Necesita ese palacio como resolución de un problema estético y de un problema económico. Un problema económico que permitirá hacer más obras y un problema estético en el que han de colaborar todos los artistas nacionales. Los arquitectos, los escultores, los pintores, los forjadores, talladores, los obreros todos, de todas las industrias. Será el exponente de nuestras fuerzas. Será el punto de

reunión de todos los entusiasmos, de todos los sueños, de los que se dedican amorosamente a cultivar un arte o un oficio. Y la ciudad ofrecerá al mundo con orgullo el resultado de la inteligencia y del trabajo de sus hijos.

Esas dos manzanas están allí vírgenes aún, dentro del geométrico trazado de la ciudad nueva, esperando que el talento de los artistas y la voluntad de los obreros, hagan surgir en ellas la obra de arte que enorgullecerá a Montevideo. Esas dos manzanas han permanecido así vírgenes, contemplando con tristeza cómo junto a ellas los montevideanos han ido levantando pequeñas casas estrechas llenas de agujeros, y silenciosamente se han ido ocultando entre los árboles y los cercos de zinc, temerosas de que en ellos también un día se construyeran una serie de casitas pequeñas y sin luz. Ahora ya saben que allí se ha de levantar el palacio del Municipio. Hace años ya, en 1912, la tierra aquella tuvo un estremecimiento. Una legión de obreros la invadió, hizo unas largas zanjas en ángulo, luego las llenó de piedra, y así comenzaron a crecer esas moles que aún están allí, como señal de aquella invasión. Luego, un decreto del nuevo gobierno empujó a los obreros, los llevó lejos y desde entonces esas dos manzanas están así esperando y contemplando cómo crecen las plantas vertiginosamente en su tierra fértil, que en una época guardó la muerte en su seno.

Poco tiempo después, esa tierra que fué cementerio se cambió al Municipio por un organismo agonizante: el Tranvía del Norte. Desde entonces el Municipio proyecta en esas dos manzanas el palacio para

su sede. Más tarde aún, un concurso, los premios, artículos de la prensa, durante muchos días, y... de nuevo fueron creciendo las plantas junto a las moles de piedra que debían soportar el palacio de Gobierno. Ahora el concejal Fabini ha encontrado la forma para construir el palacio y el Municipio por unanimidad lo ha votado. Surgirá, pues. Surgirá en una época de inquietudes, en una época en que la arquitectura adquiere mayor agilidad en sus líneas. Surgirá con el ritmo y la expresión de nuestro tiempo, ágil, bello, simple, con líneas armoniosas que se elevarán al cielo entonando un canto nuevo, acompañado por el concierto de las máquinas de los talleres, por la armonía de esta vida moderna más clara, más libre, más moral, que busca cada día, en el cielo, en la tierra, en el mar, los más ocultos secretos para levantar nuevos idealismos, minando todos los prejuicios, volteando todos los dogmas y haciendo triunfar los más altos y nobles principios de armonía social.

EL FENOMENO DEL PARQUE RODO

Era ya muy tarde cuando llegamos al Parque Rodó. Y era la segunda vez que íbamos allí, a ver de cerca el fenómeno. Un montón de gente se agolpaba ante la carpa que es testigo del suceso más original de nuestra época. Mujeres y hombres se apretujaban por sacar las entradas para poder admirar de cerca aquella escena. Y dentro ya de la carpa se corrió la cortinita y apareció la cabeza del fenómeno metida en un florero. Luego un hombre —el maestro de aquella ceremonia— iba diciéndonos con voz un poco cascada, la maravilla que teníamos delante. Una mujer que lo adivina todo, que lo desentraña todo. A ver, gritaba, ¿quién de ustedes tiene una tarjeta, una moneda, un objeto cualquiera? Y luego las preguntas: ¿Qué tengo aquí? ¿Qué dice? ¿Qué fecha y qué valor tiene esta moneda? ¿De qué es? y la cabeza del florero iba contestando exactamente sin ver, tal nombre, de tal fecha, de tal valor, de oro, de níquel, etc. Y así varias veces la escena se repetía admirablemente hecha. Después el señor de las preguntas anunciaba que había terminado el acto y la gente salía de allí pausadamente con la sorpresa pintada en los ojos, comentando con animación lo que habían visto, mientras entraba otro montón de curiosos a la carpa, donde una cabeza metida en un florero lo adivinaba todo.

—¿Qué le parece?, nos pregunta uno de los que ve-

nía junto a nosotros. ¿No es ésto un caso clavado de trasmisión del pensamiento? ¿No cree usted que es una cosa admirable?

—Ya lo creo que es admirable... y como nosotros nos sonreíamos un poco, nuestro desconocido acompañante se enardeció.—Aquí han venido médicos, señor, que son hombres de ciencia. Han querido ver y han visto, han observado durante horas y han dicho lo que yo digo.

—¿Han venido médicos y han dicho eso?

—Sí señor, y hombres de letras, intelectuales...

Médicos y hombres de letras, pensamos. Y tal vez alguno de esos que se han reído de los milagros de los santos, de los que se han reído de la leyenda que nos cuenta cómo Jesús daba vista a los ciegos, cómo San Antonio transformaba en piedra el corazón de un avaro, cómo San Francisco conversaba con los pájaros... Y nosotros que a menudo somos un poco divertidos, y sentimos placer en recordar escenas cómicas, nos acordamos de la Virgen de la Ayuda y de don Marcos, que curaba daños con aceite bendito, y de aquel famoso capitán Tránsito López, que curaba con señas y con saliva y de aquellos aleluyas de una revista famosa:

Plantando su boliche o consultorio
En plena capital como es notorio.

Cerca de la carpa la gente seguía aún amontonándose, mientras los grupos de familias caminaban de un lado a otro, mirando todos los juegos, las máquinas de sorpresa, o se sentaban en uno de los tantos bares que

hay en aquel parque, a escuchar uno de esos cantantes de tangos que con voz lenta y arrastrando las palabras ponen una nota de tristeza en aquel ambiente.

Uno de ellos, con ademanes muy marcados, entonaba las primeras estrofas de un tango dulzón.

Ya verás el desengaño que te llevas cuando pienses.

Y a nosotros se nos ocurrió —no sabemos por qué, tal vez porque nosotros también estábamos impresionados con aquellas cosas extraordinarias— a nosotros se nos ocurrió que el cantor señalaba a aquel montón de gente que seguía agolpándose frente a la carpa, esperando y comentando.

Y cuando ya nos íbamos, mientras esperábamos el tranvía, nosotros recordamos las palabras del doctor Lorenzo Mérola, que en rueda de amigos, al contarle nosotros la impresión de nuestra primera visita al Parque Rodó y a la carpa maravillosa, nos decía: Verás cómo los sabios nos explican eso. Ya verás cómo entre la cabeza del florero y la del maestro que la presenta, las ondas van y vienen como una polea. Y hasta nos pareció que sentíamos la carcajada con que terminó su vaticinio.

EL HOMBRE QUE NO COME

Febrero, 3 — 1929.

La ciudad se va convirtiendo en un campo de experimentaciones, y en un museo de cosas raras. Es de viajeros de pantalón blanco y bastón de gancho, que encontramos a cada paso en los paseos, en las fiestas y en los tranvías, hablando siempre en voz alta con los más raros acentos, y siempre mal, entre ellos, de Montevideo, y elogiando siempre mucho a la ciudad, apenas se encuentran con un montevideano. A esa visión cinematográfica se agregará ahora otro espectáculo: el del hombre que no come durante un mes. No era bastante atractivo, parece, con el fenómeno que lo adivina todo. No era bastante con el asombro que causa esa cabeza metida en un florero, que se mete en todos los pensamientos. Teníamos que ofrecer algo más. Y ahora tendremos a un hombre que se meterá en un cajón de vidrio durante treinta días, bien cerrado, y en esos treinta días no comerá nada. Esta ha de ser seguramente una demostración de la vida futura. La vida de los hombres que volarán y no comerán. Este hombre que se meterá en un cajón y se quedará setecientas veinte horas sin comer será el precursor de una raza nueva. Será sin duda una especie de Artigas de esas nuevas generaciones que en lugar de comer, se lo pasarán

oyendo tangos por alto parlante y haciendo ejercicios físicos en el espacio.

Montevideo se está modernizando, se está convirtiendo en una antesala del gran laboratorio del nuevo mundo. Se experimentan cosas que luego se harán realidad en otras partes. Y la ciudad contempla todo eso, escucha muy atenta, paga, se aglomera para contemplar esos panoramas extraordinarios. Conferencistas, prestidigitadores, trasmisores del pensamiento, hombres que hablan con mucho respeto con los espíritus de otros hombres que hace tiempo nos abandonaron, filósofos de todas las religiones, hombres que se divierten rompiéndose la cabeza desde un alto trapecio. Todas las teorías. Todas las ciencias. Todos los hombres, con las ideas más avanzadas y más renovadoras.

La ciudad tiene una gran paciencia y una gran fe. Vió en estos últimos años pasar por ella los más grandes cerebros y perdió un poco el equilibrio. Luego se mareó contemplando sus límites desde la torre de otro mundo, todo vestido de blanco. Túnica blanca y un morrión blanco también con bordados de oro. Y ese venía así, con esa indumentaria tan moderna, porque venía a sembrar en nuestros espíritus un montón de ideas. Muchas ideas de esas que flotan en aquel país de leyenda, donde los hombres marchan higiénicamente con los pies desnudos y se pasan horas arrodillados frente a un elefante. Después otros. Otros más. Sabios que hablaban idiomas incomprensibles, con grandes levitas. Hombres del futuro también que todavía nos cuentan cómo se construyó el Arca de Noé. Ahora el programa se amplía. Es un progrema sorprendente que según algunos, merece que los hombres de ciencia, de

esos que se crean en nuestras Facultades, lo contemplen de cerca. Ahora tendremos un hombre que se meterá en un cajón de vidrio y no comerá durante un mes. Es un fenómeno, se nos dice, que dará trabajo a la ciencia que, naturalmente, tendrá que perder el sueño durante treinta días, para seguir el proceso evolutivo de ese hombre que nos viene a demostrar cómo se puede hacer fracasar a todas las industrias y cómo vivirán los hombres del futuro.

Así como la ciencia montevideana ha perdido su ruta frente a la incógnita del fenómeno del florero, así deberá pasarse días enteros buscando el camino para estudiar al hombre del cajón, para decirnos con toda solemnidad y tal vez en la misma tribuna que utiliza el maestro de Conferencias de nuestra Universidad, cómo ha podido soportar setecientas veinte horas, sin comer, ese hombre extraordinario que dentro de dos días ha de alterar el ritmo de la vida ciudadana. Está visto que es ésta una ciudad laboratorio. Una ciudad que es además de laboratorio, muy gentil y hospitalaria. Una ciudad que cuando los hombres ya no coman más y se pasen el día entero oyendo tangos en alto parlante y enviándose ondas con pensamientos, de cabeza a cabeza, sin hablar jamás, se mirará en la historia del futuro, con la misma admiración que nosotros los hombres pasatistas de hoy, recordamos a la ciudad de Atenas.

LA CIUDAD SE HA CONVERTIDO EN UN CUARTO DE BAÑO

Febrero, 18 — 1929.

La ciudad ha adquirido en estos meses el aspecto de un gran cuarto de baño. Por todas partes nosotros vemos, de mañana y de tarde, en las calles centrales, en las plazas, en los negocios, en los autos y hasta en los tranvías, parejas de personas —algunas muy interesadas en llamar la atención— que visten trajes de baño y lo cubren con una salida muy elegante y muy llamativa. Entre las costumbres pintorescas y puebleriles que nos han traído los turistas ésta es una de las que ha hecho más camino. Ahora no son sólo los turistas, los que consideran a la ciudad, un cuarto de baño. Ahora son también los montevideanos. Y así todos los días al cruzar las calles nosotros podemos ver esos ejemplares pintorescos que marchan orgullosos de su indumentaria de buen tono y vemos cómo otros salen de sus casas, recién levantados del lecho, luciendo bellos modelos elegantes de bañistas, que toman un auto y vuelan a las playas a completar su programa entre las ondas del mar. Ahora al tomar un tranvía, vemos cómo junto a nosotros, la silueta fina y armoniosa de una hermosa dama, deja ver por la abertura de su holgada salida llena de adornos y cintas, la blancura y las líneas de su cuerpo. Y vemos por las

aceras a grupos de niñas y jóvenes, vestidos con el mismo traje, que marchan entregados a sus comentarios, provocados por el último paseo por la Rambla. A eso debemos agregar otro grupo más pintoresco todavía: el de los que visten de pijama y el de los que marchan en auto en mangas de camisa. Es como se ve un gran adelanto el que va experimentando esta ciudad de turistas. Montevideo fué siempre una ciudad culta. Con ese prestigio nos la entregaron los viejos. Fué siempre una ciudad de fina educación. El montevideano hasta hace pocos años, consideró siempre sus calles, sus paseos, sus playas, como una gran sala, donde el cumplido, el requiebro, la atención y la línea se guardó siempre con orgullo. Ahora los montevideanos de esta época de las casitas chicas, de los autos Ford, de los pijamas y de los cigarros rubios, consideran sus calles, sus plazas, sus paseos, como un cuarto de baño. Se ve que adelantamos. Se ve que a fuerza de contemplar tantos fenómenos y de estudiar tanto en los liceos, se han alterado los conceptos. Y nosotros creemos que pronto alcanzaremos a obtener el privilegio de los compatriotas de Jinarajadasa, el de pasear por la ciudad con los botines en la mano como suprema demostración de buen gusto.

El calor sofocante contribuye indudablemente a disculpar esta costumbre tan interesante, divulgada por la fina espiritualidad de los turistas. Por eso ahora Montevideo es cada día que pasa, más cuarto de baño. Y por eso cada día vemos más de esos hombres, con sus piernas y sus brazos peludos como monos que se pasean por Sarandí vestidos como en sus mejores momentos de baño, dirigiendo miradas inquisitoriales

a las damas que con el vestido sobre la rodilla, los brazos desnudos, y una buena dosis de carmín en los labios, pasean la belleza de sus finas siluetas, mientras contestan a los saludos con su habitual ¡adioooos!...

La ciudad tiene pues un nuevo concepto de las cosas. Más americano. Antes el cuarto de baño estaba en la casa. Ahora está en la calle. Se ve que progresamos. Cuando nosotros vemos a los jóvenes robustos muy elegantes negar la pared a una dama, hablar insolencias en voz alta, quedarse sentados en los tranvías cuando sube una mujer pobre cansada por el enorme peso del atado de costura que va a entregar, o alguna madre que carga un hijo, nos damos cuenta de que efectivamente se puede pensar que el cuarto de baño en vez de en la casa, debe estar en la calle. La ciudad progresa en esta parte. Sobre todo en verano. Ahora tal vez para el invierno, se imponga la moda de ir a los teatros, a los recibos y a los bailes con un gran poncho y calzados con un par de botas granaderas.

LA SOLEMNIDAD DE LOS BAILES DE CARNAVAL

Febrero, 25 — 1929.

No hay nada más serio, más solemne, más grave, que los bailes de carnaval en los teatros montevideanos. Son ceremonias que se realizan en medio de una gran frialdad. Son como los bailes entre diplomáticos. Imponentes, majestuosos. Las máscaras bailan preocupadas por los mil arabescos que van dibujando sus pies, en la alfombra del teatro. Sin hablar, sin reir, siempre atentos a sus movimientos, a los que ellos dan importancia igual a la que dan los creyentes a los distintos pasajes de una ceremonia religiosa. La alegría de estos bailes queda afuera, queda en la calle. Al entrar los hombres y las mujeres, adquieren ese aire de indiferencia, de aburrimiento, de desgano que domina en esos bailes. La alegría queda afuera, en la calle. En la sala del teatro, al compás de esas notas tristes de los tangos, nosotros sólo hemos visto, parejas calladas, dando vueltas, o realizando con preocupación, una de esas complicadas figuras coreográficas de que hacen gala los bailarines modernos. Nada más. Todo lo otro, la alegría, la fiesta, la gracia, todo eso queda fuera, en la calle, lejos del teatro. Allí en la sala, hay que estar serios. Hay que cumplir con el rito, hay que ser ante todo bailarines. Y entretanto las orquestas

—orquestas compuestas de un acordeón muy grande, de un tambor, dos o tres instrumentos de lata y algunos violines llorones,— van rompiendo los oídos con su desafinación, y llenando de sueño la sala con sus cadencias tristonas. Y los bailarines acariciados por aquella música van dando vueltas asombrados y mudos, mientras cumplen con el calendario que los obliga a divertirse en carnaval.

No hay nada más serio que estos bailes, ni más solemne. En la sala un montón de gente, iluminada por las luces cambiantes y por los reflectores, cumpliendo con el rito, dando vueltas, sudando a mares, serios, tropezándose a veces, siempre preocupados en dar su nota saliente en los movimientos, que imprimen a sus cuerpos, al realizar las distintas figuras del baile. Estos son los que pagan y se aburren aunque no lo digan. Más arriba o en un costado (y en alguna parte del centro) una orquesta, o dos orquestas de esas que se llaman típicas y que la forman un grupo de hombres vestidos iguales, que nunca están afinados, que siempre colocan en el medio a un hombre con un gran acordeón, que se paran cuando quieren, que a veces cantan siguiendo a la música y que a veces bailan. Estos son los que se divierten siempre. Más arriba todavía (en algunos teatros donde la comodidad lo permite), se ven grupos de máscaras muy serias, que hablan en voz baja y a veces señalan a los que bailan en la sala y hacen ademanes poco tranquilizadores, mirando furiosos a los que bailan allá abajo, iluminados por las luces cambiantes de los miles de lámparas de colores. Estos son los que van a enojarse frente a la infidelidad y a componer la primera parte de un

drama... Luego vienen los que miran, los que van a ver cómo se mueven los otros. Estos se paran junto a los palcos, junto a las puertas, miran, esperan, se aburren, y luego cuando la claridad del nuevo día entra por los ventanales del teatro, se marchan convencidos, como los otros, los que bailan, los que tocan, los que murmuran, los que cobran, los que pagan, de que han asistido a una gran fiesta de Carnaval.

LA RAMBLA SUR

Marzo, 11 — 1929.

Cada día más, la Rambla va avanzando, va conquistando el mar, va embelleciendo la ciudad. Las viejas casas de la costa, van cediendo al empuje de los obreros que lo transforman todo. Aquello que ofreció durante años y años un triste espectáculo de miseria. cede su paso a la línea recta del muro de cemento que marca el límite de la gran avenida costanera, trazada por el ingenio del hombre. Todo aquello que pareció un inmenso obstáculo, a la realización de esa obra, que preocupó desde hace treinta años a los habitantes de Montevideo, ahora desaparece, deja su lugar a la gran avenida que surge junto al mar. Al contemplar los otros días el espectáculo que nos presenta aquel mundo de gente activa, que va realizando la obra, recordamos los proyectos, las polémicas, los inconvenientes surgidos, los anhelos de nuestros padres y nos pareció un sueño. Aquella idea tantas veces tentada y tantas veces considerada temeraria, la vemos al fin, casi realizada. Los muros avanzando junto al mar, rectificando, saneando, purificando la ciudad. Y allí cerca de esos muros nuevas construcciones más bellas, más simples, más claras, con sus líneas sobrias que reflejarán el espíritu de nuestra época, darán su nota armoniosa a la península y dirán del esfuerzo de los

hombres de esta ciudad que conquista todos los días un nuevo adelanto. Allí, lo que aprendieron nuestros hombres en las aulas, lo que consiguieron con desvelos y estudio, lo que preocupó su pensamiento de estudiante, podrá cristalizarse victoriosamente. Al pasar ahora entre los centenares de obreros que trabajan afanosamente, junto a las máquinas, en los muros, en la tierra, en las demoliciones de las viejas casuchas, o peleando con el mar para robarle espacio, todo aquello nos es desconocido. Miramos desde allí a la ciudad y nos parece otra. Todo es color, todo es más amplio, y hasta los viejos edificios que vemos sobresalir allá lejos entre las casas amontonadas, hasta aquellas viejas casas nos parecen más bellas. Lo que antes era agua allí donde pasamos, ahora es tierra. Los hombres han conseguido agrandar la ciudad. La tierra que pisamos era hace poco todavía, aquella costa llena de accidentes, que conocimos en nuestras correrías de niños. Aquella costa donde los muchachos hacían sus travesuras, ya no la reconocemos. Ahora, una línea recta, soberbia, trazó sobre el mar su límite. Detuvo el agua, la obligó a respetar la idea del hombre. Y el mar a veces bravío, se alza, se agita, avanza sobre el muro para derribarlo, para avanzar, olvidándose que el cálculo del hombre ha pensado muchas veces en sus furiosos empujes. Luego vencido se retira para tentar otro día la conquista. La voluntad del hombre detiene el avance del mar, para poner frente a su grandeza, la grandeza de una obra tantas veces soñada, de una obra que dirá a las generaciones que vengan del esfuerzo, del empuje, de la inteligencia de esta generación que

para honrar a sus padres, corrige las líneas de su costa, eleva palacios, pelea con el mar, derriba casas, sanea barrios y reconquista una gran región que por muchos años sirvió de guarida al vicio y a la miseria.

EL MONUMENTO A MARIA STAGNERO DE MUNAR

Marzo, 25 — 1929.

Casi en los mismos días en que los niños volvían de nuevo a comenzar sus tareas en la escuela, la ciudad inauguraba en el más hermoso de sus parques, el monumento a María Stagnero de Munar. La figura de la gran maestra está ahora allí, a la sombra de los viejos árboles de aquel inmenso jardín que fué hace mucho más de medio siglo, mansión señorial de uno de los hombres más originales y más representativos de Montevideo. Y cerca de allí, donde ahora se levanta la noble figura de la maestra de maestros, el busto en bronce de aquel hombre que creó tanta belleza, surge de entre un montón de flores y contempla desde allí la transformación de aquel su gran jardín, que en días lejanos fué asombro de la ciudad.

Ahora poco a poco los hombres nuevos de la ciudad van colocando en medio de aquellos árboles y junto a las flores, los bustos de sus artistas, de sus poetas, de sus maestros. El primero en llegar fué el del profesor Arechavaleta, el sabio naturista que fertilizó la enseñanza de nuestra Facultad de Medicina, con el tesoro de su saber.

Después, Herrera, aquel pintor Carlos Herrera, que dejó en el espíritu popular, tan profundamente grabado su nombre.

Más tarde Beethoven. Luego llegó allí María Eugenia Vaz Ferreira, la poetisa eximia cuyos versos traducen todas las inquietudes de su alma dolorida. Ahora la "maestra de maestros", la mujer admirable, la profesora de voluntad, la que colaboró en horas terribles de nuestra historia, en la obra fecunda de aquel José Pedro Varela, que transformó la escuela uruguaya, que luchó contra todos los prejuicios religiosos, que rompió los viejos principios pedagógicos y llevó a la escuela, la razón y la libertad de conciencia.

Ahora la figura de la maestra está allí, destacando su blancura en el verde oscuro de aquellos árboles inmensos. Sentada, con sus dos brazos abiertos, como iniciando un abrazo. Y junto a ella, el escultor ha colocado un grupo de niños y una mujer que avanza, llevando en su mano, una lámpara encendida.

Y nosotros contemplamos aquel monumento blanco, en medio de la quietud del parque inmenso con un poco de tristeza. Allí está la maestra, la que sembró tanta voluntad y tanto saber en los hombres, la que vigorizó tantos espíritus, la que plasmó tantas conciencias, la que dió vida y calor a la escuela nacional, la que vivió una vida heroica de trabajo y sacrificios, la que fué brazo ejecutor del pensamiento de Varela. la que fué todo actividad, dinamismo, voluntad, lucha.

Allí está ahora en medio de la quietud de aquel inmenso parque donde el viento al pasar por las ramas de los árboles murmura una triste canción que se pierde luego en la lejanía llevándose el perfume de las flores. Y sentimos un poco de tristeza, porque la ciudad deja demasiado sola a esa figura de mujer casi única en nuestra historia. Nosotros no la hubiéramos

puesto allí. Nosotros hubiéramos colocado esa estatua en el lugar más céntrico, frente a una gran escuela nueva, en la conjunción de varias calles, donde el tumulto de la vida, la agitación febril de la ciudad fuera más intensa, donde hubiera una animación que diera calor a esa figura que no hizo en su vida más que luchar constantemente, generosa, noble, valiente, destruyendo obstáculos, orientando a la juventud, señalando y destacando siempre los nuevos principios democráticos, robusteciendo siempre la fe en el porvenir, sin volver jamás sus ojos al pasado.

Allí en medio del bullicio de la ciudad sería siempre, para todos los hombres, sobre todo para los jóvenes que inician su marcha en la vida, un ejemplo constante y un acicate para seguir luchando, y sus brazos abiertos que inician un abrazo, tendrían entonces un más alto y significado valor.

Pero ella ha quedado allá, entre los árboles de aquel inmenso jardín donde se siente el canto de los pájaros y la música del viento que pasa entre las ramas, y a veces en los días de fiesta los niños —pocos niños de la ciudad— irán a contemplar su figura y la hermosa leyenda de su pedestal y cantarán tal vez, y reirán junto a ella, y acaso pongan un poco de movimiento al monumento de la maestra ilustre que fué siempre en todo momento de su vida, de una prodigiosa actividad.

TOMAS GIRIBALDI

Abril, 1 — 1929.

Habrá pocos, muy pocos montevideanos que no conozcan siquiera de vista, al maestro Giribaldi. Su figura es algo que reclama como escenario las calles un poco tristes, un poco obscuras, un poco románticas de aquel Montevideo de hace sesenta años. Cuando le vemos pasar por las calles, solo, caminando lentamente, contestando de cuando en cuando al saludo cariñoso de algún viejo amigo, cuando le vemos así, marchar siempre acompañado de su fino bastón de ébano, detenerse a veces a contemplar un poco asombrado las construcciones atrevidas de estos últimos tiempos, o taparse los oídos al pasar frente a un negocio donde un gramófono echa a la calle las notas desafinadas de un tango, cuando le vemos así, se nos vienen a la memoria los cuentos de nuestro padre, las escenas de aquel Montevideo de entonces, que casi terminaba en la plaza Cagancha y cuyos habitantes, que tenían un loco entusiasmo por la ópera, iban noche a noche a escuchar a los artistas famosos que llegaban con frecuencia a nuestra ciudad.

Eran las noches en que triunfaba el maestro Stirgelli en Solís. Eran las noches célebres en que se gestaba la gloria de Oxilia, de las que todavía queda el recuerdo grabado en la memoria de nuestros viejos.

Y en aquel escenario, entre aquella gente sencilla y culta, dió sus primeras pruebas de talento este Giribaldi que nosotros vemos ahora recorrer silencioso las calles de la gran ciudad, un poco nostálgico y un poco olvidado por la gente que tiene delante el brillo de otros nombres.

La vida de este hombre sencillo, bueno y afectuoso, es la vida de un romántico. El último romántico, como lo llamó un día, Orosmán Moratorio. El último romántico que aún pasea sus ensueños por las calles de la ciudad transformada. Inflexible en sus ideas artísticas, lleno de dulzura en su corazón, guardando siempre en lo hondo el recuerdo de un gran afecto, que todos los días —todos sin faltar uno— desde hace muchísimos años, lo lleva al Cementerio Central a colocar unas flores sobre la tumba que guarda los restos de una mujer que fué todo para él. El último romántico, el último soñador, de aquel Montevideo de otros tiempos.

Y este viejo que vemos ahora, de mente clara, ágil de pensamiento, fué en los tiempos aquellos que nos contara nuestro padre, personaje principal en la vida de la ciudad. Joven aún, entrena en Solís su ópera "Parisina". Y aquel estreno fué un triunfo. Su nombre llenó todo Montevideo. Conmovió a toda la gente y entonces el Gobierno de la República lo pensionó, Se fué a Europa y estudió. Estudió y escribió otras obras más. Y de Europa volvió con más nombre aún.

Vivió días intensos de gloria, de emoción, de sueños.

Hubo luego un gran silencio en la vida noble del artista. Se ocultó. Se aisló. Hubo un gran silencio, que

sólo rompió la llegada de una gran compañía de ópera que dirigía el maestro Polaco. Nosotros le recordamos bien. Aquel maestro quiso dar la "Parisina" y Montevideo asistió de nuevo al triunfo de Giribaldi, que se negaba a recibir el homenaje del público. Todavía tenemos presente aquel último ensayo de la ópera, al que asistimos siendo niños. Vemos al maestro Polaco frente a su atril, moviendo los brazos para hacer surgir de aquella partitura las notas llenas de emoción de la música de Giribaldi. A ratos hacía un alto y con su voz clara hacía una observación a la orquesta y luego preguntaba al maestro Giribaldi, que asistía al ensayo un poco oculto por los músicos. ¿Vi pare, maestro? y el maestro asentía con un movimiento de cabeza. Fué la última vez que oímos "Parisina". Después no se ha dado más. Pasaron años sin que hayamos oído nada.

Un día Eduardo Fabini nos llevó al Albéniz a oír una composición que había escrito para banda. Y sentimos aquel día una gran emoción al oír la música sencilla, fresca, un poco verdiana de Giribaldi, que nos traía algo así como el eco perfumado de otros tiempos de romanticismo, que nosotros hemos leído no hace muchos días, descritos por la pluma ágil y por el talento de Raúl Montero Bustamante.

¡El último romántico! Ayer le vimos. Iba solo, como siempre, caminando con su paso un poco tardo, pero firme y fuerte, con su gran sombrero de alas anchas y su bastón de ébano. Le detuvimos para estrecharle la mano y luego él se fué, se perdió entre el bullicio de la ciudad, que le mira pasar, indiferente, sin pensar que sirve de fondo y de contraste a una de

las más interesantes y nobles figuras de artista romántico, que vive un poco oculto y un poco asombrado entre la agitación de esta ciudad moderna que ya no lo comprende.

CAMINOS BLANCOS Y LISOS...

Abril, 8 — 1929.

Una red de caminos blancos y lisos nos llevan ahora a los puntos más apartados de la ciudad. Las distancias se acortan con una gran rapidez, por estos caminos que el progreso ha dibujado en los campos. Caminos blancos y lisos que nos llevan fuera del bullicio de la vida activa, que nos llevan fuera del movimiento de los mil vehículos, que cruzan las calles animadas por la gente. Caminos blancos que nos muestran a cada paso montones de casitas pequeñas, apretadas una junto a otra, de lata, de madera, de ladrillo, que nos salen a saludar en nuestra marcha, con su pintoresca arquitectura. Son las últimas construcciones de los obreros de la ciudad que van a buscar desahogo y economía. Y son las primeras del nuevo barrio que ha de crecer allí creado por el esfuerzo, por la necesidad de los obreros que elevan casas amplias e higiénicas, que construyen soberbios palacios en la ciudad. Allí se van amontonando, corridos por las exigencias de la vida. Y allí van surgiendo nuevos trozos de ciudad que más tarde otros hombres han de ampliar, sanear y embellecer, mientras los que viven ahora, deberán avanzar en el camino, ir más lejos, para comenzar de nuevo la construcción de otro barrio de casitas de lata, de madera, de ladrillo, con sus pequeños

terrenitos donde los chicos viven en contacto con el sol.

Es el ritmo eterno de la vida de las viejas ciudades. Primero un montón de hombres corridos por la miseria del núcleo central, buscando en el campo un sitio para vivir; luego comienza la construcción de sus casitas. Más tarde otro montón de hombres que vienen desde el centro a reparar, a orientar, a concretar en el barullo de aquellos caseríos, a dar forma en aquellos tanteos del pueblo. Y por fin, más tarde, bien tarde por cierto, unos cuantos hombres que nunca hicieron nada, pero dueños de las tierras vecinas, que llegan para dominar como señores.

Recorriendo ahora estos nuevos barrios apartados, lejanos, donde montones de casitas estrechas y bajas, donde la higiene no siempre domina, donde la comodidad no existe, donde la miseria vive en constante compañía con sus habitantes, contemplando ahora estos barrios que han de ser modificados, saneados, o quizá demolidos, donde no hay ni agua, ni luz, hemos pensado en el sueño de los arquitectos que exponen en sus salones anuales, sus proyectos de urbanización. Allí en los planos, el barrio obrero de casas alegres, cómodas, con su escuela parque, con sus baños, con su plaza de deportes, con calles arboladas, amplias, de gran perspectiva.

Todo alegría. Visión poética noblemente inspirada. Aquí ahora, frente a nosotros, casitas chicas, de lata, de madera, feas, a veces en el punto más bajo del barrio, sin plaza, sin juegos para chicos, sin plantas, donde la miseria se ve salir por todas partes. Y es un contraste doloroso. Entre la visión poética de los jóvenes arquitectos y la realidad brutal que nosotros

contemplamos se siente el peso enorme de una gran injusticia que la ciudad no puede tolerar. El viejo ritmo de la vida de las ciudades habrá, pues, que alterarlo para que el contraste no exista. Los hombres que estudian han dicho hace tiempo que es posible la obra. Sólo falta ahora la voluntad y el esfuerzo de todos los que hablan del porvenir de la raza y de los que sueñan en el mejoramiento social.

Caminos blancos y lisos, por donde nosotros vemos a menudo cruzar los autos en loca carrera deportiva, que nos prueba hasta dónde ha llegado el progreso de las máquinas, caminos que nos muestran las elegancias de nuevas construcciones, y desde los cuales nosotros vemos todavía esos montones de casitas miserables, apretadas, surgiendo en todas partes; por allí, nosotros esperamos ver marchar muy pronto a los hombres nuevos, empujados por un sano ideal, para llevar a todas partes las ideas más renovadoras.

EL MUSEO MUNICIPAL DE BELLAS ARTES

Abril, 22 — 1929.

Dentro de poco tiempo la ciudad tendrá un nuevo Museo de Bellas Artes. El Municipio ha resuelto que la más hermosa de las quintas recientemente adquiridas por él — aquella famosa quinta que hace sesenta y nueve años hizo construir por el ingeniero Capurro, el entonces cónsul italiano señor Raffo, en la región privilegiada donde nuestros viejos agruparon con orgullo sus parques y sus casas — sirva de sede al nuevo Museo.

Nuevas salas, nuevas galerías, un gran patio descubierto rodeado de columnas se proyecta construir en la vieja casa que se levanta en el centro del parque, para darle más comodidad y más belleza. El mismo estilo y el mismo espíritu tendrán las obras que han de completar el edificio donde se han de guardar las obras de arte de propiedad municipal. De nuevo aquella quinta famosa en la historia de la ciudad, centro de reunión de la más culta sociedad montevideana, cobrará animación. Sus árboles inmensos, sus estatuas, el trazado estupendo de sus jardines, las bellezas todas de aquella magnífica quinta, podrán ser admiradas por el público.

Fué un ilustre ingeniero francés el que trazó esos jardines llenos de plantas de las más variadas y esco-

gidas especies, y fué un ingeniero uruguayo —Juan Alberto Capurro— el que delineó y construyó en 1860, la casa de armoniosas líneas clásicas que domina majestuosa en el centro de la gran quinta. El mismo ingeniero que levantó en plena ciudad edificios amplios, bellos, como el de Santos y los de Agustín y Carlos de Castro, soberbias casas de señores ocupadas en la actualidad por dependencias del gobierno nacional. El mismo ingeniero que más tarde construía, para el señor Cibils, un teatro que asombró a Montevideo por sus comodidades, por la elegancia de sus líneas sobrias, por la acústica de su sala, por las instalaciones y amplitud de su escenario.

Eran días en que la ciudad vivía una vida tranquila, aquellos en que se comenzaron las obras de la gran quinta de Raffo. Eran días en que se seguía un ritmo lento. La ciudad marchaba sin prisa hacia el progreso. No se sentía esa agitación que hoy domina en todos los espíritus. Pocas industrias, poco comercio, pocos habitantes. Era un pueblo grande, en el que un grupo de hombres superiores pensaban y soñaban en la grandeza del país. De aquel pueblo grande, tranquilo, sin inquietudes por la industria, salía de cuando en cuando para Europa algunos de sus hombres mejores que iban a estudiar a las Universidades del viejo continente. Y de allá volvían aquellos hombres, trayendo de las viejas ciudades el mismo espíritu, las mismas ideas, las mismas ambiciones y los mismos gustos. Y así, por el impulso de esos hombres que traían muy adentro la idea de grandeza, fueron naciendo en los contornos de la ciudad, sobre las cuchillas, en los puntos mejores, las quintas, los parques y

las casas con ese marcado carácter de villas italianas: jardines inmensos con sus grandes canteros rectangulares, con sus fuentes, sus estatuas, en cuyo centro se destacaba la casa de estilo clásico, con sus galerías, con sus logias, con sus terrazas y sus miradores, desde los cuales se dominaban todas las bellezas del paisaje y se contemplaba a lo lejos la ancha franja azul del mar...

Entre todas aquellas grandes quintas, que fueron (y son todavía las que quedan) orgullo de la ciudad, ésta de Raffo, fué siempre una de las más admiradas. Su belleza hacía detener a los que pasaban frente a ella. Sus árboles inmensos, sus estatuas, el arroyo que pasa junto a ella cantando y reflejando en sus aguas el color magnífico de aquellos jardines estupendos, hacían detener todas las miradas...

El Municipio ha confiado a un hombre de talento, a un espíritu sereno y reflexivo, la misión de organizar este nuevo museo, que se crea en el momento en que la ciudad trabaja con más entusiasmo y con más amor, por revelar el nivel de su cultura artística.

EL HOMENAJE DE LOS ARTISTAS A PEREZ BARRADAS

Abril, 29 — 1929.

Un grupo de artistas y escritores acaban de publicar las páginas hondas y sentidas que escribió el poeta Vicente Basso Maglio, como homenaje al pintor Rafael Pérez Barradas. Páginas sentidas y hondas que traducen fielmente la inquietud espiritual del poeta, y que reflejan todo el sentimiento, la poesía del alma de aquel gran pintor que se marchó un día casi niño al viejo continente, lleno de ilusiones y de esperanzas, con el alma limpia, con el corazón palpitante, con la avidez de luz en los ojos, para trabajar, para triunfar, para colocar su nombre con orgullo por encima de la mediocridad, y volvió ya hombre a buscar en su ciudad descanso para su cuerpo minado por el mal, mientras su vida se iba apagando poco a poco sin que jamás la serenidad de su espíritu sintiera la menor oscilación. De todos los problemas, de todos los anhelos, de todos los fuertes latidos de aquel gran corazón, de todos los sueños de aquella alma sedienta siempre de belleza, de luz, de amor y de fe, nos hablan estas páginas del poeta Basso Maglio, que un grupo de artistas y escritores del Uruguay han dado a luz, como un homenaje cálido a la memoria de aquel

gran pintor, que un día marchó al viejo continente pletórico de vida y llegó de nuevo hacia nosotros para morir serenamente en el solar nativo.

Leyendo ahora, a pocos meses de la muerte del gran pintor amigo, las páginas emotivas que el poeta Basso Maglio escribió como una oración, nos parece sentir el perfume de aquellas flores arrojadas al mar por los artistas de España,.para que las ondas las trajeran hasta estas playas, donde nuestro Barradas había comenzado su vida inquieta y luminosa, donde había aprendido a ser fuerte, donde había sentido la canción tonificante del pampero, donde sus ojos habían contemplado muchas veces la anchura inmensa del "río como mar". Las páginas de Basso Maglio están impregnadas de aquel perfume de las flores que los artistas españoles entregaron al mar, profundamente emocionados, y están impregnadas de las ideas de aquellos hombres generosos, de sus inquietudes, de las vibraciones de las almas aquellas que lucharon, que sufrieron, que deslumbraron, que alteraron el ritmo del arte, ante los ojos atónitos de las muchedumbres incomprensivas que los veían elevarse como un sueño... Y de sus páginas nosotros vemos levantarse la figura de Barradas señalando al porvenir. Y nos parece ayer. Nos parece ayer que le vimos alejarse de nosotros con tanta fe, con tanto optimismo, con tantos ensueños. Nos parece ayer que nos vino a saludar en vísperas de su viaje y le vimos alejarse con un poco de tristeza en el corazón, a aquel joven que llevaba estampado en el rostro el reflejo de su noble espíritu. Hubo luego un paréntesis en el que no supimos nada más de su vida. Luego nos llegó la primera noticia: Bue-

nos Aires lo había decepcionado y él preparaba su viaje al viejo continente. Sus idealismos lo llevaban hacia tierras más románticas. Y se marchó a España. Y de nuevo hubo para nosotros un paréntesis. Un silencio prolongado, persistente, que al fin terminó con las noticias que llegaban de aquel otro continente en las que se nos hablaba de los triunfos del artista. Luego otros, y otros. Y después, siempre en todas partes, cuando nos llegaban de allá los diarios, las revistas o los libros, nosotros encontrábamos el nombre de Barradas colocado entre frases de admiración y de cariño. Luego, con esas noticias nos llegaban las primeras desalentadoras de que aquella vida estaba minada por un mal que no perdona. Meses después, la llegada a esta ciudad, el recibimiento cariñoso, el empeño, el cariño de los amigos, los cuidados, las lágrimas. Después el homenaje, y por fin, la tragedia ya esperada, el final de aquella existencia luminosa que se hundía en la sombra para siempre...

Ahora, el libro de Basso Maglio vuelve de nuevo a ponernos frente a aquella figura que nosotros no quisimos ver en sus últimos días y que conservamos siempre en la memoria como la vimos aquel día —hace muchos años— que vino a darnos un apretón de manos de despedida, con toda aquella luz en los ojos, con toda aquella bondad en el corazón, con toda aquella enorme inquietud en el espíritu.

LLEGA EL FRIO

Mayo, 13 — 1929.

Llega el frío. Y la ciudad va tomando por eso un nuevo aspecto. Un poco más triste, un poco más quieto. Sólo sus calles centrales se animan. Los teatros, los biógrafos, los cafés, se llenan de gente que busca un poco de calor y un poco de distracción. Y de noche, unas dos horas, de paseo por las calles iluminadas y después el silencio que sólo interrumpen los autos y los tranvías. Llega el frío. Los árboles van dejando caer sus hojas, y el viento las arrastra por las calles, las levanta, las sacude contra las paredes de las casas, las mete en los baches, las hace jugar carreras y las pobres hojas que vivían tan quietas en sus árboles, las pobres hojas casi secas, maltrechas, van saltando por las calles dando vueltas carnero, dejando pedazos por el camino, buscando con empeño un rincón donde descansar de los empujones del viento para morir tranquilas.

La ciudad veía hasta hace pocos días cómo la gente paseaba tranquila, pausada, por sus calles, por sus plazas, por la Rambla, y un poco entristecida ve ahora cómo han cambiado los hombres el compás de sus marchas. Y las vidrieras solas echan a la calle su luz, sin que nadie se detenga a contemplar las bellezas que exhibe. El viento, el frío, empuja a la gente, que só-

lo trata de evitar sus acentuadas caricias cada vez que aparece una bocacalle.

Llega el frío y con él aparecen los sobretodos, los gachos, las bufandas. Sobretodos amplios, enormes, para familia entera, gachos negros, grises, con cintas de colores y bufandas enormes como ponchos. Aparecen las bufandas que son el elemento infaltable en el pescuezo de los hombres de esta época, de Educación Física. Aparecen antes que el sobretodo, que la capa, que el poncho. Parecería que todo el frío de la estación se metiera en el pescuezo de los jóvenes, de los viejos y de los chicos. La bufanda es ya una institución nacional que tiene casi tanto arraigo como el pijama a rayas (ese célebre pijama que vemos pasear a toda hora en plena ciudad). A la bufanda sólo le falta que la adopten los militares, porque el clero ya la ha adoptado. Así veremos ajustar el cuello de nuestros jóvenes oficiales, con una estupenda bufanda de color vivo, sujeta con un alfiler que lleve como los botones del uniforme, el escudo de la patria.

Llega el frío. Y en las mañanas cuando nosotros marchamos a nuestras tareas, un poco dormidos todavía, vemos delante nuestro a la legión de estudiantes que corren a sus liceos, a otra legión que marcha a sus escuelas, apurando el paso, con sus libros bajo el brazo, discutiendo sobre las incidencias de la lección anterior, criticando siempre a la maestra o al profesor. La maestra porque es recta, el profesor porque exige mucho, y a veces del grupo barullento se alzan voces de protesta para el bedel que pasa la lista con toda regularidad. Y el frío sigue despojando de hojas a los pobres árboles que sufren al borde de las calles

o de los caminos, o dentro de las quintas, viendo pasar junto a ellos, a los hombres bien abrigados, con gruesos sobretodos, a las damas cubiertas por sus capas de pieles, mientras ellos que durante el verano, en los días de sol fuerte, dieron sombra generosa a todos, no tienen quién los proteja de las agresiones del frío y del viento.

CARLOS MARIA CANTU

Mayo, 27 — 1929.

Carlos María Cantú no nació en Montevideo. Nació en San José, pero Carlos María Cantú ya nos pertenece. Nos pertenece porque aquí vive y trabaja, aquí sueña, aquí produce sus obras. Es, pues, la suya, una figura de la ciudad. La ciudad siente profunda simpatía, por este hombre excepcionalmente bueno y modesto, por este escritor, por este poeta que nos hace ver en el teatro, las costumbres, los dramas, las alegrías, los dolores de los hombres de nuestra campaña. Él conoce profundamente la vida del campesino criollo, sus bondades y sus defectos. Sintió cuando joven, en el campo, la poesía de nuestros paisajes, ahondó en el alma de los hombres, lloró y rió con ellos, trabajó junto a ellos, y muchas veces su corazón se estremeció ante la injusticia que se hacía con ellos. Vió pasar por su pueblo, legiones de esos hombres, que marchaban a servir de escalón para otros, en las luchas de partidos y si conoció muchos defectos y muchos vicios, supo su origen, y aprendió a disculparlos. Supo de lo noble y de lo malo de esa gente ruda, simple, a veces rebelde y conoció la tristeza y el mal de esas inmensas tierras llanas, de un solo señor, que obstaculizan el progreso.

Y todo eso que él vió, todo eso que él profundi-

zó con su noble espíritu, todo eso lo vemos ahora nosotros en los cuadros de sus obras. Todo eso embellecido por su pluma, todo eso con sus luces y sus sombras, con su poesía, sus amores, sus alegrías o sus tragedias. Todo eso lo pone Cantú transformado en obra de arte, ante la emoción de la gente. Así nosotros vimos las otras noches cómo el público se impresionaba, cómo reía o lloraba con los personajes, durante la representación de "Nido de Hornero", la última obra de Cantú, representada en el Teatro Urquiza.

Hemos visto cómo seguía ansioso el desarrollo del cuadro que ponía de relieve el talento de este escritor extraordinario. Y al final, cuando el drama se ve claramente delineado, cuando se ve el dolor de toda una familia que se desespera porque de su casa un niño de la ciudad se ha llevado la honra, tal vez para exhibirla como un trofeo, entonces en el público se produjo un silencio impresionante y luego estalló el aplauso para reclamar en vano, en la escena, la presencia del artista que trazó con tanto vigor aquel cuadro estupendo, para gritarle su admiración.

Cantú, se había marchado. Huyó modesto como siempre. Y nosotros salimos del teatro con la impresión de haber asistido a la confirmación de un gran talento. Seguimos calle abajo, hacia el centro y nos detuvimos frente al diario. Aquí en esta esquina, frente a esta casa donde escribimos. Asistimos al primer triunfo de Cantú. Lo recordamos bien. Aquí frente a esta casa conocimos la grandeza del corazón de este hombre a quien el público reclamaba en vano su presencia en el escenario para gritarle su admiración. Una noche, un terrible incendio destruía la casa de esa es-

quina. El público seguía con ansia las maniobras de los bomberos. Trabajo, esfuerzo, luchas de aquellos hombres fuertes y heroicos, eran seguidos con inquietud por el público que miraba espantado el drama. Del grupo, una voz grita: Hay que salvar a la señora. Una señora enferma había quedado dentro de la casa en llamas. Una exclamación de horror se oyó entonces repetida por todos. Y luego un silencio de tragedia. De pronto un joven alto, fuerte, comienza a treparse por los hierros del toldo, luego de la ventana, después del balcón de la casa de altos y por fin, después de grandes dificultades puede subir, ante la estupefacción del público y desaparece en la puerta de la casa en llamas... Un momento después un grito inmenso, saluda al joven que se asoma al balcón con la mujer en brazos. Y mientras los bomberos ayudan a bajar aquella mujer, el joven fuerte, baja poco a poco con dificultad, sujetándose en los hierros, en las ventanas, mientras una aclamación formidable aplaude su valor. Y el joven, llega al suelo y corriendo se pierde entre el público para evitar el aplauso. Aquél joven era Carlos María Cantú, el mismo a quien anoche en vano el público reclamaba su presencia en el escenario del Urquiza, para gritarle su admiración.

LA DESAPARICION DEL PALACIO DE LA BOLSA

Junio, 10 — 1929.

La mole inmensa del Banco de la Nación, que nosotros vemos levantar día a día en la parte más vieja de la ciudad, reclama ya más amplitud, exige más espacio, y hace caer los muros de los edificios que la circundan. Es el progreso que así lo determina. Es la vitalidad del país, que va creando su poderío económico, dentro de las murallas nuevas que surgen elevadas por el empuje de un espíritu renovador que nos anima a todos. Y por eso, porque la gran casa guardadora de los tesoros públicos debe estar en armonía con el reclamo de la hora actual, es que pronto, dentro de pocas semanas, la vieja sede será demolida para dar cabida a las nuevas exigencias de la mole bancaria, que avanza empujada por el progreso. Allí, en ese mismo trozo de tierra, vieron nuestros abuelos, hace muchos años, un pequeño convento franciscano, que se levantaba con su arquitectura colonial, por encima de un grupo de pequeñas casas bajas, cuando la ciudad iniciaba, con pasos inciertos, su marcha lenta hacia el porvenir. Y cayó después el viejo convento. Cayó para dejar que en su sitio se elevara este noble edificio de la Bolsa de Comercio, que los viejos montevideanos gestaron en 1862 y vieron levantar en los albores del

año 1867, cuando recién la calma llegaba al país, después de un período tumultuoso de nuestra historia. Fué un francés ilustre, —Víctor Rabú,— el arquitecto que trazó los planos y dirigió la obra. Y fué en aquel entonces un enorme alarde de voluntad y de energía. Fué una empresa grandiosa, pensada y realizada por un grupo de hombres fuertes que sintieron hondo la grandeza de su gesto. Y fué un orgullo para la entonces pequeña capital, que levantaba a la admiración de todos ese soberbio edificio, de bellas y armoniosas líneas arquitectónicas. Fué un orgullo para entonces y hasta hoy. La ciudad vió levantarse después, pocas veces, palacios como éste, en cuyo conjunto y en cuyos detalles nosotros vemos brillar el talento de un gran artista.

Durante sesenta y dos años, fué allí donde la riqueza nacional se equilibraba, donde se levantaban y donde desaparecían fortunas, donde nacían y morían ricos, donde perdían a veces los hombres su reputación acumulada en pacientes horas de labor. Era como una casa de milagros donde veíamos muchas veces entrar un hombre humildemente con un montón de papeles en las manos y salir, horas después, reverenciado por todos, con aquellos papeles transformados en oro. Así sesenta y dos años el viejo edificio vió dentro de la gran sala (donde se reunen todos los días los hombres de comercio), las ansias, las esperanzas, los derrumbes morales, la riqueza y la pobreza luchando heroicamente, oyendo el eco de las voces que venían de afuera, de la campaña o de la ciudad, del taller o de las chacras; viendo el brillo del oro, sintiendo la queja de los hombres de trabajo a los que

los vaivenes del tiempo o de la política destruían su labor. Ahora, después de sesenta y dos años, sus muros todavía firmes, ceden al empuje de los hombres, que los destruyen, para construir allí nuevas murallas de piedra que han de sostener a la gran mole bancaria que va conquistando posiciones. Y la Bolsa comenzará en otra parte la construcción de su nueva casa, que nosotros desearíamos más en consonancia con el tiempo, y que sus líneas sobrias, su arquitectura noble, su belleza interior, su amplitud, diga á los hombres de mañana, del esfuerzo, del sentir de la orientación artística de esta época de inquietudes y de avances, en que la arquitectura acentúa su carácter y se orienta hacia formas más racionales y definitivas.

LA CANCHA DEL BARRIO

A mis amigos Raúl Castells Carafí y Pepe Ameglio.

Junio, 17 — 1929.

Todos los barrios apartados de la ciudad tienen su cancha de fútbol. Un pedazo de campo liso, donde, en los días de fiesta, van los jóvenes que se inician en ese deporte a jugar un partido. A veces, en nuestras excursiones a través de la ciudad, nos hemos detenido a contemplar esas canchas, junto a las cuales siempre hay un público numeroso que mira con atención el desarrollo de los partidos. Y es en verdad un cuadro interesante, lleno de color y de vida, que traduce el espíritu de nuestra ciudad.

Son los clubes menores —se nos dice— los que organizan esos partidos. Clubes de muchachos entusiastas que hacen sus primeras armas en la cancha, soñando con el prestigio de los grandes jugadores. Hace pocos días, mientras íbamos a Carrasco, nos detuvimos a contemplar uno de esos cuadros. El partido había empezado ya, cuando llegamos. Un público crecido rodeaba la cancha. Un montón de autos funcionaban de tribunas, y los pocos árboles que había, servían de palcos para los chicos. Una gran animación, un gran movimiento, era la nota dominante en aquel cuadro lleno de vida.

En el centro de la cancha, un grupo de jugadores, con camisetas de colores vivos, corrían de un lado a otro, detrás de una pelota que se divertía levantándose a veces muy alto, para caer luego y entreverarse con las piernas de los jugadores, que corrían como gamos repartiendo puntapiés y gritando ocmo locos. Cada movimiento de aquel grupo de muchachos era acompañado por los gritos del público, que intervenía en el juego con más entusiasmo que los jugadores. Algo igual vimos nosotros, aunque en mayor escala, en el único partido a que asistimos, hace de ésto unos veinte años en el Parque Central. El mismo entusiasmo, las mismas frases amables, los mismos chistes de color subido que corrían por toda la cancha, con la misma velocidad y la misma violencia que la pelota. De pronto, uno de los jugadores se cae y recibe la caricia de una decena de puntapiés. Un toque de pito detiene el juego. Fué un señor formal que estaba en el medio de la cancha el que tocó el pito.

Entonces, desde un rincón, vimos llegar como una flecha a un hombre con una cartera en la mano, que se arrodilla junto al caído, le levanta la camiseta y le da un masaje en el estómago; luego le hace mover rítmicamente los brazos por uno de los jugadores, y minutos después el caído sale saltando, mientras el hombre del pito da la señal de recomenzar el partido. Y otra vez corridas y puntapiés, y la pelota golpeada, acosada, corre por el campo con furor. Luego, ya cansada, se detiene muy cerca de una de las redes de cuerdas que hay en la cancha, y el público se pone a gritar con furia a los jugadores que van a buscar la pelota. Nosotros entonces, atraídos por ese nuevo aspec-

to de la escena, miramos al público. Caras congestionadas, agresivas unas, otras alegres, pero todas atentas, prontas a congestionarse a cada minuto. Un gran silencio siguió a aquella tempestad, y de pronto sucedió algo que nosotros no vimos ni nos enteramos, pero que debía haber visto aquel público que comenzó a gritar: ¡Penal! ¡penal! ¡penal!...

El juego para y los jugadores se van juntando cerca de la red de cuerdas y uno de ellos da una terrible patada a la pelota, que se mete como una bala en la red. Una formidable ovación coronó la hazaña y el público entró saltando y gritando en la cancha y abrazó y estrujó al pateador que se cayó desmayado.

Y otra vez llega corriendo el hombre de la cartera, y otra vez masaje, y luego otra vez el caído sale saltando. Lo han apretado tanto que lo desmayaron— nos dice el vecino. — Es el "Pardito". Un tigre. Es el mejor jugador del cuadro. Es tan pateador como Perucho. Y nosotros sentimos en aquel momento una gran compasión por todos los grandes jugadores, que tendrán seguramente la misma suerte que ese "Pardito". Una, dos o más horas corriendo con la lengua afuera, pateando y sintiendo la caricia de unos fuertes botines de jugadores robustos, y luego gritos y aplausos, y al fin, cuando logran meter la pelota en aquella red, entonces los desmayan a empujones. ¡Lindo juego!

Vuelta la calma, el público volvió a rodear la cancha. ¿Qué fué eso? preguntamos al vecino que nos dió el nombre del "Pardito". — ¿No ve lo que es? ¿No ve que es un penal y estábamos uno a cero?, y nos señaló allá lejos un tablero donde se marcaban con números blancos los puntos del partido. — ¿Uno a

cero y un penal? Sí, sí. Ya entendemos. Y como acabábamos de comprobar una vez más que no hemos adelantado nada en materia de deportes, seguimos nuestro camino.

El sol, el aire, la luz intensa de aquel día hermoso, daba realce a aquel cuadro soberbio.

Y ya lejos, al darnos vuelta, veíamos todavía a los muchachos aquellos, que corrían de un lado a otro detrás de la pelota, y a la gente que de tiempo en tiempo levantaba sus brazos para saludar a los jugadores o para protestar, y hasta nosotros llegaba muy tenue el eco de sus gritos y de sus aplausos... Uno a cero y un penal... sol, vida, luz. Un cuadro magnífico de color que aún tenemos grabado en nuestros ojos, como uno de los aspectos más interesantes de la ciudad.

EL TRIGEMINO

Al doctor José M. Penco.

Junio, 24 — 1929.

Hasta hace poco tiempo nadie hablaba del trigémino. El público no conocía a ese ramal nervioso que tiene tanta importancia en nuestro complicado organismo. Ahora el trigémino es una especie de personaje del día a quien todos nombran, a quien todos siguen con interés, a quien todos quieren conocer hasta en sus menores detalles. Muchos años permaneció oculto para los que como nosotros sólo conocemos uno que otro nervio al que atribuímos las más curiosas funciones. Ahora de golpe el trigémino nos sale al paso, nos detiene en nuestra marcha indiferente y nos hace palpar su importancia. Bastó para ello, que allá lejos, en el viejo continente, a un médico español se le ocurriera buscarlo para aplicarle unos puntazos con el termo cauterio, para que el nervio se hiciera popular. Tan popular que desde hace unos meses el mundo entero se ocupa de sus traviesas aventuras.

Paralíticos, reumáticos, asmáticos, ciegos, cojos, todos quieren llegar primeros a casa del médico para que éste les aplique unos toques en la nariz —que es, según parece, el punto por donde se le puede alcanzar más cómodamente— y luego salir de allí asombrando

a los amigos, cantando y bailando... Y nuestra ciudad, que es ciudad de turismo y de deportes no podía permanecer indiferente. Tenía que seguir también a las demás ciudades en este nuevo deporte de la persecución del trigémino. Y ahora en todas las casas, en los cafés, en los teatros, en la calle, en los hospitales y sanatorios, las curas maravillosas por el trigémino, absorben toda la atención.

¿Ha visto señor? ¿Ha visto cómo camina ahora don Juan? ¿Qué me dice? ¡Si parece un sueño! Qué maravilloso! Un toque en la nariz, ha bastado para transformar sus piernas. Después de tantas penurias y de tantos dolores! Y así en cada casa, en cada reunión, a cada minuto, nosotros oímos repetir las excelencias del nuevo sistema curativo. Nadie habla de los fracasos. Esos quedan en silencio con el dolor de los desengaños. Y nosotros recordamos al ver esta fiebre, por el nuevo sistema en que se contagian todos, aquellas célebres curas de Penadés, de las que hacía el Mano Santa, de las que hizo un celebrado naturista, de las curas radicales de un yuyo, de aquella legión de enfermos que acudían a buscar alivio a casa de un sacerdote a quien ningún mal le resiste. El público tiene ahora igual entusiasmo, igual fe, en este toque en la nariz, que la que tenía cuando se entregaba a las pruebas de Mano Santa, a quien nosotros íbamos a ver, en sus aparatosas sesiones, para contemplar cómo hacía caminar sin muletas a los enfermos que durante años habían tenido sus piernas duras. Quizá sea esto un poco más serio que aquello, y acaso haya algo más científico, pero el fenómeno que vemos es el mismo. Es el mismo ritmo que vuelve, la misma fe, la misma locu-

ra colectiva. Son las mismas esperanzas las que flotan en el ambiente. Es la misma ansia por buscar alivio, por aplacar sus dolores, por obtener un poco de paz para el cuerpo y para el espíritu. Y en la ciudad hay ahora una gran esperanza porque piensa que ya no habrá gente dolorida, porque desde allá lejos alguien que debe ser muy sabio, mandó la fórmula para aliviarlo todo. ¿Qué el viejo Ramón y Cajal no cree? No importa, los sabios suelen equivocarse. ¿No se le negó valor al que habló primero de la circulación de la sangre? Y las casas de los médicos están convertidas en santuarios milagrosos, donde uno ve entrar a ellas a personas tiesas apoyadas en muletas y salir al rato saltando y corriendo enloquecidas de alegría.

El trigémino es ahora la única preocupación de la ciudad que registra todos los días cientos de casos nuevos. Y en cada rincón tiene un panegirista y en cada casa un glorificador. Y cuando alguien nos habla de este curioso fenómeno, y de las curas maravillosas, nosotros repetimos las palabras del sabio médico francés: Vaya, apúrese y cúrese mientras esto cura. Ya vendrá otra cosa que hará palidecer el triunfo de este trigémino que en estos días tiene dominado a toda la ciudad.

LA NIEBLA

Julio, 15 — 1929.

La ciudad tiene en estos días un aspecto un poco triste. La lluvia fría a veces, y la niebla espesa, pone en el ambiente, una nota melancólica. Las grandes casas altas, parecen cortadas, ocultas por la cortina de niebla que las esconde, y nuestros ojos sólo ven a la ciudad como a través de un tul gris muy tupido. La gente pasa apurada por las aceras relucientes en las que se reflejan todos sus movimientos. Pasa casi corriendo metida en sus abrigos o bajo sus paraguas para evitar la caricia incómoda de una llovizna fina y penetrante que por momentos cae y viene a poner más tristeza a las calles húmedas. Y los paraguas negros de los hombres, son como manchas crudas diseminadas en el gran cuadro gris de la ciudad.

A veces entre esa larga procesión que pasa, la nota alegre de los impermeables femeninos, de colores vivos, pone más alegría y más belleza en el cuadro, pero es una nota fugaz; pocos toques; que desaparecen rápidamente. La nota negra del paraguas de los hombres, sigue mostrándonos su monotonía y cómo ha estancado su progreso a través del tiempo y cómo sigue siendo siempre negro, liso y funerario...

La ciudad no tiene panoramas. Todo lo oculta la niebla persistente que no nos abandona. Y nosotros só-

lo vemos a pocas decenas de metros, porque la cortina gris lo oculta todo. En las avenidas donde el movimiento continuado de los vehículos y la agitación de la vida es mayor y mayor la actividad de sus negocios, la escena tiene menos monotonía. Hay más calor, más animación, y de noche la luz blanca de los candelabros y de las vidrieras y la luz roja o azul de los reclames que la niebla deja ver pálidamente a través de su espesa cortina, ponen una nota suave y armoniosa de color y ponen más interés en el ambiente. Las otras calles se quedan solitarias, tristes, escoltadas por dos hileras de árboles pelados, tiesos, firmes, helándose de frío, muriéndose mientras en las esquinas, los guardias caminan de un lado a otro, golpeando a cada momento sus pies contra el pavimento, y deteniéndose a veces para mirar a lo lejos y escudriñar, en la cortina de niebla que oculta a sus ojos, las dos líneas en fuga de las casas y sólo ven el punto luminoso de los focos voltaicos que van marcando como jalones, el eje de las calles largas y rectas...

La ciudad no tiene panoramas. La niebla se complace en ocultarnos la visión estupenda que se contempla en el puerto, en los paseos, en las ramblas, en los caminos que rodean la ciudad. Todo está oculto por la nieble persistente que no nos abandona. Y esa tristeza del ambiente de la ciudad se siente en el espíritu de los hombres. Los hombres están más aburridos. Los niños sienten menos alegría. Las escuelas están tristes. Hay menos niños y el agua y la humedad impiden las correrías por los patios en la hora de recreo. Y la risa estrepitosa y los cantos de los chicos no alegran con sus notas a la viudad de la ciudad. Sólo los cafés y los

biógrafos están concurridos. Los hombres se refugian en los cafés a cambiar impresiones entre la densa nube de humo de los cigarros y los acordes desafinados de las orquestas, y desde allí, por los ventanales miran cómo pasa la gente malhumorada, con paso rápido, ocultando su rostro a la lluvia fría y penetrante. Las mujeres se refugian en los biógrafos, donde siempre se ven aventuras de americanos temibles, buscadores de oro, capaces de dar su vida por un amor, héroes en mil aventuras inverosímiles que siempre tienen un final muy dulce y muy romántico. O van para charlar con sus amigas, sobre las últimas novedades de la moda, mientras afuera, en las calles húmedas, la niebla sigue poniendo su nota llena de melancolía.

LA MUERTE DE UN VIEJO MAESTRO

JOSE GOGLIUCCI

Julio, 22 — 1929.

Acaba de morir un viejo maestro que ayudó con su esfuerzo, con su claro espíritu, con su voluntad y su inteligencia, a la obra noble del reformador de la enseñanza pública. José Gogliucci, aquel viejo admirable que nosotros vimos hasta hace poco, pasear tranquilo por las calles, respondiendo a cada paso al saludo amable de gente que tenía por él una profunda estima, aquel viejito simpático todo bondad, que durante años, fué profesor y secretario de la Escuela "Elbio Fernández", aquel viejito murió los otros días, en las últimas horas de la tarde, dejando en el espíritu de todos, una profunda conmoción. Nosotros evocamos ahora su figura, en tiempos ya lejanos cuando íbamos a la escuela, y lo vemos recorriendo las clases en sus funciones de inspector, lo vemos en los días de los exámenes, dirigirnos su palabra afectiva a todos nosotros, formados en rueda ante la mesa, temblando ante aquel maestro que venía a sondear nuestros conocimientos. La voz suave, la mirada dulce, su ademán tranquilo, lo recordamos ahora y recordamos sus preguntas, llenas de intención que acompañaba con una sonrisa que traducía el fondo de aquel noble corazón. Lo vemos en sus últimos

años, ya viejito junto a los chicos de la Escuela "Elbio Fernández", seguir con interés las clases, o contemplando a los niños en las horas de recreo, tranquilo, sereno, un poco encorvado, con aquella misma mirada bondadosa que le vimos, cuando nos examinaba siendo niños.

Hombre de voluntad, de noble espíritu, maestro por vocación, él fué en el proceso evolutivo de nuestra enseñanza pública, una figura destacada, que cooperó eficazmente a la siembra fecunda de los altos ideales sustentados por José Pedro Varela. Él fué un soldado de la gran revolución de las conciencias que inició el Reformador, en una época incierta y obscura de nuestra historia, en los años crueles de una oprobiosa tiranía, sosteniendo cada día un combate, contra el que mandaba, contra el clero, contra la rutina, contra los prejuicios. Y José Gogliucci puso su entusiasmo, su fe, su amor, y su cultura al servicio de aquella causa.

El viejo maestro se ha marchado para siempre y en el corazón de todos los que conocimos bien el fondo de su alma nos queda ahora una profunda tristeza. Aquel viejito que vimos hasta hace poco, caminar pausadamente por las calles de la ciudad, nos dejó hace unos días en las últimas horas de la tarde, para marcharse hacia el silencio definitivo.

LOS DOS ESTADIOS

Julio, 29 — 1929.

La ciudad tendrá, dentro de un año, dos soberbios Estadios. Uno debido al esfuerzo de un prestigioso club atlético, y otro, de mayor magnitud, que le construirá, con el apoyo del gobierno, la Liga Nacional de Football. Dos estadios donde la juventud irá a fortalecer sus músculos, a aclarar su espíritu, vigorizando su cuerpo para las grandes luchas por la vida. Tendremos, pues, dos magníficos teatros a pleno aire, donde la juventud irá a dirimir sus contiendas deportivas, donde preparará su contextura más vigorosa, para beneficio de la raza. Y veremos esos espectáculos extraordinarios, iluminados por el sol, en los que los jóvenes ágiles harán sus proezas, donde el público, desde las inmensas graderías, seguirá con entusiasmo la acción del juego y su inquietud seguirá a la inquietud de los jugadores. Jóvenes ágiles y sanos, robustecidos por las constantes pruebas de fuerza, jóvenes que serán para el porvenir elementos valiosos, que serán el vigor en marcha hacia las grandes conquistas del progreso.

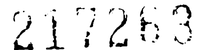
La ciudad verá levantar esos estadios con inmenso orgullo, porque espera que sus hijos han de ir allí a renovar sus energías, a vivir plenamente, a beber luz, a conquistar agilidad y valor, para ser luego elemen-

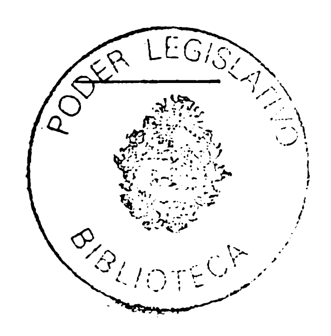
tos fecundos para la sociedad. En vez de templos, en vez de claustros sombríos, donde los hombres van empobreciendo su espíritu y anestesiando su corazón, la ciudad crea estos dos grandes estadios. Grandes espacios libres, donde en los juegos, o en los bailes, o en los cantos, ha de renovarse la sangre, donde la mente ha de aclarar sus visiones, donde la juventud pueda mejorar sus aptitudes, pueda soñar en grandes empresas, que serán después las que han de engrandecer y enriquecer la ciudad y el país. Allí nuestros hijos verán reunirse a los hombres en inmensas aasmbleas para escuchar la palabra de los grandes intelectos, para contemplar la gracia de los bailes artísticos, para sentir la armonía de los coros, y para vibrar de emoción bajo el influjo de la oración recia, en las grandes fiestas del trabajo.

Cada día que las obras avancen, cada día que la arquitectura de estos dos estadios vaya levantando sus líneas elegantes y ágiles como los atletas que lucharán en ellos, nosotros tendremos más ansias en el corazón y más ardor en el pensamiento, más ilusiones, más impulsos, más entusiasmo en las empresas, porque soñamos con el mejoramiento de la raza, que en los años venideros sentirá más ardor por el trabajo.

Esos dos estadios serán dos nuevos laboratorios donde la juventud ensayará sus energías y su voluntad, donde sentirá amor por la victoria y se animarán sus deseos de ser grandes en todas las luchas del progreso. Esos dos estadios serán dos nuevos templos laicos, donde los jóvenes irán a rendir homenajes a la vida, al valor, a la lucha noble. A la vida clara, transparente, sin prejuicios. A la vida bella con estímulos

para el combate en las Artes, en las Ciencias, en las Industrias. A la vida fecunda y generosa que tendrá su ritmo más armonioso. Y la juventud, por obra de esos laboratorios, no permanecerá después inactiva frente a las exigencias de la vida nueva. Tendrá más ardor, más audacia, más decisión; levantará grandes fábricas, grandes talleres, poblará de árboles el campo, tendrá un sentido claro y bello del arte, y sabrá perfeccionar sus aptitudes para poder dar impulsos poderosos a la obra de engrandecimiento nacional que de ellos espera el porvenir.





EL HOMENAJE A JUANA DE IBARBOUROU

Agosto, 12 — 1929.

El Palacio Nacional, el gran monumento arquitectónico que creara el talento de Gaetano Moretti, iluminó el sábado, su grande, magnífica nave, para recibir al pueblo que de todas partes de la República, llegó para rendir homenaje a una de las más insignes poetisas de América. Por segunda vez, desde que aquella soberbia casa de mármol, embellece a la ciudad con las líneas severas y armoniosas de su arquitectura, el pueblo, se reune en su nave central, para rendir culto al talento. La primera fué para recordar a Florencio Sánchez, el creador del Teatro Rioplatense, para glorificar su nombre, para recordar la vida trabajada, de aquel claro espíritu que dió al Arte, tantas obras inmortales. Y de aquella conmovedora ceremonia, toda la ciudad conserva aún el recuerdo. Todavía el eco de la música y de los coros, el eco de la palabra de los hombres que hicieron el elogio del gran dramaturgo uruguayo, todavía están grabadas en todos los oídos. Era la primera vez que el pueblo, llegaba hasta allí para realizar un acto tan extraordinario, bajo la amplitud de las bóvedas de aquella nave magnífica y ese recuerdo perdura. Ese recuerdo perdurará en nuestro pensamiento como perdurará el prestigio y el nombre del brillante ingenio a quien se recordaba aquel día.

La segunda vez, es esta en que se reúne para aclamar a Juana de Ibarbourou. Y fué ésta también una ceremonia que quedará por muchos años grabada en la mente de todos. El grupo de jóvenes que sintió ardientemente el deseo de exteriorizar su admiración a la poetisa, comprendió que allí la belleza de la arquitectura, el brillo de los mármoles tenía que ser fondo soberbio para la gran ceremonia. Y allí, se resolvió realizar cuando las adhesiones y los mensajes que llegaban de todas partes hacían prever, la grandiosidad de la fiesta. Y allí fue todo el pueblo el sábado para demostrar su admiración a la mujer excepcional que lo había conmovido tantas veces en sus cantos, que le había estremecido el corazón con la armonía, la belleza y el sentimiento de sus versos. Millares y millares de personas, llegaron orgullosas hasta el Palacio Nacional, para aplaudir la música, el canto, las oraciones, para llenar de flores a la poetisa que junto al autor de "Tabaré" recibía conmovida las demostraciones espontáneas, generosas y nobles del pueblo.

Y de esta fiesta también la ciudad conservará el recuerdo por mucho tiempo. Aquella nave inmensa, llena de público que escuchaba emocionado los discursos y los cantos, aquellos millares de personas unidos por un mismo sentimiento, hermanados por un mismo idealismo, estrechados, confundidos, por el mismo deseo, aquellos millares de personas nos hacían comprender que el pueblo sabe rendir justicia, a los altos valores espirituales. De todas las clases, de todas las ideas, de todas las más opuestas tendencias, había en aquella masa enorme de público, que seguía con interés todos los detalles de la ceremonia. Era el pueblo que apar-

tado por un momento de las pasiones, de las luchas, llegaba hasta la gran nave del Palacio Nacional, para llevar su mensaje de admiración, a una de las más grandes artistas de América, al alto y noble espíritu de Juana de Ibarbourou.

EL SALON DE OTOÑO

Agosto, 19 — 1929.

La ciudad ha tenido en estos días una desagradable sorpresa. Se ha inaugurado el salón Oficial de Bellas Artes y ha corrido hasta el Palacio Salvo, a ver la obra de nuestros artistas. Sería grande, seguramente, sería una exposición que diría claro de nuestro adelanto y de nuestra cultura, se expondrían las obras en un gran salón o en varios salones amplios, donde el público pudiera ver y apreciar debidamente todo. Así se imaginaba la ciudad que sería este Salón de 1929. Pero en mil novecientos veintinueve, se han hecho por desgracia las cosas más mal que hace cinco, que hace diez, que hace veinte años. Hace cinco años hubo salones de gran belleza, hace diez años se inauguraron salones con un conjunto de obras de grandes méritos, hace veinte años, la ciudad inauguraba en el edificio que actualmente ocupa el Museo Nacional de Bellas Artes, una Exposición Internacional. Fué aquélla, una exposición que enalteció nuestro nombre en el extranjero y a ella concurrieron los mejores artistas argentinos, brasileños y uruguayos. Ahora en mil novecientos veintinueve, en plena avenida, en pleno centro de la ciudad, mostramos al público un pobre salón, con una frescura igual a la de este crudo invierno que nos viene atropellando.

La gente que pasa frente al Palacio Salvo y ve un guardián con uniforme de gala, cree que allí sucede algo extraordinario y entra. Mira, se asombra, a veces se sonríe y luego sale porque no ha podido ver nada. Sale desorientada. Aquello es el salón Oficial de Bellas Artes que el Gobierno Nacional acaba de inaugurar. Aquel salón donde se han amontonado poco más de dos decenas de telas y apenas una de esculturas y alguna que otra muestra de arte decorativo, aquél es el Salón Oficial que una ciudad de casi setecientos mil habitantes ofrece como exponente de su inquietud de espíritu.

Centenares de pintores, de escultores, de arquitectos, de joyeros, cuatro o cinco escuelas industriales, una Escuela de Bellas Artes, no han podido dar a la ciudad más que ese pobre conjunto de obras entre las cuales, hay es cierto, algunas buenas, pero son pocas. Parece un salón de compromiso, para cumplir fórmulas legales. Parece un salón hecho a propósito para que se vea bien que los artistas o no pueden o no quieren enviar sus obras. Aquel desorden de colocación de los cuadros y esculturas, aquel letrero que advierte al público que algunas de las mejores obras expuestas, están fuera de concurso, aquello todo ha desconcertado a la ciudad.

Y lo que en ese salón exponen nuestros artistas es bien poco por cierto. Unos cuantos cuadros de pintores ya consagrados, unas cuantas esculturas de jóvenes de gran porvenir y nada más. Aquello es bien poco por cierto para una ciudad como la nuestra que cada día acentúa sus progresos. Por eso la ciudad se ha sorprendido. Ha creído que tenía en su seno más ardor,

más entusiasmo, más placer por la lucha, que tenía más fe y ha creído que el Gobierno Nacional, pondría mayor empeño en la organización de estos salones, creados por una ley, que año tras año, pierden su interés. Por eso, pues, el Salón de Otoño, constituye una de las grandes desilusiones que ha experimentado la ciudad.

LA EXPOSICION DEL PRADO

Setiembre, 2 — 1929.

Mientras contemplábamos los otros días, el ir y venir de la gente que se iba agolpando para observar con atención los distintos galpones de la Exposición del Prado, en las instalaciones de los kioskos, donde funcionaban las modernas maquinarias, se nos vino a la memoria aquel libro magnífico de Reyles, aquel "Terruño" que le valió el cálido elogio de Rodó y nos pareció oír la voz de aquella Mamagela, que el ilustre escritor compatriota puso en su obra como la expresión más alta de la voluntad y del optimismo. "Acuérdense, de lo que les dice una pobre mujer sin luces, sin letras, pero a quien el libro de la vida ha enseñado a no confundir la puerta con la ventana: la grandeza del país no saldrá de las Cámaras, ni de las Universidades, sino de los galpones". Y aquella afirmación que al leer ya hace años la obra de Reyles, nos pareció exagerada, ahora frente a aquella multitud que recorría gozosa, que miraba atentamente en los galpones de la Exposición, la encontrábamos más justa y hasta más bella. Allí estaba efectivamente la grandeza del país. De la obra de esos hombres que año tras año van preocupándose de llevar a la campaña el adelanto, el progreso, de llevar una vida nueva más en armonía con el tiempo, surgirá la grandeza del país. Campos sembra-

dos, arboledas inmensas, animales refinados por la acción de nuevos métodos y de una labor incesante. Maquinarias modernas, higiene y alegría. De allí vendrá la grandeza del país. Y sentimos renacer el optimismo que nos invade cada vez que nos encontramos frente a toda obra grande hecha con amor, con entusiasmo y con fe. Y tenía razón la Mamagela, del libro de Reyles, "vale más un carnero de cuarenta libras, que un discurso de cuarenta horas". Quizá en aquellas páginas cálidas, combativas, del gran escritor, nacidas en una época en que había de llevarse al pueblo la semilla de la gran obra, haya un poco de exageración, pero al evocarlas sentimos la nobleza de esas palabras, la fe de su prédica, el amor al terruño, ese afán de ver la campaña poblada por hombres de trabajo, de hombres alegres, ágiles y vivos, ese afán de ver las estancias llenas de animales purificados por nuevos métodos, de ver las chacras con máquinas que simplifiquen la labor del hombre, de ver crecer árboles, frutas, flores. Labor —como él dice,— inteligencia, pan en la casa del pobre, abundancia en la casa del rico, y conciencia tranquila en la casa de todos, es también plata en el Banco, abono del mundo, semilla de prosperidad; si se echa en la tierra, brotan las casitan blancas como palomas, los rodeos de mil cabezas, los ferrocarriles, los palacios, las ciudades, los bosques, y el bienestar de la familia. Quizá nosotros, no nos sentimos muchas veces, junto a la prédica del gran escritor, porque muchos aspectos de la lucha social no los sentimos como él. Pero hay en sus obras la fe, el amor, el anhelo de mejorar la vida de la campaña para hacer de ella la fuente de la grandeza nacional.

Y la multitud seguía observando atentamente, a veces con la sorpresa pintada en sus ojos al ver la realidad de aquel resultado del trabajo paciente y nuevamente orientado, de la fe de los hombres que trabajan en bien del progreso de la campaña. La ciudad sorprendida ha ido a recorrer aquella exposición donde todo canta un himno a la vida nueva y donde todo demuestra de lo que es capaz el trabajo. La gente de la ciudad que ve día a día surgir casas, palacios, fábricas, que ve construir calles, que está acostumbrada a otras obras de progreso, que tiene otras inquietudes, que goza y ríe, que ve teatros, y conciertos, no tiene una idea clara de esas otras luchas, de esa otra vida de trabajo, de esa otra labor ruda, oscura, de esa riqueza que crea la gente de campo, en las estancias y en las chacras, mientras ella cruza las calles de la urbe, siempre apurada, siempre ansiosa de nuevas sensaciones.

Aquellos galpones llenos de animales finos, aquellos kioskos con maquinarias soberbias le traen algo así como un trozo de la vida tranquila, siempre igual, de la campaña en donde otros hombres más simples, más fuertes, van sembrando inteligencia y amor. La gente de la ciudad, conoce el sacrificio de esos hombres de las fábricas, —sacrificio heroico, aniquilamiento de la vida— pero desconoce aquel otro sacrificio de la gente que vive lejos, en el campo, y que construye con igual tesón el progreso del país.

Y a nosotros también, acostumbrados a ver de cerca otra vida más inquieta, llena de sobresaltos, vida reglamentada por el reloj y las ordenanzas, aquel espectáculo nos trajo al espíritu más tranquilidad, más

optimismo y más alegría y cuando salíamos después de estas varias horas en contacto con aquellas cosas, volvimos a la labor con más fe, porque pensamos que mientras la ciudad acentúa su avance de progreso, allá en el campo se trabaja, se construye, gracias al esfuerzo de un puñado de hombres nobles y laboriosos —la grandeza del país— y comprendimos las exageraciones de Reyles, escritas en momentos de lucha, y las palabras de Mamagela golpeaban insistentemente nuestra memoria: "Acuérdense, lo que les dice una pobre mujer sin luces, sin letras: La grandeza del país no saldrá de las Cámaras, ni de las Universidades, sino de los galpones".

LA EXPOSICION DE LOS CUADROS DE DOMINGO LAPORTE

Setiembre, 16 — 1929.

En la sala de Moretti y Catelli, en aquella sala donde tantos artistas nuestros, hicieron la primera exhibición de sus valores, en aquella misma sala donde hace muchos años ya, organizaba el Círculo de Bellas Artes su primera exposición, se exhibirán desde mañana las obras de Domingo Laporte. La familia del artista ha querido reunir esas obras para mostrar a la ciudad las producciones de aquel pintor al que pocos han llegado a conocer. Su labor ha permanecido casi oculta para el público. Sus telas se exhibirán rara vez y los críticos —a excepción del noble y talentoso Eduardo Ferreira, que fué gran amigo de Laporte— pocas veces hicieron de ellas un análisis justo. Laporte representó en nuestro ambiente, una tendencia marcadamente contraria a la que impera en estos momentos. Fué un pintor cerrado a las nuevas orientaciones. Su espíritu no se conmovió jamás ante las inquietudes de las nuevas escuelas. Se amuralló en sus ideas, se cerró dentro de su círculo y sus ojos no quisieron ver más allá.

Ahora la obra de aquel hombre que nosotros conocimos fuerte, rudo, franco, honesto, la obra de aquel hombre que nosotros algunas veces no encontramos

buena, está allí, reunida, mostrándonos su valor, diciéndonos de las inquietudes de aquel hombre que vimos siempre cerrado a las nuevas ideas. Están allí sus retratos, sus paisajes, sus dibujos, sus grabados. Todo reunido, como diciéndonos, cuánta paciencia y trabajo gastó aquel hombre durante años, en la dura labor que se impuso en el silencio de su estudio. Y así reunida, ella nos define más al pintor, nos presenta más completo al artista. Ella nos pone en evidencia el valor de aquella clara inteligencia. Así ahora, pasamos ante las telas, los dibujos de Laporte, como ante una infinidad de facetas desconocidas, insospechadas en él. Es cierto que su obra toda, tiene la misma directiva, tiene la misma visión. Laporte no vió en la pintura más que ese aspecto que él traduce en sus telas, El dibujo se aprende, el estilo se adquiere, la visión del color no. La visión del color la tiene uno, como el timbre de la voz o el color de los ojos. Ya lo dijo y repitió un gran escritor. Y Laporte no sintió el color. No lo sintió porque él ofreció en la pintura otras cualidades. Él vivió aún en esta época otra vida pasada, vida de hace sesenta años. La misma vida de sus maestros, el mismo sentimiento, el mismo ritmo de las academias.

La ciudad irá a la sala Moretti y Catelli a contemplar la obra casi desconocida de un pintor que vivió su vida, que marchó junto a los inquietudes de estos años de renovaciones y de alteraciones, pero sin contagiarse, sin transigir, sin rendirse ante el avance, —a veces desenfrenado,— de las nuevas cosas. Él, permaneció firme, no por falta de talento, no por falta de capacidad, sino por convicción, por una convicción profunda de que bueno era el camino elegido por él. Y

por eso fué respetado aún en lo que se consideró equivocado, por eso fué apreciado en todas partes. Recto, firme, invariable y sobre todo franco. Nunca ocultó su pensamiento. Siempre defendió sus ideas, con calor, con lealtad y con valentía.

Los jóvenes pasarán ante los 83 trabajos de Domingo Laporte asombrados de ver cuánto trabajo realizó aquel hombre y cómo y con qué honradez, con qué amor, con qué fe lo realizó. Meses de labor, meses de luchas, pasando y repasando su pincel, para buscar un efecto, una expresión, la luz, la vida... Hombre extraño aquel artista! Hombre extraño y hombre bueno. Nosotros tuvimos la suerte de ser amigos, nos hicimos amigos porque comprendimos su sinceridad y sentimos por él una profunda simpatía. No eran las nuestras sus ideas, pero aquél era un hombre honesto que teníamos que apreciar. Y así fué siempre. Fué un hombre firme, bueno, afectivo. Ahora las telas que la familia expone en la sala Moretti y Catelli, traerán de nuevo el nombre de Laporte a los comentarios de la ciudad y nosotros lo vemos a aquel hombre en sus últimos tiempos, ya enfermo, pero entero; lo vemos pasar por nuestra imaginación y sentimos que la ciudad no conserve todavía aquella noble figura llena de interés que sintió el orgullo de sus convicciones y que no transigió jamás, amurallado como estaba dentro del círculo de sus ideas.

DESDE LO ALTO A PLENO SOL...

Octubre, 1929.

La ciudad triunfaba ayer a pleno sol. Desde lo alto hemos contemplado a la ciudad iluminada. Sus calles, sus casas, sus torres, estaban llenas de luz, de vida nueva. La franja azul del mar que la circunda vibraba por las caricias del sol espléndido. Las líneas sinuosas de la rambla que entran y salen, se extendían, se internaban, escondiéndose a veces, para volver a aparecer y nuestros ojos, las veían cada vez más juntas, más pequeñas, más lejos... Todo estaba de fiesta. Las playas, los parques, las quintas, las veíamos lejos, pero con color, con la armonía de sus colores, que forman una nota soberbia y poética a la geometría de la ciudad iluminada. Sobre las líneas de sus casas, de trecho en trecho, una torre, una cúpula, una chimenea, un mirador, rompía la monotonía de la edificación. Salían para señalar a nuestros ojos, que debajo, en los días de labor, hay allí movimiento, que allí se construye, se moldea una vida nueva, se estudia, se reza y se espera. Y el sol las abrazaba, les daba toda su luz, todo su calor, las iluminaba para que nuestros ojos se fijaran que allí se plasmaba el progreso que nosotros contemplábamos asombrados.

La ciudad triunfaba ayer a pleno sol. Las casas viejas estaban como avergonzadas junto a los nuevos

edificios altos, que surgen con sus líneas más simples y más elegantes, con sus colores más claros y más vivos, que al ser iluminados por el sol se ponían más alegres. Cerca nuestro la gran plaza, ostentaba el desconcierto de sus construcciones y la pedantería de su rascacielo que se destaca entre aquel grupo de casas bajas, empequeñeciéndolo todo. La atormentada arquitectura de aquel enorme caserón, es como un grito estridente en medio de la quietud serena de las líneas de la ciudad. Y más allá, otras casas iban levantándose ante nuestros ojos y otras más juntas, apretadas.... Luego el mar. Y al otro lado más casas. Y todas estaban de fiesta, todas brillaban. Y en la altura, coronándola, el gran "Palacio de las leyes", nos dejaba ver su fachada simple y noble. Luego más casas y más calles. Más calles que se cruzaban, que se abrían, que se encontraban, que nos dejaban ver los autos cruzando rápidos, como enloquecidos.

Desde lo alto, en la quietud que nos rodeaba, veíamos aquel espectáculo como un cuadro animado. Casi no sentíamos el ruido de la ciudad. No sentíamos las voces del público y apenas si oíamos el concierto de las bocinas de los autos y las campanas de los tranvías que pasaban debajo nuestro. Sólo un murmullo nos llegaba hasta la altura desde donde nosotros contemplábamos aquella magnífica visión. Era como si la viéramos con los oídos tapados.

El sol magnífico triunfaba en toda la ciudad. Sus calles, sus plazas, sus casas, sus torres brillando por la caricia de la luz que embellecía el cuadro y la gente como hormigas, se agitaba allá abajo, caminaba, se detenía, avanzaba en grupos, se trepaba a los autos o a

los tranvías, cruzaba las calles llenas de vehículos, dando al cuadro una curiosa animación. Era un aspecto que no conocíamos el que teníamos ante nuestros ojos. Los vestidos rojos, verdes, azules, blancos, de las mujeres ponían su alegría en la tonalidad gris de la calzada que veíamos extenderse. Del otro lado todavía, el Cerro separado por la franja azul, recortaba su silueta oscura, en la claridad del cielo y más cerca los barcos casi inmóviles, las lanchas, los botes, todo un mundo de casas flotantes, se balanceaban lentamente en el agua que brillaba bajo el sol. Y más lejos aún, del otro lado, el tono violeta de la ciudad que se extendía, se acostaba, entraba en el campo, conquistando más tierra. Más allá, más lejos aún, más adentro...

El sol de esta Primavera que llega, puso ayer más alegría y más vida a la ciudad. Desde donde la veíamos nosotros podíamos valorar su progreso, ver cómo ha ido avanzando, cómo el esfuerzo del trabajo ha podido engrandecerla y embellecerla. Cómo aquellos millares de hombres que pasaban como hormigas, habían ido elevándola poco a poco, año tras año, con su esfuerzo y con su voluntad.

La ciudad triunfaba ayer a pleno sol.

EL HOMENAJE A JOSE PEDRO VARELA

Octubre, 28 — 1929.

Han pasado cincuenta años por la historia de la ciudad. Cincuenta años, desde aquel día en que José Pedro Varela moría, rodeado por el cariño y la admiración del Pueblo. Cincuenta años, en los que sucesos políticos y sociales, revoluciones, renovaciones en el sentir y en el pensar de la gente, progresos de la industria, de las artes y del comercio, orientaciones distintas en las tendencias pedagógicas y en la filosofía, han cambiado totalmente la fisonomía de aquella ciudad pequeña y tranquila en que vivió el reformador de la enseñanza. Medio siglo ha corrido por la vida. Medio siglo, en el que se han alcanzado los adelantos más sorprendentes, se han renovado valores, se han empequeñecido o elevado muchas figuras de nuestra historia, se han aclarado conceptos y hechos, y, sin embargo, la figura de José Pedro Varela ha quedado siempre grabada en la memoria y en el corazón del pueblo. En el análisis prolijo de los acontecimientos, en la valoración de las personas, en el examen a que se ha sometido la vida de los que han podido destacarse en el proceso de nuestra evolución, la figura de este hombre excepcional ha quedado siempre erguida, gallarda, serena e inconmovible ante todos los sucesos. A los cincuenta años de su muerte, la ciudad entera ha sentido

como un deber, recordar toda su vida admirable y llenar de flores su tumba. Los hombres que tuvieron la suerte de conocerlo, nos han traído a nosotros, en estos días, toda la emoción que sintieron junto a él, en las horas tremendas de la reforma escolar, cuando aquél, frente a todos —frente a sus amigos y a sus enemigos— frente a la dictadura y al caudillaje, frente a las religiones y a los prejuicios, frente a los retrógrados de la vieja pedagogía de la palmeta, emprendía con un coraje extraordinario la gran campaña en favor de las nuevas ideas y producía el milagro de acercarse, con el pensamiento libre, con sus idealismos, con su fe democrática, con su talento y su generosidad, a uno de los más terribles dictadores y obtener la cooperación decidida para realizar su obra que iba precisamente a minar el basamento de su dictadura y el de todas las dictaduras de la República. Aquel hombre sintió en esas horas la responsabilidad que tenía ante la historia y emprendió la campaña lleno de ardor y de fe. Aquella ciudad de entonces, pequeña y tranquila, lo vió muchas veces recorrer pensativo y enfermo las escuelas, para llevar su palabra de amor, lo vió concurrir a las asambleas donde hasta sus más íntimos amigos le pedían cuenta de su actitud al aceptar un puesto en la administración de la dictadura; pero lo vió también salir de aquellas asambleas siempre erguido, siempre con la misma inquebrantable fe con que entrara, porque las acusaciones se habían ido desvaneciendo en el ambiente, apenas la palabra cálida de aquel joven había llenado de sorpresa y de admiración el espíritu de sus adversarios. "Dejadme crear la conciencia del pueblo en los bancos de la escuela, y yo destruiré ésta y to-

das las tiranías", les había dicho al terminar su defensa. Así lo vió la ciudad a ese hombre, diez años enteros, siempre en la lucha, y un día, en un atardecer de octubre, sintió el dolor de ver cómo aquel hijo admirado se marchaba para siempre hacia el misterio... A los cincuenta años de su muerte, la ciudad entera ve cómo aquél hombre tenía conciencia de su obra y había sentido el porvenir. Y fué la suya, la más grande de las revoluciones de nuestra historia. Fué la que más trascendencia tuvo. En aquellos días obscuros, él arrojó en el corazón de los niños la semilla de las ideas democráticas, y ella produjo efectos maravillosos.

Por eso la ciudad, al llegar el aniversario de su muerte, se ha asociado a todos los homenajes; a las fiestas escolares, a los desfiles ante el monumento y ante la tumba del apóstol, y todos han elevado su pensamiento hacia la gran figura del reformador, y han buscado en ella, en estas horas de inquietud y de incertidumbres, más fe para sus ideales, más fuerza para sus convicciones, más optimismos, más voluntad, más ardor, para proseguir la obra de cultura y de progreso, dentro de la paz y de la democracia.

¡HEMOS PERDIDO!

Noviembre, 4 — 1929.

"Hemos perdido" es lo que sentimos repetir a cada paso en la calle, en los cafés, en los teatros y en las casas. "Hemos perdido". Y la ciudad toda ha cobrado un aspecto distinto. Caras congestionadas. Grupos donde se discute acaloradamente. Gente que se detiene ante los pizarrones de los diarios para buscar en las palabras apresuradamente escritas con tiza, el último detalle del partido que se jugó allá en la otra ciudad de enfrente.

Todos tienen un aire de sorpresa y de indignación a la vez. Es un papelón, gritan unos, es un gran papelón el que hemos hecho. El cuadro no servía. Allá debieron ir otros muchachos más ágiles y más decididos. Otros en cambio atribuyen el revés, al público, que era contrario a nuestra gente. Así por todos los rincones de la ciudad todos marchan a sus tareas inquietos y apesadumbrados. Parecía que hubiera pasado por el ambiente algo tremendo, que hubiéramos perdido la ruta en nuestra marcha de progreso. Los once muchachos que fueron a jugar a la otra orilla, llenos de fe y de entusiasmo, son ahora el blanco de las iras de los que se quedaron aquí, para oir después por la radio, las incidencias del partido. Este no sirve, —nos decía ayer un señor grueso con lentes, que esperaba noticias

sobre el partido que se jugaba entre peruanos y argentinos,— y nos señalaba a un jugador retratado en una revista. Es un chacarero. No se mueve ni empujándolo. Y como nosotros le advirtiéramos que algo valdría el hombre cuando lo habían mandado, se exasperó y nos gritó levantando sus dos brazos: ¿Me va a decir a mí quien es? ¿Vd. se cree que soy un viudo? Y como nosotros nos quedamos mirándolo y pensando lo que puede o no, entender un viudo, de estas cosas, el hombre gordo se dió vuelta murmurando: ¡No hable si no entiende, no hable! Y nosotros saludamos con un ademán y dejamos al hombre que miraba todavía el pizarrón donde sólo había unas palabras escritas.

A pocos metros nos encontramos con un joven alto, delgado, que había ido a la otra orilla a presenciar el partido. Venía rodeado de un grupo de muchachos que escuchaban con la boca abierta lo que él decía. ¡Qué partido, muchachos! Había que ver los gritos del público. Había que ver aquellas mujeres gritando a nuestros jugadores: ¡Olímpicos de cartulina! ¡Se les acabó el queso! ¡Compren medio kilo de esperanzas! Aquello era formidable.

Los paraguayos eran como tigres, jugaban con un empuje bárbaro y hablaban en guaraní. ¡Qué gente linda y guapa! Guapa hasta no poder más. Y cada pelota que se metía en la red de los nuestros, el público la saludaba con una ovación con acompañamiento de cariñosos recuerdos, para la confraternidad de los dos pueblos. ¡No hay duda que somos hermanos!

Nosotros le vimos alejarse gesticulando, siempre rodeado por el grupo de muchachos, que cada cuadra

crecía, y cuando llegaba cerca de la plaza, era como una manifestación.

¡Hemos perdido!

Y nosotros nos metimos en el diario a trabajar pensando en la impresión que siente la gente porque hemos perdido y en el relato del muchacho alto, que fué a Buenos Aires a ver jugar, y a oír las discusiones agrias, los gritos, las peleas y hemos comprendido al fin, que el football va civilizando y vinculando a los pueblos.

¡Hemos perdido! Hay que decretar duelo nacional.

LOS EXAMENES

Noviembre, 18 — 1929.

En grupos de cuatro, de cinco, van llegando los muchachos a la Universidad. Son las ocho de la mañana y ya los grandes patios están llenos de estudiantes. Nosotros esperamos a nuestros compañeros. Tenemos que examinar. Debemos formar parte de una de esas mesas donde un grupo de profesores aburridos, preguntan por turno cinco minutos cada uno, a un pobre botija que llega temblando, aturdido, y que no tiene en aquel momento ni la más vaga idea de las materias que el programa le exige. El sol espléndido de la mañana ilumina los patios del gran edificio donde un mundo de chicos juegan, saltan, gritan, ríen, comentan las incidencias de los exámenes del día anterior, mientras otros sentados, esperan casi llorosos pensando en la probable reprobación que les traerá una tragedia.

Poco a poco van formándose las mesas. Los bedeles corren de uno a otro lado llevando listas, notas y libros, llamando a los estudiantes en voz alta. Cada uno lleva en esta casa, una preocupación al hombro. Profesores y estudiantes, bedeles y porteros. Todos desean que estas horas pasen rápidas, que se vayan.

El sol espléndido triunfa en lo alto, juega con las columnas, con las cornisas, se entretiene haciendo ra-

yas en el reloj de mármol que se levanta allá arriba, sobre la galería alta. El sol trae calor y color, da brillo a esta escena movida, se mezcla con los gritos de los chicos, pero nadie lo contempla. Los ojos de esta gente están sólo para mirar libros, listas y notas. El cielo azul nadie lo mira. El sol que trae calor y color a esta escena, no tiene interés para ese mundo de seres que se agitan, se mueven, se alegran, o lloran en esta casa.

Salón 2 señor, —sentimos que nos grita el bedel— y allá vamos al salón 2 a comenzar la tarea. La puerta del salón está llena de gente. Muchachos y padres. Todos miran con atención a los profesores cuyos movimientos y palabras tienen para los de la puerta, en aquella hora, la misma importancia que la palabra de los grandes hombres de Estado.

Ha comenzado el sacrificio.

Hábleme de los huesos de la cabeza —le dice muy suavemente el profesor de historia natural, médico joven y simpático, al primer estudiante de la lista. ¿De los huesos de la cabeza? Ah!, bueno. Los huesos de la cabeza son. Bueno... en la cabeza tenemos... dos frontales. ¿Dos frontales?, dice el profesor con los ojos bien abiertos. Sí, señor, dice el estudiante, y dos parietales, repite cada vez más confundido. No, hijo, no. Usted confunde. Vd... Está bien, dice el presiden-

te: geografía. Y le pregunta el de geografía, y luego el de matemáticas, el de castellano, el de francés... Así treinta minutos. Después se reúne la mesa, los profesores discuten con animación, luego se vota y al final el presidente dice: Fulano de tal... No aprobado...

Una, dos, cuatro, ocho horas tendremos que pasar en esta casa donde un mundo de seres se mueven preocupados, ansiosos, llenando de gritos los grandes patios que esta mañana ilumina un sol maravilloso.

Las horas van pasando lentas. Los chicos van llegando frente a nosotros, dicen una serie de cosas raras, con expresiones más raras aún, y luego después de descargarnos de memoria una serie de conocimientos, se retiran casi corriendo a esperar la nota junto al grupo de compañeros agolpados en la puerta del salón. Si sale mal se hace un gran silencio. Si sale bien, todo el grupo descarga sobre las espaldas del vencedor una lluvia de golpes en señal de cariño.

Así tendremos que pasar todo este día en que el sol triunfa en todo su esplendor. Los muchachos siguen jugando y saltando en los patios, acaso para olvidar sus preocupaciones. Nosotros ya no comprendemos nada. Sólo oímos a cada rato un nombre, una nota, junto con los gritos, los golpes en la espalda de los que salen bien, y vemos el humo de los cigarros que se eleva en espirales. Afuera, en los patios, el sol hermoso triunfa, ajeno a todas las inquietudes de la vida...

¿QUE HACEMOS CON LOS SABIOS?

Noviembre, 25 — 1929.

La flor azteca remata sus muebles, remata su célebre florero, remata su mesa mágica y sus espejos. La flor azteca lo remata todo. Al final de sus desconcertadoras exhibiciones en el Río de la Plata, la flor azteca quiere venderlo todo y hasta tirarlo todo si fuera necesario, para marcharse cuanto antes, a buscar quizá entre los históricos monumentos de su país, un poco más de fluído misterioso, para seguir luego trasmitiendo el pensamiento de algún privilegiado profesor en otras tierras más propicias donde se la discuta menos.

¿Qué dirán ahora aquellos sabios criollos con los cuales muchas veces hemos sostenido discusiones? ¿Qué dirán aquellos sabios que hablaron sobre las célebres exhibiciones del Parque Rodó? Aquella cabeza de la flor azteca, metida en el angosto florero, dentro de aquella carpa, hablando doce horas diarias, había logrado hacer perder el equilibrio de alguno de nuestros sabios que iban a arrodillar su pensamiento en la puerta de aquel templo de lona...

Los sabios discutían, se acaloraban, hojeaban libros, evocaban todos los misterios de las ciencias, nos hablaban de los viajes que hacía el pensamiento desde la cabeza del profesor a la cabeza del florero. Cuán-

tas horas de fatiga en aquella cabeza que lo adivinaba todo. Noches de estudio. Veladas interminables, en las que con la frente inclinada, los ojos fijos en los libros, los sabios buscaban las palabras necesarias para convencer a los hombres, para orientarlos en aquel laberinto de ideas y teorías y para explicarles la verdad que tenían delante, en aquella cabeza del templo de lona.

Recordamos ahora —al leer la noticia sobre el remate de las cosas de la flor azteca— la mirada dura, la frase severa de reproche que recibimos de alguno de esos sabios, cuando escribimos sobre el fenómeno de la flor, en aquellos días en que en Montevideo sólo se hablaba de la bella mejicana que todos los días se metía en un florero, para ganarse la vida, adivinándole el pensamiento al profesor que la exhibía.

Han pasado pocos meses de esto. Y los sabios que nos dieron tanta luz como la están dando ahora frente al fenómeno Asuero, los sabios que nos guiaron a través del camino que nos llevaba a descifrar el enigma, aquellos que nos aconsejaron estudio y meditación ante el milagro del templo de lona, ahora contemplan el espectáculo que presenta el pueblo de la otra orilla, que niega, discute y descubre el misterio...

El templo de lona cayó empujado por aquella gente que no comprende como nuestros sabios el valor del fenómeno científico de la cabeza del florero. La flor azteca está cansada. Su cerebro, a fuerza de descifrar el pensamiento del profesor que la exhibió durante meses en estas ciudades en que el progreso ha elevado grandes rascacielos y abierto anchas avenidas, se ha ido enredando. Necesita un lubricante. Por eso se va. Por eso remata sus muebles, su florero, su me-

sa, sus espejos y su templo de lona. Vuelve a su país maravilloso, y quizá entre los restos de aquellos monumentos de una edad de oro, encuentre una nueva clave para adivinar el pensamiento de los hombres.

¿Y nosotros qué haremos? ¿Nosotros qué haremos con nuestros sabios, mientras la bella mejicana va a buscar al pie de los templos aztecas el secreto de una nueva clave para trasmitir el pensamiento?

EL MONUMENTO A SAMBUCETTI

Setiembre, 23 — 1929.

La ciudad se va poblando de monumentos de artistas. Van surgiendo uno a uno. Primero el de Samuel Blixen, aquel transparente espíritu inigualado aún, después el del pintor Carlos Herrera, luego el de Beethoven, más tarde el de María Eugenia Vaz Ferreira, ahora este del maestro Sambucetti. Luego vendrán muy pronto el de Florencio Sánchez, el de Rodó, y el de Delmira Agustini. La ciudad va colocando así en los rincones más bellos de sus plazas y de sus parques, entre árboles y flores, un recuerdo a esos espíritus soñadores. Quiere que los nombres de los que crearon tantas bellezas e hicieron más dulce su vida, que cantaron, esculpieron, pintaron, o hicieron estremecer al pueblo con sus músicas armoniosas, mientras las agitaciones febriles de su vida, y el trepidar de sus máquinas, impedía oír claramente sus acentos, quiere que esos nombres queden grabados en el mármol o en el bronce, para que en sus horas de descanso, los hombres todos, puedan evocar sus espíritus y elevarse con el pensamiento a las regiones azules, donde siempre tuvieron fija la mirada esos artistas que la ciudad va recordando conmovida, en los rincones más bellos de sus plazas y sus parques. Ahora la legión de esos soñadores cuyos nombres la ciudad

del presente, coloca con orgullo entre árboles y flores, para que sus hijos sepan cómo sabía honrar a sus artistas, esa legión de soñadores tiene uno más.

Uno más que el porvenir tendrá que dar relieve justo, modelado con arreglo a la historia. Un nombre claro, luminoso, que se pronuncia siempre acompañado por una frase de admiración: Luis Sambucetti. El maestro, el que durante años hizo vibrar a los músicos, hizo vibrar y estremecer de entusiasmo al pueblo, que iba a sus conciertos y que sentía por él una gran simpatía. El maestro, el compositor, el artista, tiene ya su nombre grabado en bronce para la posteridad. Él recordará a los que vengan, su vida y su espíritu, su arte y su talento. Él recordará toda esa época de esfuerzos y de afanes, de luchas, de indecisiones, de tanteos. Él recordará estos años en que la ciudad fué creando músicos, entonando cantos, haciendo surgir de entre sus hijos algunos valores altos, y nos dirá también que aquel hombre de aspecto huraño, de ademanes bruscos, de palabras cortantes, de tardo y pesado andar, franco en exceso y que, sin embargo, ocultaba en el fondo de su alma las más grandes bellezas de espíritu, aquel hombre fué uno de los primeros entre nosotros que replegaron su vida hacia el silencio y sin alicientes, sin esperanzas, sin apoyos, luchando con la indiferencia, en las horas serenas que le dejaba el rudo batallar diario, entregaron al pentagrama todas las armonías que tenían guardadas sus corazones de artistas.

En el rincón de Trouville, cerca del mar, en medio de la amplitud de la rambla, rodeado de flores, la ciudad colocó el monumento al gran maestro. Allí el

público que va a pasar unas horas de tranquilidad, que tiene su mente plena de frescura, que va a contemplar la grandeza del mar y la pureza del cielo, podrá recordar mirando el busto de ese hombre de rasgos firmes, toda su vida, que se verá a través de la amplitud del panorama, y a través de la luminosidad de ese cielo abierto y los que alguna vez tuvieron para el artista una frase cruda, tendrán ahora frente al monumento un pensamiento más suave, una frase menos dura, un recuerdo más hondo, quizá una palabra de admiración y de afecto, para aquel artífice que no ensombreció jamás su inteligencia con el deseo de deslumbrar, ni se obligó en la creación de fantasías que no le nacían del corazón. Tendrán un recuerdo generoso, porque su nombre evocará muchos dolores, muchas injusticias, y les dirá de toda la grandeza de su talento y de toda la grandeza de su arte.

TARDE HERMOSA Y CLARA CON UNA ALEGRIA INFANTIL QUE LO CONTAGIA TODO

Diciembre, 22 — 1929.

Tarde hermosa, limpia y clara la de hoy. Toda la ciudad está alegre. La gente tiene hoy deseos de pasear, de divertirse, de curiosear, de contemplar las avenidas, las plazas, el mar, los jardines. Hay como una fiebre de vagar, de bañarse de luz, de bañarse de sol... La gente se echa a andar por las calles, con una gran alegría en el espíritu. Busca no sabemos qué, espera no sabemos qué, pero tiene en su alma algo que la hace pensar en cosas bellas, en días mejores, en cosas más buenas. Sueños, ilusiones, esperanzas locas, si queréis, que de todo ello lleva mucho la gente que vemos pasar a nuestro lado en esta tarde luminosa.

Llega el día de la familia, se acerca el día primero del año mil novecientos treinta y más atrás viene el día de los niños, la alegría de los millares de niños que esperan ansiosos. los juguetes, los dulces, las fiestas... Quizá todo eso hace que la gente tenga hoy tanta alegría en los ojos, tan elásticas las piernas, y camina y pasea, se baña de luz, se baña de sol... Quizá sea el día luminoso que aclara todos los pensamientos y estimula el optimismo. Los padres marchan con sus chicos. Los chicos no quieren autos en

estos días, ni tranvías. Los chicos quieren pasear, quieren caminar, quieren mirar una a una todas las vidrieras y mirar los juguetes y estudiar cuál de aquellos vistosos muñecos han de pedir a los Reyes Magos, que ya han emprendido el camino de la ciudad, para llenarla de alegría. Tal vez, sea esa alegría de los chicos, esa ilusión que ellos llevan, esa loca esperanza, esa inquietud, la que se ha desparramado por la ciudad y ha hecho que todos tengan más luz en los ojos y más alegría. La poesía, el placer, el dinamismo, el encanto de los chicos, es seguramente lo que va contagiando la ciudad. Y los hombres dejan un poco sus preocupaciones, dejan de pensar en las crudezas de la vida, en los sinsabores, en todas las complicaciones que ella tiene, para pensar también en sus Reyes Magos. También ellos ven en el espacio algo que llega para traerles más optimismo, más vigor, más voluntad para la lucha. También ellos esperan ver la estrella que como a los Reyes de la leyenda les guíe a través del camino que deben andar...

No se acierta a pensar qué es lo que flota en el ambiente de la ciudad en estos últimos días del año. Algo que no se define. Algo que no se concreta. Y la ciudad espera... La ciudad toda se agita, se mueve; las piernas tienen deseos de caminar, los ojos tienen sed de mirar, y la cabeza piensa. Piensa en las cosas más locas y más absurdas, y sueña. Y el corazón allá dentro de la caja oscura, golpea más fuerte y espera...

Tarde hermosa la de hoy. Han brotado millares de chicos por todas partes. Alegres, vivos, ágiles, ríen, corren, y a cada paso se detienen en las vidrieras pa-

ra inspeccionarlas y para ver cuál de aquellos juguetes que ellos ven allí detrás del cristal, deben pedir a aquellos reyes, que ya vienen en viaje, a toda prisa, para llegar más pronto. ¡Trabajo han de tener, —piensan,— para atender a todos, para subirse a todas las casas, para meterse en todos los cuartos y llenar los zapatos que se ponen en todos los balcones... pero... para eso son Reyes Magos...

En las calles, en las plazas, millares de personas pasean con una paz infinita en sus espíritus. Aún los doloridos, aún los que han sentido doblar su voluntad, tienen hoy algo más claro el semblante.

Tarde hermosa y clara la de hoy, con una alegría infantil que lo contagia todo.

MONTEVIDEO DESDE EL CIELO

La máquina vuela en el espacio. El ruido de sus motores ensordece. No oímos nada, no sentimos nada, vemos solamente. Vemos allá abajo la ciudad iluminada por el sol, muy chiquita, con sus calles rectas, sus jardines, sus palacios, sus torres, sus iglesias. Todo chico, todo brillante, todo claro. Parece una ciudad de juguete. Desde lo alto nos parece más bella, más armoniosa su red de calles. La comprendemos más. Sus costas se recortan claras en el fondo de un mar que vemos ahora quieto, sereno, muy gris, sin olas. Un mar que parece de plomo, y los barcos, parecen barquitos de lata, quietos en aquella plancha oscura que hace destacar más el color de las casas, el verdor de las quintas, el gris brillante de las calles, el rojo de los techos de la ciudad.

La máquina vuela por el espacio, serena. Se tiene la sensación de una gran seguridad. El ruido nos impide conversar, cambiar impresiones. Nos vamos alejando cada vez más. Ahora giramos. Primero tenemos delante el Palacio Legislativo, que vemos metido en un laberinto apretado por una red complicada de calles que se juntan, que se separan, que se detienen unas contra otras. Luego un minuto y aquel panorama cambió. El palacio ya está lejos, muy lejos. Ahora volamos sobre la ciudad en dirección a las playas, bajamos, subimos, damos vuelta. Ahora el campo, y en

él, los caminos blancos juegan entre el verdor de las quintas y las chacras. Ahora de nuevo la ciudad, y de nuevo vamos buscando la plancha gris del agua, de la que el piloto parece estar enamorado. La rambla, se dibuja junto a la costa, luego calles, plazas, casas. Todo pasa velozmente por debajo nuestro, mientras la máquina vuela, cada vez más arriba, a pesar del viento...

Hay un balanceo como de hamaca, y la máquina desciende un poco, para volver a subir. Arriba, muy arriba, cielo azul, abajo mar quieto, oscuro, y allá lejos la ciudad cada vez más pequeña. Y la máquina sigue volando en el espacio mientras nuestro espíritu vuela también y recuerda y compara y siente mil sensaciones... Allá queda la ciudad con sus inquietudes, con toda aquella gente que vemos moverse como hormigas. Nosotros de eso no sentimos nada. Volamos por el espacio, con una extraña sensación...

Arriba, más arriba todavía. El piloto quiere alejarse, quiere subir, separarse de la ciudad, más arriba aún. Ahora las casas las vemos del tamaño de nuestras manos, las calles son rayas, los buques son como trocitos de papel recortado. Y todo iluminado por el sol. Los colores se juntan, se juntan los techos, se juntan las quintas. ¡Qué pequeño es todo! ¡Qué hermoso! Es un montón de juguetes, de mil colores, colocados junto a un mar inmóvil.

Ahora de nuevo nuestros ojos ven más grandes las cosas. La máquina gira, empieza a descender y poco a poco vemos cómo se agrandan las casas, cómo se acerca el mar, cómo los buques crecen rápidamente y las olas se enardecen. El mar ha perdido su quie-

tud, las olas chocan contra la máquina y por fin ésta se detiene.

Se balancea. Estamos de nuevo en la realidad, nuestro espíritu vuelve a sentir la opresión de todos los días. El cielo azul brillante está cada vez más hermoso. El agua choca contra la máquina, juega con ella, mientras nosotros la abandonamos, para volver a la ciudad a entreverarnos en las complicaciones de la vida.

Y SE QUEDO ASI, RIGIDO, TENDIDO EN EL SUELO

Un golpe rudo recibido de pronto sacudió todo el cuerpo del animal.

Y cayó al suelo. Fué para la pobre bestia como si una casa se hubiera desplomado sobre ella. Luego le arrastraron hasta el primer terreno baldío que había en la avenida y allí le dejaron. ¿Quién lo llevó? ¿Cómo se encontraba allí? El pobre caballo quizá pensó en eso, pero su inteligencia no le daba más y su pensamiento no podía descifrar nada. ¿Qué fué? ¿Cómo fué? El pobre animal no pudo saberlo. No llegaba hasta allí su inteligencia. Quiso mover sus patas y no respondieron a su voluntad. Sólo sentía ahora la soledad y el frío, en aquel pedazo de campo pelado sin una planta. De un lado y otro, paredes lisas, fondos de casas sin ventanas ni puertas. Cerca suyo un silencio de muerte. Nadie. Ni siquiera el perro amigo, aquel perro que corría junto a él, debajo del carro, en su largo peregrinaje diario a través de la ciudad. Frío, y silencio, en la tarde que cae lenta llenándolo todo de sombras. Nadie. Tenía sed y nadie llegaba hasta él para apagársela. Sangre, dolores y una fiebre que subía y subía y le daba más sed. Y se quedó así, como resignado esperando la muerte que llegaba lenta, con una lentitud desesperante. Las pocas ideas que pasaban por la pobre cabeza, en aquellas

sus últimas horas de vida, no eran muy claras, pero acaso sintió el dolor de su existencia. Un trabajar continuo fué su vida. Un trabajar sin tregua, rudo, agotador... recibir gritos y golpes, el agua de las lluvias, el sol candente en los días de fuego del verano. Sentir el frío en el rigor del invierno. De vez en cuando un poco de descanso en aquel galpón oscuro, allá en aquella barraca sucia que parecía una cárcel. Y quién sabe si no sintió desprecio por el hombre, al notar cómo se le iba la vida por aquella sangre, que mojaba su cuerpo, en aquel campo liso, estrecho, sin una planta, desde donde sólo se veían los fondos de unas casas... ¡Y quién sabe cómo habrá sido de profundo su dolor!... Todavía cuando sus ojos percibían un pedazo de cielo y el campo verde, tenía tal vez la esperanza de levantarse. Pero poco a poco las sombras lo invadían todo. Movió su cabeza, quiso mover su cuerpo, pero ningún nervio respondió a su voluntad. Y se sintió morir. Un cabeceo, un sacudimiento —el último— y luego su cuerpo se quedó rígido, tendido así, en aquel pedazo de campo liso, desde el cual sólo se veía el fondo de las casas linderas.

LA CASA DE ZORRILLA DE SAN MARTIN

Esta casa es ahora un museo. La casa donde el poeta pasó días de ensueño, donde su alma se puso en contacto con las cosas más grandes y las cosas más humildes, es ahora la casa de todos los ciudadanos de Montevideo. Es casa en la cual, cuando el espíritu se sienta desfallecer, podrá ir a reconfortarse cerca de las cosas que fueron del poeta. Del creador de magníficos poemas. Del creador de "Tabaré", y de la "Leyenda Patria". Del creador de "El Sermón de la Paz" y de "Las Espigas de Ruth". En esta casa él corrigió las pruebas de todas sus obras, cuando el Banco de la República quiso reunirlas en varios volúmenes. Es casa que está vinculada, estrechamente vinculada al poeta. Una casa pequeña, de tipo español. Techos de teja, paredes lisas y blancas, con zócalos de azulejos. Una casa pequeña y un gran jardín. El jardín con su fuente, con estatuas, con árboles grandes, con muchas flores y sobre todo con un singular encanto.

Es un poema. Un poema tan bello como el mejor de los que creó el poeta. Un poema en el que con emoción se mezclan los colores vivos de las flores, el rojo de las baldosas de las escalinatas, el verde oscuro de los árboles, y el misterioso rumor del agua que cae constantemente de la pequeña fuente. Yo no sé qué tiene ese jardín, pero aseguro que pocas veces he

sentido mi alma más compenetrada con la naturaleza, que en aquellas tardes que yo iba con José Luis Zorrilla, a visitar al poeta, después de pasarnos unas horas de charla en el estudio, junto a las estatuas y los cuadros. Anochecía casi siempre, porque mis visitas eran de tarde a las últimas horas, después de mis tareas, y el poeta recorría lentamente su jardín. Arriba el cielo todavía claro, abajo una serenidad y un silencio de claustro de convento. Los árboles oscuros, las flores como veladas por un tul y los mil hilos de agua de la fuente entonando su música misteriosa. Era como una música lejana que nos traía recuerdos y emociones. Era como si desde otro mundo, alguien nos hablara quedamente, contándonos sus penas. Lentas, suaves, misteriosas las palabras, con el mismo ritmo, con la misma persistencia.

El poeta levantaba sus dos brazos y luego yo los sentía enlazados a mi cuerpo y en seguida, comenzaba su charla animada, fresca, amable. Y en los ojos y en los gestos, la bondad se traslucía y se traslucía el placer de que fuéramos a verle allí en ese rincón que él fué creando poco a poco, año tras año, con fatigas, con ahorros, a fuerza de constancia, a fuerza de amor, a fuerza de talento.

En un rincón del jardín, dando a una callejuela, está el estudio del hijo. Y desde la casa, el poeta miraba aquel estudio. Sus ojos estaban siempre fijos allí en aquel taller donde el hijo creó su personalidad, con la misma constancia que él creo la suya. Día a día la visita del poeta al estudio formaba parte de su programa de vida. Los ojos paternos miraban con cariño los cuadros, los bocetos en yeso o en tierra, y

los dibujos, y luego la palabra animadora del poeta se hacía sentir estimulando, y muchas veces enseñando. Recuerdo yo ahora esas visitas con una gran emoción, en estos momentos en que se cumplen cincuenta años que el poeta escribió "Tabaré" y me parece que fué ayer, no más. No parece que hayan pasado cuatro, cinco, seis años desde aquellos días de tanta paz para mi espíritu. Yo lo tengo vivo en mi memoria al poeta. Lo recuerdo en sus charlas... recuerdo aquel abrazo fuerte que me dió un día sin decir más que unas palabras, cuando yo escribí sobre "Las Espigas de Ruth". Me vió, me abrazó, y no me dijo más que esto: "Gracias por sus palabras; qué bien me hicieron". Y lo confieso yo, que me quedé más, mucho más emocionado que él. Él era una cumbre, él era una cosa muy grande, él era el poeta universalmente consagrado, yo era el periodista que sólo había cumplido con su deber, haciéndose un honor al escribir sobre un libro que es una joya de la prosa castellana. Han pasado cuatro, cinco, seis años y pienso en todo eso, como se piensa en las cosas más bellas de la vida. Pienso en el poeta y en mi madre. En aquel poema que tanto gustaba a mi madre. En aquel poema que leímos siendo niños y en aquellos versos que escuchamos en la escuela, cada vez que se recordaba una fecha gloriosa de la patria. Y pienso en el poeta y pienso en mi padre que fué de los que definió el concurso del monumento a la Independencia levantado en Florida, junto al cual, el poeta recitó por primera vez su Leyenda Patria. Todo se mezcla en mi pensamiento, cuando su nombre atraviesa mi frente: padre, madre, escuela, familia, alegrías, dolores... Hasta las esperanzas, los

impulsos juveniles, las audacias... y después los días cercanos. Las visitas del poeta a mi estudio, para traerme su palabra de estímulo, y aquella tarde después de recibir el homenaje del pueblo, en la Plaza Independencia que quiso retratarse conmigo. "Para la historia", me decía el poeta sonriendo... "Para la historia usted y yo". Y así nos retratamos (Acaso como un contraste para la historia). La cumbre y el valle, me dije yo. Y en eso también se veía su bondad.

La casa del poeta que el poeta fué haciendo como el hornero hace la suya, poco a poco, desafiando todos los contratiempos, la casa del poeta es ahora la casa de todos. La ciudad la toma bajo su tutela. Y es como una reliquia que se cuida con amor, para mostrarla con orgullo.

La casa que fué del poeta, en la que el poeta pasó horas de meditación creadora, donde su cerebro maduró bellezas y encendió su fe, donde su talento cinceló frases de tan serena y majestuosa elegancia, de tan pura y singular bondad, ahora será punto de reunión de los que hacen a menudo incursiones por los senderos del espíritu.

Pero entre aquellas plantas, en aquellas habitaciones, en aquellos bellos rincones que parecen de España, se encontrará siempre vibrando el alma noble del poeta.

El alma del poeta fué alma grande, fué alma que estuvo siempre iluminada por una gran fe religiosa. Fué alma plena de bondad y por eso su obra la comprendió el pueblo entero. Los que creen y los que no creen.

Los ateos y los que creen en Dios, todos leyeron

sus versos y su prosa y sintieron una profunda emoción y se sintieron hermanados con aquel hombre que iluminó su vida con belleza. Los patriotas que se acercaron al huerto del poeta y admiraron su talento y le aplaudieron.

Es que sus versos, su prosa, su palabra, se metía en el corazón. Salía de un gran corazón e iba directamente a todos los corazones.

Ahora a varios años de su muerte, el eco de su palabra todavía se escucha en el ambiente; cada vez que en una ceremonia se glorifica a los héroes de la patria, uno busca entre el público la cabeza vigorosa del poeta. Busca entre la muchedumbre la figura simpática del cantor de la patria. Porque le parece que siempre debe estar presente con la ofrenda magnífica de sus frases, con el calor de su entusiasmo, con su fe y su bondad infinitas.

Hace cincuenta años aparecía "Tabaré" produciendo en el público una gran sensación. El poeta estaba ya consagrado. Ya había escrito la "Leyenda Patria". Canto de triunfo e himno al trabajo al surgir la patria libre — al decir de Gustavo Gallinal. Pero el poeta venía a darnos una prueba más de su talento poderoso. Y luego puede decirse que enmudeció el poeta. Pero la prosa se hace más bella, más fina, más sutil y aparecen "El Canto a Aegir", "Resonancias del Camino", "La Epopeya de Artigas", "El libro de Ruth", "El Sermón de la Paz". Libro tras libro, acumulando bellezas, imágenes, brillo, color, música y fe...

Pero por encima de todo Juan Zorilla de San Martín, fué el poeta de la patria. Gran parte de su vida la dedicó a enaltecer la patria, a glorificar sus héroes, a

vigorizar el sentimiento de la nacionalidad, ha dicho Gallinal. Tabaré es la evocación del paisaje nativo, elegía sobre las razas sin historia que sembraron sus huesos en la tierra patria, "La Epopeya de Artigas", epopeya de la formación histórica de la nacionalidad, "La Leyenda Patria", nacida del mismo intento canta la resurrección del año 25 y la Independencia final.

ÍNDICE

34 y 35 — RODO (José E.) **El Mirador de Próspero.**

36 y 37 —RODO (José E.) — **Hombres de América.**

38 y 39 — WHITMAN (Walt) — **Poemas,**

40 — LEPRO (Alfredo) — **Generaciones.**

traducidos por Armando Vasseur. (Con un estudio de Angel Guerra).

41 y 42 — ARENA (Domingo) — **Batlle y los problemas sociales en el Uruguay.**

43 — ARENA (Domingo) — **Cuadros Criollos y Escenas de la Dictadura Latorre.**

44 y 45 — MAGARIÑOS CERVANTES (Alejandro) — **Caramurú**

46 y 47 —AGUSTINI (Delmira) — **Poesías. (Los cálices vacíos. Rosario de Eros. Los astros del abismo). Perfil** de Ovidio Fernández Ríos.

48, 49 y 50 — DELGADO (José M.) — BRIGNOLE (Alberto J.) — **Vida y obra de Horacio Quiroga**

51 y 52 — BORGES. — FERNANDEZ (Elsa) — **Miel Amarga.**

53 y 54 — SIENRA (Roberto)—**Paráfrasis.** Perfil de Ovidio Fernández Ríos.

55 — QUIROGA (Horacio) — **Cuentos** (Tomo V).

56 — QUIROGA (Horacio) — **Cuentos** (Tomo VI).

57 y 58 — RODO (J. E.) — **El Camino de Paros.**

59 y 60 — REYLES (Carlos) — **Academias, Cuentos y Ensayos.**

61 — QUIROGA (Horacio). — **Los perseguidos y otros cuentos.** (Tomo VII).

62 y 63 — BAETHGEN (Raúl E.). — **El error del Profesor Bodhel.**

64 — FALCO (Angel)—**Hermano de Bronce.**

65 y 66 — CORTINAS (Ismael) — **Teatro.**

67 y 68 — GARCIA (Serafín J.) — **Barro y sol. (Cuentos).**

69 y 70 — RODO (José E.)—**El que vendrá.**

71 y 72 — VIANA (Javier de). — **Sobre el recado (Cuentos).**

73 — TRIAS DU PRE (Emilio). — Fo rastero... (Novela).

74 y 75 — ARIAS (Alejandro). — Estudios Literarios y Filosóficos.

76, 77 y 78 — DELGADO (José María). — Juan María (Cuentos).

79 y 80 — FERNANDEZ RIOS (Ovidio). **Poesías.**

81 y 82 — MELIAN LAFINUR (Luis).— **Las mujeres de Shakespeare.**

83 — QUIROGA (Horacio). — Pasadc amor (Novela).

84 — QUIROGA (Horacio). — **El crimen del otro y otros cuentos.**

85-86-87 — TRILLO PAYS (Dionisio). — Pompeyo Amargo (Novela).

88 — QUIROGA (Horacio). — **Cuentos.** (Tomo IX).

OTRAS PUBLICACIONES RECIENTES

BECQUER (Gustavo A.). — *Rimas e Ideario de sus obras.* (Con una conferencia de José Monner Sans, una nota de Leoncio Lasso de la Vega y un canto de José G. del Busto) $ 0.40

BECQUER (Gustavo A). — *Selección de leyendas* .... " 0.50

POE (Edgar Allan). — *Poemas.* (Con un prólogo de Rubén Darío y un estudio de Baudelaire) .... " 0.50

RENAN (Ernesto). — *El Cantar de los Cantares.* (Con un estudio sobre el plan, época y carácter del poema) ...... " 0.50

NIN Y SILVA (Celedonio). — *Historia de la religión de Israel.* Tomo I: Moisés y su Dios. Tomo II: Los jueces y el comienzo de la monarquía israelita. Tomo III: El Rey David. Tomo IV: El Cantar de los Cantares. Tomo V: Salomón. Tomo VI: El cisma. Los comienzos de la literatura bíblica. El origen del hombre. Los 6 tomos .... " 10.75

SEMBLAT (Alberto). — *Del Retorno Imposible. Voces del Camino.* (Con prólogo de Ovidio Fernández Ríos) ...... " 0.50

ROSALES, "El Arriador". — *Rebencasos.* Versos criollos .. " 0.50

DIBARBOURE (J. A.). — *Proceso del teatro uruguayo* .. " 0.80

DUMAS (Alejandro). — *Montevideo o Una nueva Troya* .. " 1.00

ROMAINS (Jules). — *Los misterios de Europa* .... " 0.80

BORGES — ELSA FERNANDEZ — *Loj' infelise* .... " 1.00

PEREZ Y CURIS (M.). — *Romances y seguidillas del Plata* " 0.50

COBOS (Fco.). — *Por Grecia.* (Discurso sobre Grecia antigua que resulta de actualidad) .... " 0.15

SILVA (José Asunción). — *Poesías y Prosas* .... " 0.80

LORD BYRON. — *La peregrinación de Childe-Harold* ...... " 0.80

CHAVES NOGALES (Manuel). — *La agonía de Francia* .. " 0.50

CHOCANO (José Santos). — *Selección de Poesías.* (Dos tomos). Cada uno .... " 0.80

DARIO (Rubén). — *Prosas Profanas* .... " 0.80

NIETZSCHE (Federico). — *El origen de la tragedia* ...... " 0.80

MELIAN LAFINUR (Luis). — *Discursos Parlamentarios* (1888-1892-1911-1913). Con una introducción de Ariosto D. González. Un tomo. R. .... " 3.50

"LA BOLSA DE LOS LIBROS"

SARANDI 441 - MISIONES 1359

M O N T E V I D E O